CONFESIONARIO

Historia de mi vida privada

Ciclo de mesas redondas

Centro Cultural Ricardo Rojas 2005

Libros del Rojas
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Para evadirse de las miserias propias, ¡nada mejor que las ajenas! Autobiografías y recuerdos de otros. Mentiras sucias, derroche de dinero, persecuciones policiales, fracasos absolutos en cuestiones absurdas, deseos no correspondidos, plegarias no atendidas, tontos egos heridos, falta de nobleza, de madurez, de sensatez, placeres vergonzantes, exceso de ingenuidad, exceso de cinismo. Cartas, diarios, emails, conversaciones telefónicas. Confieso que me equivoqué, que estoy arrepentido. Estuve mal, lo siento. Igual rompí tus fotos y no contestaré tus llamadas. Cada invitado lee su historia verdadera. Al terminar, una pequeña conversación con el público sobre verdad y ficción, recuerdo y presente, fantasías reales. Límites de lo que se puede contar. ¿Es posible contar los asuntos privados de las personas que amamos? Límites y alianzas entre la ficción y la autobiografía.

ع

Confesionario : historia de mi vida privada /compilado por Cecilia Szperling -
1a ed. - Buenos Aires: Libros del Rojas, 2006.
220 p.; 22x15 cm. (Libros del Rojas. Ensayo)

ISBN 987-1075-69-3
ISBN-13: 978-987-1075-69-0

1. Ensayo Argentino. I. Szperling, Cecilia, comp.
CDD A864

Fecha de catalogación: 20/09/2006

Universidad de Buenos Aires
Centro Cultural Rector Ricardo Rojas
Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil

Vicerrector: Dr. Aníbal Juan Franco

Director de Salud y Asistencia Social A/C SEUBE: Dr. Luis Schkolnik

Equipo de Publicaciones: Andrea Cochetti, Esteban Carestia, Natalia Calzon Flores, Matías Puzio, Victoria D'hers

Diseño de tapa: Pablo Bolaños
Diseño de interior: Daniel Sosa

© Libros del Rojas
© Los autores

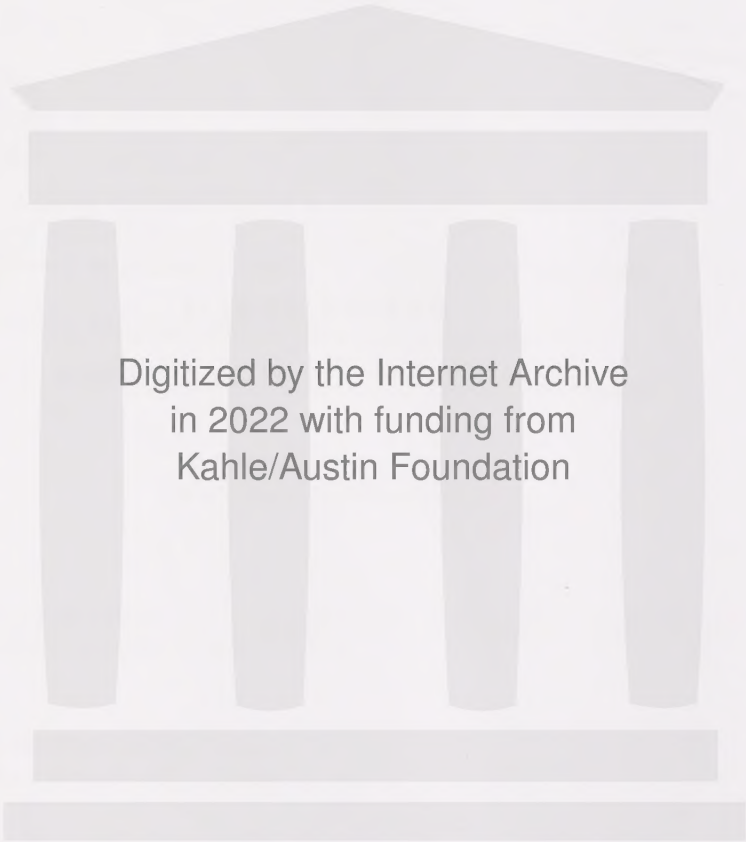
Impreso en la Argentina
Hecho el depósito que previene la ley 11.723
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros medios sin el permiso previo del editor.

Confesionario

Historia de mi vida privada

Cecilia Szperling
Compilación y prólogos

Libros del Rojas
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES


Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/confesionariohis0000unse

Nota del editor

A fines de 2003, Daniel Molina, director del área Letras del Rojas convocó a Cecilia Szperling para que coordinara un ciclo en el que artistas de diferentes disciplinas cruzaran testimonios de su vida privada con su producción pública. Así surgió Confesionario, un ciclo de lecturas y charlas que ampliaba las ideas que anteriormente había comenzado a impulsar Szperling en otros ámbitos.

De marzo a noviembre de 2004 casi treinta escritores, artistas visuales, músicos, cineastas y teatristas vinieron a nuestro Centro a "confesar" algo de sus vidas. Algunos eligieron el testimonio, otros recurrieron a diarios (a veces muy íntimos, en otras ocasiones se trató de registros de su labor creativa); se presentaron además relatos que jugaban a difuminar los límites entre lo verdadero y lo ficcional de nuestros recuerdos personales.

En este libro hemos publicado los textos que fueron leídos en cada ocasión (o aquellos que desgrabamos a partir del relato oral, en los muy contados casos en el que el invitado improvisó), casi sin ninguna corrección posterior. Un único testimonio se perdió: el de Fernanda Laguna. Una pérdida que lamentamos profundamente.

Como algunos invitados no pudieron estar presentes, pero igualmente escribieron y enviaron sus textos, hemos decidido incluirlos al final de este libro en la sección + Confesionario.

La invención del trauma

Marcel Proust hizo girar su obra, los siete tomos de *En busca del tiempo perdido*, en torno al momento en que su madre ya no acude a darle el beso de las buenas noches. La desazón que le produce la muerte de ese rito encierra la energía motora que lo lleva a edificar el resto de la novela. Como si fuera el Aleph del libro, esa escena parece contenerlo todo: la cama, la habitación vacía, las sombras, la noche, el abandono del mundo, el deseo por la vuelta de la luz, la aparición de la madre. Pero bueno, tal vez no haya sido del todo así. Proust deja entrever que su madre tal vez subió al cuarto y le dio el beso de las buenas noches... un poco más tarde. No importa, más memorable es el nacimiento de la propia mitología. Y si existe un llanto no importa si fue exactamente la negación del beso de las buenas noches o cualquier otro incidente.

Max Ernst contaba, siempre que podía, que el nacimiento de su hermanito coincidió con la muerte de su mascota preferida, un pájaro. Un día feroz y definitivo. ¿Ernst nos da a entender que el nacimiento de su hermano fue el fin de lo que más amaba? No sabemos cómo fue y si esto tiene alguna relación con las mujeres emplumadas que dibujó una y otra vez. Pero el caso es que expresa la perplejidad de un niño frente a los extraños acontecimientos a los que nos somete la vida.

Hace poco leí la teoría de un inglés (no recuerdo su nombre) que signa la obra de Charles Dickens, o más precisamente la creación de

Oliver Twist, en una escena humillante que el niño Dickens ejecutó frente a su padre. Se trató de un trabajo en un taller de confecciones de zapatos, con una gran vitrina a la calle. Desde ahí se podía ver a los trabajadores en sus tareas. El niño, que hasta hacía poco pertenecía a la clase acomodada, por un traspié económico se vio obligado a trabajar y a interrumpir momentáneamente sus estudios. Ver a su padre como espectador de la desgracia familiar fue ciertamente insoportable para él. Puede que esto haya sucedido, puede que no, puede que haya originado la escritura de *Oliver Twist,* en parte o de ninguna manera. Pero el caso es que la explicación por el trauma funciona, cierra, fascina.

El ciclo Confesionario, Historia de mi vida privada fue concebido en términos lúdicos. Fue lanzar una pregunta: ¿Qué es contar algo personal?, y ¿qué es escucharlo?

Los encuentros se realizaron una vez por mes, los martes a las ocho de la noche. Cada mes y con cada participante, esa pregunta fue variando levemente. Rosario Bléfari pensó "¿qué es lo que más vergüenza me daría leer en público?". Y eligió un texto que responde a esa pregunta. Por supuesto, es uno de los textos más intensos y vívidos de la colección. Martín Kohan leyó un texto tristísimo con relación a perder el tiempo y luego lo rompió en pedazos en público y dijo que no lo publicaría (la explicación de ese acto sí aparece en este libro). Y como una confirmación de que el rito de la confesión está ligado al habla y no a la imprenta, la grabación con el derrotero del día de Fernanda Laguna, que incluía desde los problemas de su inodoro a las medicaciones psiquiátricas, se borró y no hubo nada que hacer para recuperar ese instante.

Cada martes de Confesionario se generaba un interés renovado en la audiencia, ¿qué es lo que voy a escuchar? Atarse al mástil del barco y acompañar al relator en las peripecias del Yo. Estar atentos a las olas, los naufragios, la caricia del sol, o lo que toque. Si la experiencia es verdadera, barre con el narcisismo. El yo se expande y es un océano sin límite y sin forma. Y con este pequeño argumento con el que me defiendo de quienes crean que este es un proyecto egocéntrico, me despido y los invito a recorrer esta colección, este libro que fue pensado hace tantos años y que las felices coincidencias, convocadas por Daniel Molina, han logrado materializar.

Cecilia Szperling

Marzo

Alan Pauls
Hebe Uhart
Sergio Pángaro

Para evadirse de las miserias propias, ¡nada mejor que las ajenas! Autobiografías y recuerdos de otros. Mentiras sucias, derroche de dinero, persecuciones policiales, fracasos absolutos en cuestiones absurdas, deseos no correspondidos, plegarias no atendidas, tontos egos heridos, falta de nobleza, de madurez, de sensatez, placeres vergonzantes, exceso de ingenuidad, exceso de cinismo. Cartas, diarios, *emails*, conversaciones telefónicas. Confieso que me equivoqué, que estoy arrepentido. Estuve mal, lo siento. Igual rompí tus fotos y no contestaré tus llamadas.

Tres escritores. Cada uno lee su historia verdadera. Al terminar, una pequeña conversación con el público sobre verdad y ficción, recuerdo y presente, fantasías reales. Límites de lo que se puede contar. ¿Es posible contar los asuntos privados de las personas que amamos? Límites y alianzas entre la ficción y la autobiografía.

Alan Pauls[1]

Un diario
(fragmentos)

1996

06
aquí debería poder leerse todo lo que me robaron.

10/07
la mujer que alega ataques de agorafobia para levantarse tipos por la calle. texto irresistible: una mujer completamente desconocida se arroja en tus brazos en plena calle mientras dice con un hilo de voz: "protéjame: soy agorafóbica". *una mujer desconocida te pide que seas su casa*. el resto es previsible: van primero a un bar. al salir, un segundo ataque; ella dice: "vivo aquí cerca, ¿por qué no me acompaña a casa...?", etc.

15/07
v. se encuentra por casualidad con una mujer a la que no ve desde hace quince años, pero con la que tuvo entonces una relación de inti-

[1] **Alan Pauls** (Buenos Aires, 1959) es escritor, guionista y crítico. Ha publicado los ensayos *El factor Borges* (en conjunto con Nicolás Helft), *Lino Palacio. La infancia de la risa* y *Manuel Puig. La traición de Rita Hayworth*; y las novelas *El pudor del pornógrafo*, *El coloquio*, *Wasabi*, *El pasado*.

midad circunstancial, a v. le basta un rápido vistazo para comprobar que esos quince años la han convertido en alguien mezquino, desagradable, envilecido. la mujer, sin embargo, no para de admirarla: *estás genial, qué bien te queda el pelo largo, estás re-flaca*, etc. la acompañan dos gays, a quienes se vuelve alternativamente diciéndoles: *es vivi, vivi tellas, ¿te acordás?* y los dos, como adoctrinados, asienten con sospechoso entusiasmo. la imposible reciprocidad: aunque se esfuerza, v. no puede devolver ninguno de los elogios. busca algo oportuno para decirle como alguien podría buscar una prenda adecuada en un desván lleno de ropa usada, vieja, inservible. lo único que encuentra: *me alegro de que estés haciendo lo que te gusta* [la mujer fabrica ropa de estilo rockero, o algo así].

el elogio del monstruo. no averiguo los detalles de esa intimidad circunstancial, pero intuyo que están ligados a las épocas de v. en el rock, a principios de los ochenta. todo lo que se juega en ese encuentro, que deja en v. un extraño y pegajoso malestar. la mujer parece asombrarse del estado en que la encuentra, como si el estado en el que la vio la última vez, quince años atrás, no hubiera auspiciado una supervivencia tan honorable. al mismo tiempo, ese asombro solo se explica si la mujer *sigue* en aquel mismo estado que en algun momento las hermanó (medio, relaciones, costumbres, etc.). y es esa persistencia en lo mismo lo que hace que v., que ahora tiene "otra vida", no pueda responder a los elogios con que la otra la ametralla. son dos personas que se hablan *desde tiempos distintos*. v., que la reconoce pegada a esa porción de pasado, solo ve en ella las huellas del deterioro, una especie de pasado que no pudo cambiar y que solo ha podido degradarse. y al mismo tiempo, la absoluta incoincidencia del encuentro actual arroja una extraña sospecha sobre la coincidencia del pasado: ¿cómo pude estar tan cerca de alguien de quien hoy estoy tan lejos? lo que es interesante es el efecto que este pasado que retorna tiene en v. el malestar de haber sido rozada por algo vil, una sensación como de resaca. ¡como si los últimos quince años, el tiempo en el que se liberó de ese pasado, solo hubieran sido una ilusión inducida por una noche de alcohol y de drogas de la que ahora, al encontrarse con la mujer, v. despertara de golpe, descubriendo que está exactamente en el mismo punto del que creyó haberse alejado para siempre!

rita ha descubierto el piropo. "lindo", me dice cuando, después de ponerla a dormir, me *estoy yendo* de la pieza. "hermoso", "te extraño hasta el cielo y las estrellas", etc. lo nuevo es el *momento* en que me lo dice: cuando estoy desapareciendo. es la esencia misma del piropo: dejar caer una palabra de amor o de deseo, no apuntar con ella a alguien sino *lanzarla* en su dirección sabiendo que se perderá, como los hombres lanzan sus piropos en la calle ante una mujer que pasa. rita sigue hablándome incluso cuando ya estoy fuera del cuarto y he cerrado la puerta. entonces arroja sus piropos en voz alta, como ese grito un poco desalentado que un hombre arroja desde un auto a una mujer que se aleja en dirección contraria. el piropo como celebración de la imposibilidad.

1998

6/07

r. y su vocación asistencialista. tiene identificados a sus compañeros de colegio por el tipo de accidentes (golpes, heridas, trastornos físicos, enfermedades, etc.) que les vio sufrir desde que los conoce, y así me los describe cada vez que yo, en una conversación, le confieso que no los recuerdo. "justine", dice, "la chica que el otro día se golpeó acá en el ojo un raquetazo y se hizo una lastimadura". o: "pero sí, máximo, el que te conté que se tropezó en el patio y se golpeó la cara contra el piso y le salió sangre, que tuvieron que llevarlo a la enfermería..."

el que sueña siempre con los ex amantes de su mujer pero los coloca en los sueños en posiciones o condiciones levemente humillantes. "soñé con m. ayer. manejaba un taxi y mientras me llevaba —buena onda, ¿eh?— me contaba que le había salido un trabajo genial: doble de riesgo de antonio banderas".

23/07

rita me propone jugar "a los enamorados". aparece en el *living* vestida como una prostituta (pollera de cuando tenía dos años, los zapatos de v. de charol rojo y plataforma, cartera de charol rojo, remera sobre remera, etc.) y se derrama, literalmente, en el bkf mientras me mira entrecerrando los ojos. "vos decidí las reglas, papi". pongo música, entro fingiendo no conocerla. una especie de bar: me acodo a un

estante de la biblioteca como si fuera una barra, pido un trago, la "descubro", voy a sentarme a su lado, unas líneas de diálogo pueriles, ella casi no habla; sólo frunce los labios y se mece, como flameando, hasta que me inclino sobre ella y le susurro: "¿querés ser mi novia?" y ella, muy rápido: "lamentablemente ya tengo novio".

la escena contada por eno en su *diario*, al final de un concierto, "una chica alta se me acerca y dice con una voz profunda: 'hola, vos viniste al saint martin's a darnos una charla, pero no te vas a acordar de mí porque entonces yo era un chico, me llamo trudi wooff'".

8/08

todo lo que hay de *adicción* en el amor, es cierto: a primera vista parecen incompatibles, enemigos, el amor es fuerza, energía, conexión, inspiración, emancipación; la adicción es rigidez, consumo, dependencia, sumisión, pero al mismo tiempo ¿no van juntos en algún momento? el enamoramiento: ver a alguien una vez y verse obligado a verlo, a partir de entonces, todos los días... la soledad espantosa, insoportable, de hacer *sin* el otro algo que habitualmente se hace *bajo la mirada* del otro, la soledad y la torpeza, como el adicto, que sin su droga se siente incapaz de nada, el que intenta poner fin a una relación agravando su propio deterioro: el suicidio (la sobredosis) o el corte (alejamiento y cura). ¿no se habla acaso, para explicar simpatías o antipatías amorosas, de la *química* de las relaciones? (*cfr. las afinidades electivas*) se piensa sobre todo en un eje de relaciones: afinidad/antagonismo; se descarta todo el campo *narcótico* de relaciones: el inmenso repertorio de acciones y efectos químicos que produce el amor. "ver las cosas de otro modo", "encontrarle la cara positiva al mundo", hechizos... todo lo que se le agradece al amor ¿no es muy parecido a lo que se le agradece a la droga?

12/08

malestar social, buena noche (inspirado, simpático, "democrático", sagaz para hacer suave *lobby* para el viaje de v. a nueva york), pero al volver tengo otra vez la desagradable impresión de un despilfarro, "no tengo que gastar tanto ingenio en salidas sociales", vuelvo a repetirme, ¡me queda cada vez menos! hay personas (v., por ejemplo) en quienes

los circuitos de la socialidad y los de la imaginación artística están bien comunicados y se alimentan mutuamente; hay otros, como yo, en quienes son circuitos completamente distintos, que no pueden compartir nada. todo lo que invierto en la vida social (ingenio, simpatía, vitalidad, modales, etc.) no me vuelve bajo ninguna forma —ni siquiera bajo la forma de un placer gratuitamente social—. v. tiene razón. he "progresado" y ahora puedo "entregarle" algo de mí a lo social; pero todavía no consigo "recibir" nada de él. en rigor, pese a mis considerables progresos, sigo despreciando la vida social. nunca seré un escritor proustiano.

18/08

en el diario, anochecer de un día agitado. terminamos de un trago, con r., dos vasos de *whisky*. cuando nos vamos, f. sigue con el suyo casi intacto, mientras edita y fuma. "¿ya se lo bajaron?", pregunta. yo: "somos alcohólicos, no hedonistas".

23/08

en el ascensor, viendo que v. tiene algo entre los dientes, mi lengua se pone a hurgar en los míos. ¿qué es eso? ¿telehigiene? ¿mimetismo? ¿pensamiento mágico? ¿una forma trivial de brujería? pero ¿y si fuera *amor*? robarle al otro —al amado— lo que le molesta, hacerlo carne en uno y después, si se tiene éxito, eliminarlo, pero en el propio cuerpo.

jacoby en el morocco. me pregunta en qué estoy. "escribiendo una novela, muy despacito", digo. "ustedes los escritores viven escribiendo novelas", dice. se me ocurre, de golpe, una gran forma de dividir a los escritores. los que viven escribiendo (novelas o lo que sea); y los que, de pronto, escriben. (yo, naturalmente, pertenezco a la segunda clase, aunque no sé muy bien hasta cuándo). ¿y puig? ¿y si lo imperdonable de puig fuera justamente que también se puso *entre* esas dos categorías? (pensado mientras releo *el beso* para el prólogo de la edición de archivos y la encuentro escandalosa y misteriosamente vieja: cómo es posible que esa novela también haya envejecido? aunque ¿y si lo que cuenta fuera precisamente un destino de envejecimiento: la vejez fulminante —a partir de mediados de los setenta— de todas las teorías y todas las prácticas?)

21/09

una idea: un club de fanáticos *de un año* de este siglo. un año cualquiera, ni siquiera alguno particularmente significativo. lo saben absolutamente todo sobre ese año, se visten con lo que ese año puso de moda, leen los libros publicados entonces, festejan las efemérides correspondientes, etc. el sitio en Internet dice: "bienvenidos a 1936". toda la historia del mundo se reduce a la historia de ese año.

en el aeropuerto. acaban de conocerse. viajaron de la ciudad al aeropuerto en la misma *combi*, solos, demasiado a oscuras. él sentado entre dos asientos, diez centímetros más lejos de ella de lo que debería haberse sentado, como si ya temiera su atracción. la invención de una intimidad. algo dulce y duradero, como un bálsamo que cura ciertas heridas. la "catástrofe", sin embargo, está ahí, en el borde de la escena. esperan en la sala del aeropuerto. ella hace un gesto de ponerse de pie. él se pone de pie y recoge su bolso. ella, viéndolo, hace lo mismo y da unos pasos indecisos. él cree verla dirigirse hacia un grupo de viajeros y se adelanta. los dos se quedan esperando. él comprende que ha sido un error, que el grupo al que se han unido no espera viajar sino sus valijas. se ríe. "me parece que no están embarcando", dice. "yo te seguía a vos", dice ella. "yo a vos", dice él. se ríen. ella: "qué peligro: en lo que podemos llegar a embarcarnos"... (se *siguen* mutuamente y así se meten en problemas, y siempre es el otro el que empezó todo).

1999

9/01

fiesta de j. y d.: una sorpresa regocijante. la casa es perfecta: la casa de *la fiesta inolvidable* en versión años noventa. una casa *para* fiesta, un poco a la tati. (de paso descubro algún parentesco entre tati y *la fiesta inolvidable* y pienso una digresión sobre peter sellers: era tan genial que desteñía: arruinaba las películas en las que trabajaba. *lolita* es el mejor ejemplo: sellers aparece para malograr todo el resto. como si el sueldo se lo hubiese pagado nabokov. buena idea: nabokov se venga de kubrick usándolo a sellers, usando su virtuosismo, que es totalmente nabokoviano). situación cómica: h. se la pasa presentando entre sí a gente que ya se conoce. difícil encontrar una escena más his-

tórica. algo del *tiempo recobrado* de proust, mezclado con la teoría de los seis grados de separación. euforia y a la vez melancolía. alguien a quien no le gustan las fiestas decide hacer la mejor. la primera fiesta *heterosexual* a la que asisto en años. como si los varones hubiesen decidido recuperar algo que el pueblo gay les robó (el monopolio de lo festivo) y propusieran un modelo de fiesta propio, en el que bailar tiene el mismo fervor masculino que saltar en la popular de una cancha. la música: una antología de todos los años que hacía que todas esas personas invitadas a la fiesta se conocían. un tema por año. bailar no una música —lo que resultaría demasiado gratuito— sino lo que uno vivió mientras la escuchaba: el *aura* de un tema. no falta nada: talking heads, garcía, eurithmics, virus, madonna, bowie, etc. imposible imaginar una música más *representativa*. mi gran momento personal, sin embargo, fue cuando oí una de las canciones de *el fantasma del paraíso*, intercalada en esa secuencia de músicas con una intempestividad diabólica. era una de las que yo cantaba. recordaba pedazos enteros de la letra. *"we'll remember you forever, eddie...", "eddie believed the american people had wonderful, lovegiving hearts..."* ¿1973? ¿1974? la música que yo escuchaba, en todo caso, a los trece o catorce años, en el momento en que iba a una fiesta con el temblor de quien se va a jugar la vida.

esa misma noche sueño que me invitan a hablar sobre fogwill en público, en presencia de fogwill. nos encontramos antes para conversar. le pregunto si tiene la misma edad de mi padre y me doy cuenta de que no y me corrijo. pero él dice que sí, sólo que tiene un "arreglo" particular con el tiempo (le paga al tiempo más de lo que le paga mi padre), etc. (un chiste muy parecido al de la cuota alta que yo le pago todos los meses al diablo, que suelo hacer cada vez que alguien muestra asombro ante mi edad).

después me veo hablando sobre fogwill ante él y el público. se me ocurren ideas bárbaras. mi comentario, sorprendentemente agradecido, reconstruye viejas escenas de la época de *ad hoc*. cosas que vi por primera vez usadas por fogwill: zapatos náuticos, cocaína, manuscritos anillados, máquina de escribir ibm con bochita. lo que más le gusta a f. es cuando hablo de que ha logrado lo que cualquier escritor sueña lograr: acuñar una frase. hay una *frase fogwill*, digo, y ejemplifico con

esas oraciones en las que f. parece poner en práctica la teoría de la recursividad sintáctica del primer chomsky: "que... que... que..." todo objeto termina siendo sujeto en la frase de f. es el arte del escritor-publicista. termino diciendo algo así como que "hay dos grandes pasiones que f. cultiva y que conspiran contra su literatura: la inteligencia y la envidia. para f., lástima, a menudo son la misma cosa".

me despierto con un raro placer. descubro dos cosas: que tal vez me gustaría escribir algo sobre f., y que f. ha sido para mí mucho más importante de lo que yo mismo me atrevo a aceptar. sólo que me pasé mucho tiempo defendiéndome de él, de su figura, de su "influjo". una idea me hace reír: como hay anticristo, hay antipadre. fogwill sería mi antipadre.

30/05

en viaje a paris. air france, vuelo 419. leo en una pizarrita de plástico en la sala de embarque: "comandante de a bordo: sr. puig; jefe de cabina: sr. proust". ¿quiénes serán las azafatas? ¿colette y simone de beauvoir? embarco, no sé si tranquilo o muy preocupado.

Hebe Uhart [2]

Un recuerdo de mi vida privada

Hace unos treinta años, yo tenía un novio muy borracho. Estaba llena de energías difusas y planeaba proyectos irrealizables: quería construir una casa con mis propias manos y había otro proyecto anterior de un criadero de pollos. Nunca fui muy apta para la industria ni para las tareas manuales. Yo no pensaba que un borracho fuese un enfermo; creía que él podía dejar de tomar cuando así lo decidiera. Yo trabajaba en un colegio y había pedido licencia por psiquiatría, que bien la necesitaba, y me pasaba la vida con ese novio borracho de boliche en boliche y de una casa a la otra. Hacíamos innumerables visitas a las gentes más diversas, entre ellos, un viejo poeta y su mujer. Ellos *recibían* en bares, y las malas lenguas decían que tardaban una semana en llegar de Rivadavia a Santa Fe porque se quedaban un día en cada bar. Fue un año de gran aprendizaje acerca de la gente y sus casas, pero a veces me aburría, porque el tiempo y el dinero de los borrachos no son como los de la otra gente: es como vivir en un barco, con el tiempo suspendido, y en cuanto a los amigos de mi novio, siempre lo destinaban para vino y, como decían, quedaban varados en un bar hasta que alguien los rescatara. También me aburría cuando los poetas borrachos empezaban a contar las sílabas de los versos: que si era endecasílabo, que si pie quebrado... podían estar horas.

Mientras yo andaba en todo esto, en mi casa no sabían adónde iba yo; sólo volvía a mi casa para comer y dormir; no contaba nada. Estaban alarmados. Mi mamá me hizo seguir por un primo y éste le dijo:

—Van a dormir a casa de gente distinta; si podés, comprale un departamento.

Mi mamá usó todos los ahorros que tenía (un millón de pesos, el equivalente a veinticinco mil dólares) y me dijo que fuera a elegir un departamento. Y ahí íbamos los dos a elegir. Yo encaraba a la gente y preguntaba, él quedaba atrás, mirando lo que hacía yo.

De pronto vi uno viejo, pero largo y enorme y me entusiasmé: "¡Mirá cuánto espacio!".

Ahora, había algo raro: la medianera era muy baja (del otro lado de la medianera unos diez observadores nos miraban). Pensé: "No me

[2] **Hebe Uhart** (Moreno, Buenos Aires, 1936) es escritora. Entre sus libros figuran *La gente de la casa rosa*, *El budín esponjoso*, *Memorias de un pigmeo*, *La luz de un nuevo día*, *Camilo asciende*, *Mudanzas*, *Cuando la hiedra*, *Señorita*.

importa, esa pared se sube después. Con todo este espacio, lo podemos empapelar, remodelar... ¿No es cierto?". Él decía que sí a todo. Porque estaba aterrado ante tanta gente; ninguno de los dos sabía remodelar nada. Como siempre, él miraba con admiración y espanto mi ánimo para enfrentar a la gente, yo me sentía fuerte y segura: casi una ejecutiva. No había puesto el criadero de pollos, pero había encontrado una actividad interesante. Por suerte me hice aconsejar y no lo compré. Compré un dos ambientes muy viejo, con teléfono y un ascensor que jamás funcionó. Como se había desprendido un pedazo de cielo raso, pusimos la cama en un pequeño vestíbulo delantero, junto a la puerta de entrada; en eso estuvimos de acuerdo los dos. Me lo entregaron sucio: yo barría y se levantaba una nube de polvo. Entonces me decía: "No debo barrer". Bastante tiempo quedó sucio nomás. Yo ya había vuelto a trabajar y lo hacía bien, pero estaba cansada de que a la hora en que salía, quedaban durmiendo en una de las piezas, absolutamente desocupada, dos o tres borrachos que se pasaban jodiendo toda la noche con Góngora o Quevedo; no me dejaban dormir. Nunca pude decir "¡Se van de esta casa!".

Entonces me dediqué a la empresa de curar a mi novio: lo llevaba al médico, al psicólogo y le compraba vitaminas. Después de largos preparativos, él iba a la primera entrevista; me decía a todo que sí, pero después no iba más. El no se curó, pero yo sí aprendí a vender y comprar departamentos.

Sergio Pángaro[3]

I

Seguía tarareando automáticamente. Todas eran variaciones sin gracia. Y aunque la melodía que buscaba desde hace años se presentara de pronto, ¿cómo la podría reconocer? Mis discos editados no impresionaron a nadie, ni siquiera a los de la discográfica. Por eso era difícil verlos en las disquerías, a pesar de que reunían las mejores ideas de los últimos años en la Argentina. En la vereda de enfrente están saliendo las alumnas de un colegio, entonces cruzo y trato de rozarlas, haciendo como si todo me representara un enorme inconveniente. Como si dijera: "Déjenme pasar. No me hagan perder el tiempo".

Dicen que en México las chicas no son tan lindas. A lo mejor debería irme para allá y concentrarme en componer. Aunque me la pasara tomando tequila, sería positivo. Además, los diarios necesitan que el artista viaje un poco para poder hablar favorablemente. Pondrían: "Pángaro triunfa en México".

Mi intención era conseguir el diario, ya que hoy publicaban mi entrevista. Así que me puse nervioso y compré un ejemplar. Ya en casa, alisé la hoja sobre la mesa y me dispuse a medir. Efectivamente, ¡el nombre de N. era más grande que el mío! Ni siquiera sabía que era una nota compartida. Si me hubieran aclarado ese punto por supuesto que no hubiera aceptado. Fui específico: "Nada de compararme con ese mediocre". ¿Les habré dado yo la idea? No tendría que haber mencionado a N. ni decir que plagia mis canciones. Sí, también pusieron eso. Voy al dormitorio porque me caigo de sueño. La luz del contestador titila. Hay cinco mensajes.

Mensaje 1, voz femenina: "Sergio, lo estuve conversando con la gente del Rojas, pero nos resulta muy difícil hacer los cambios que pediste. En realidad no tengo muy en claro quiénes son los escritores que te molestan, pero lo que podríamos hacer es que leas primero, así no tenés que quedarte hasta el final. Si estás de acuerdo por favor comunicate con la dirección de eventos y centros recreativos, tendrías que hablar con la señora Irma Suárez. Gracias". Así que voy a tener que leer con ese *snob*. Encima le dieron un premio en España y debe estar insoportable. ¿A quién se le ocurre escribir seiscientas páginas?

[3] **Sergio Pángaro** (La Plata, 1965) es poeta, cantante y compositor. Integra el grupo Baccarat. Ha publicado el libro de poesía *Señores chinos* (1999).

¿Quién se cree que es? ¿Balzac? Debe ser aburridísimo. ¡Por favor! Ni pienso leer ese libro. ¿De qué hablará?

Mensaje 2, voz de chica: "Sergio, no me conocés, pero yo te fui a ver a La Ideal. Nada... Quería hacerte una entrevista para la facultad. En realidad me pidieron un personaje conocido, pero te elegí a vos. Nada... espero que te copes. Mi teléfono es el 4675-6344. ¿Me llamás?".

Mensaje 3, voz de amiga: "Sergio, son las cuatro de la tarde y queremos que vengas. Ya conseguimos auto. Después te digo a qué hora pasamos a buscarte".

Mensaje 4, voz masculina: "Pángaro, ¿leíste la nota del diario? Espero que estés satisfecho. Te cuento que N. suspendió la gira. Después hablamos".

Mensaje 5, la misma voz masculina: "... en realidad ya no hay mucho que hacer, así que me voy de viaje. Cuando vuelva te llamo. Acordate de que el viernes tenés la promoción del disco".

En mi colegio se decía que Jagger y Richards habían dejado ahogarse a Brian Jones en una pileta. Yo mismo repetí esa historia varias veces... También me gusta decir que Frank Sinatra mató a Marilyn Monroe. Aunque a veces digo que sólo la drogó, y el que la mató fue John F. Kennedy. Pero lo más probable es que a los dos los haya matado la discográfica. En el caso de los Stones, diría que la compañía fue más lejos y los mató a todos, uno por uno. Eso se deduce de comparar fotos de los sesenta con las actuales. Eso es lo que quisieran hacer conmigo esos ineptos. Pero por empezar no son lo bastante organizados, ni siquiera para provocarme un dolor de cabeza. Pero la idea me había inquietado. Fui a buscar las fotos de unos años atrás para compararlas con el espejo. No era el mejor momento, porque estaba sin dormir. Además eran fotos de un *show* en vivo. Todavía cantaba M. con nosotros, y nos habían contratado para una fiesta tropical. "...todas las bebidas que quieran, incluso sustancias". Cuando les repetí la palabra "sustancias" a las chicas, les dio mucha gracia. Pero un detalle las inquietó: Compartiríamos el escenario con Sandy, la diosa de ébano. "¿Y qué hace?", preguntaron. Su entusiasmo por lo exótico iba a la par del temor de verse opacadas por el cuerpo aceitado y desnudo de una negra.

Ya en la prueba de sonido me preocupé: Me entregaron los micrófonos todavía en su envoltorio original, comprados en una juguetería.

Los cablecitos ni siquiera llegaban al piso. Miré al organizador, y se veía tan orgulloso de su equipo que tuve que sonreírle.

Cuando las chicas vieron a Sandy en el camarín, su aire inseguro las tranquilizó. Era una dominicana que había ido con su mamá y su hermana, como nosotros, dudando del evento. A. no paraba de hacerle preguntas, porque había pasado unas vacaciones en República Dominicana. Yo en cambio tenía la vista fija en su trasero brillante, mientras la madre de Sandy y M. me miraban con reprobación. Si bien la figura de Sandy anticipaba ritmos salvajes, la verdad es que ponía tan poco entusiasmo en el baile que hubiera resultado más excitante verla vestida y leyendo el diario. Nuestro *show*, tres cantantes con micrófonos de juguete sobre música hawaiana, no era mejor que el de Sandy, pero a esta altura de la noche el público se conformaba con verme borracho e intentando seguir la coreografía.

II

Estaba muy entusiasmado con el nuevo *software* de la Real Academia Española, cuando sonó el timbre. Había decidido no ir a la fiesta en La Plata, para quedarme escribiendo todas las canciones que me pedían. ¡Usando el orden alfabético a la inversa es muy sencillo obtener rimas! Así que para entonces tenía varios bocetos. Me tiré en el asiento de atrás y mi buen humor se reflejó durante todo el viaje en bromas y consejos. Nuevamente me sentía dueño de mí mismo, con el ánimo de quien ha hecho un gran aporte a la humanidad. No conocía a la que manejaba. Mejor dicho, había huido de ella y su discurso sin horizontes, noches atrás, en el bar Mundo. Esta vez, mientras iba de una banquina a la otra, describía sus penurias en Tribunales. Por supuesto, no le di la oportunidad de explicarnos por qué hacía eso con el auto. Sólo me concentré, como decía, en mi discurso luminoso y personal. Al llegar a la fiesta, incluso bajé antes de que terminara de estacionar. B. que viajaba adelante, más tarde me reprochó haberla dejado sola con el relato de Tribunales. "Tuve que ser amable para poder volvernos en auto". Se compadecía de sí misma. "Muy bien B., así no tendremos que tomarnos un ómnibus", aprobé.

Enseguida me pusieron en la mano un vaso de cumpleaños lleno de cerveza. Parte del contenido fue directo a mis zapatos, mientras me

saludaban de todas partes. Un chico después de un rato se acercó y me dijo: "Yo no te voy a hablar de música, sólo te voy a preguntar: vos, ¿cómo estás?". "Bien", le contesté divertido. "Todos se acercan y te preguntan sobre música, ¿no? Pero yo te quiero preguntar: vos, ¿cómo estás?". "Pero a mí me interesa la música... más que yo mismo". "Ah, yo toco la guitarra", replicó.

Una chica me pellizcó al pasar, y como se quedó cerca, hice lo mismo con su culo. "Vos estás más firme", le comenté.

"¿A ver?", y esta vez me agarró con toda la mano.

"Qué bien", aprobé. "No sos muy tímida. Voy a buscar algo para tomar", dije, pero no me contestó.

En una habitación había pasto natural, sobre el que *hippeaban* unos adolescentes. Me tiré sobre el pasto y me sorprendí con el efecto campestre que se lograba. "Estamos en el campo", dije, poco ocurrente. "Sí, y se ven las estrellas", observó uno de ellos. Yo creí que se refería al empapelado y me quedé mirando un rato la pared. Pero después descubrí que había una ventana por la que se veían las estrellas de verdad.

Me levanté del pasto y el mismo joven del principio se acercó y me preguntó al oído: "Sergio, cómo estás?". Y nos reímos los dos. Venía con otro, y este me entregó un disco que había grabado.

En el lugar, había un chico cantando sobre la música de un grabador. Me aburrí de antemano. Ya lo había hecho yo, años atras. Quedé al lado de una rubia que antes había cantado en el jardín, así que le sugerí que tomara el micrófono. Pero estaba atenta al cantante con los Ray Ban. Entonces presté atención y un vértigo me subio desde los pies hasta despejarme por completo.

La canción era hipnótica. Qué interesante, una idea tras otra. Pareciera que está hablando, pero canta bien. Sencillo, pero agradable. Le da importancia a la letra. Muy bien. Pero las melodías son pegadizas. Me encanta. Divertido. También un poquito romántico, pero no habla de amor. Es porque es joven, por eso es tan novedoso, en fin, perfecto. Me di cuenta de que sólo había escuchado dos canciones, pero sentía como si se tratara de una cultura recién descubierta por mí. Aunque el chico fuera el autor de las canciones. La euforia no me permitía relajar la sonrisa, y al fin y al cabo esto era un buen signo. No como siempre, que la envidia me oscurece.

"Soy tu admirador", le dije cuando terminó y estaba apoyado en la

pared, quizás esperando que se desocupara el baño. Casi resulta incómodo, porque me dijo "gracias", y yo me quedé esperando algo. Pero no, pareció no reconocerme. Entonces vino F. y me dijo que estaban por volverse en auto. Abajo el ambiente estaba descontrolado. La chica que me había tocado el culo bailaba como poseída. Me acerqué y le dije que me estaba yendo, y si venía conmigo. Ella dudó, pero me tomó de la mano y me dijo: "Vamos al baño". Iba delante de mí, y vi que estaba bien formada. El baño estaba vacío, pero muchos prestaron atención al escándalo que hacíamos. Además la puerta tenía un vidrio traslúcido por el cual seguramente se veían todos nuestros movimientos. Así que enseguida le subí los pantalones y le dije "Vamos". Me siguió hasta la puerta, en donde se acordó de su cartera y abrigo.

La esperé un rato en la vereda, en donde me encontró B. y me dijo: "Te estamos esperando en el auto". "¿Hay lugar para alguien más?" "Sí, claro".

Regresó mi nueva amiga sin las cosas que había ido a buscar. Subimos atrás, donde estaba F. Ella se recostaba en él y en mí, y a veces se inclinaba hacia delante y la besaba a B. La conductora parecía fastidiada y hacía movimientos bruscos con el volante. Dos veces mi amiga se golpeó la cabeza con la ventana.

"¿Te lastimaste?", le pregunté las dos veces. Estaba tan borracha que cuando llegamos la tuve que sacar del auto a la fuerza. Me miraba sin comprender, mientras yo buscaba sus zapatos debajo del asiento.

Al verme entrar en el edificio, el encargado bajó la vista. Ella se llamaba L. Perdimos el equilibrio y la mesa de *living* se vino abajo. Y con ella, todo lo que había encima: una frutera de porcelana, un florero, cuatro copas de cristal para champaña, dos copas de vidrio normal, el pesado teléfono de disco, un cenicero grande. Lo único que no se rompió fue el florero. Por suerte, porque me lo regaló D. Un objeto que recuerda la delicada dimensión en la que existe D. No me explico por qué D. cree que puedo hacer arte. Lo mejor que podría ocurrirme es inventar algo que no sea arte. Amo demasiado el arte para ser un innovador.

En realidad el teléfono tampoco se rompió, pero ahora se escucha muy bajito. Me desperté a las dos horas por el dolor de cabeza y me puse a juntar los pedazos de vidrio. Cuando L. se despertó me ayudó a sacar un vidrio que tenía en el pie. Le pregunté si le gustaría ducharse, y si conocía al chico de los Ray Ban que cantaba en la fies-

ta con un grabador. Me dijo que sí, y que se llamaba Javier. "¿Me conseguirías el teléfono?".

A la noche fui a cenar a lo de G. Estaba el funcionario T., y un conductor de cable. G. se las arreglaba bien para llevar la conversación y controlar el carbón de la parrilla. "¿Sabías que T. ahora es Jefe de Gobierno?". "¡Qué bien!", felicité a T. Quedó claro que yo ignoraba los alcances de esa función, porque T. se vio en la necesidad de aclarar. "Ahora soy tu autoridad". "Yo no tengo autoridad", me escuché decir. "Nadie sabe dónde vivo porque me mudé recién. Además, nunca voté."

"Pero usás el alumbrado..."

"Lo pago puntualmente. Bueno sería que las empresas de servicios me obligaran a hacer el servicio militar."

Yo no sé qué hacía T. ahí, pero seguramente a G. no le ayudaba mi ofuscamiento.

"Spinoza hablaba de la libertad. Eso te gustaría", aconsejó T.

"Sergio, este viernes tenés que mirar el programa", interrumpió el conductor de cable. "Viene un artista que se llama Javier X. Parece que es la nueva sensación. Hace todo con un grabador, *look* normal, Ray Ban. ¿Oíste hablar de él?"

"Mmsi... lo escuché. Posmodernismo mal digerido. ¡Hasta cuando tendremos esa música infantil! ¡Sólo porque los chiquilines descubrieron la nostalgia!"

"Durante bastante tiempo", terció G., bastante aliviado con la conversación.

"Tengo entendido que mañana le sacan una tapa en el suplemento Pi".

"Qué bien."

"Ja ja ja, veo que te molesta."

"No, para nada. Ese diario no me interesa."

"A propósito, me enteré en ese diario que tu *manager* C. se fue de gira con N., ¿es verdad?"

Abril

Anna Kazumi Stahl
Rosario Bléfari
Washington Cucurto

¿Qué es Confesionario? ¿Son cartas viejas y un diario tachonado? ¿Son las huellas en el cuerpo de las caídas, los moretones, los tropiezos y la torpeza? ¿Es la verdad a cualquier precio y caiga quien caiga? ¿Es mi lista de simpatías y enemistades?

Imágenes que no se borran. Personas que no olvidamos. Papeles que guardamos y cartas/*mails* que atesoramos embriagados de lo que dijimos y nos dijeron hace dos segundos?

Tres versiones de la confesión. ¿Cuál es tu idea de una confesión? Y si hace mucho nadie te cuenta sus secretos al oído... entonces probá Confesionario, historia de mi vida privada: la verdad apacigua, la mentira desgasta.

Anna Kazumi Stahl [1]

El destino japonés

Era un recinto pequeño, un espacio muy reducido. Me llevaron hasta allí por un camino de piedritas, y me apretaban la mano todo el tiempo, como diciéndome sin palabras pero con contundencia: "Silencio. Silencio. Delicadeza. Delicadeza. No muevas todo el cuerpo. No levantes tanto los pies. No hagas ruido al pasar".

¿Qué hacía yo? Caminaba. ¿Cómo se camina sobre ripio sin hacer ruido? "Shup-shup, shup-shup" hacía mi paso sobre las piedras grises de la pista angosta, y no había caso. Avanzamos por el camino principal de un complejo de templos en las afueras de Kioto. Mi madre me llevaba por primera vez para ver al monje-consejero de la "casa" Sasagawa, nuestra familia en Japón. Yo iba como visitante, por lo menos hasta ese momento. Yo había nacido en los Estadios Unidos, hablaba inglés, no era budista, iba con mi madre.

Pasábamos los templos más grandes, de donde salía el humo del incienso y emanaba una quietud inquietante. Nos dirigíamos a unas casitas de madera liviana y papel, construidas sobre pilotes y enfiladas al costado de los edificios más sólidos. Detrás habíamos dejado los únicos íconos expuestos al aire libre: los guardias de la entrada, unas esta-

[1] **Anna Kazumi Stahl** es doctora en Letras Comparadas (University of California, Berkeley). Vino por primera vez a la Argentina en 1988 para aprender castellano. Reside en Buenos Aires, enseña letras en el Lincoln University College y realiza traducciones. Ha publicado *Catástrofes naturales* (1997) y *Flores de un solo día* (2002).

tuas gigantescas de torso desnudo y caras distorsionadas en muecas perversas. ¿Estos son los guardias de la casa de Dios, o son diablos? No sabía que mi pregunta había sido audible. Concentrada por completo en subir lo menos posible el pie y avanzar sin remover las piedras, sentí un golpe seco en las costillas: "¡Tontísima pregunta! Los guardias dispersan los males y los dejan afuera. ¿No ves que miran hacia fuera? OK. Por prudencia, sería bueno que evites abrir la boca. El monje te hablará a ti. No tendrás que decir otra cosa que 'Gracias'. Cuando termine, eh, no antes. Recién al final. ¿Entendiste?".

Mi madre fue directo a una de las casitas; no sé cómo sabía cuál era la que nos correspondía, porque no tenían chapas o numeración. Subimos por una escalera corta de madera, pintada color ocre, gastada por el tiempo pero limpia y lisa. Allí no hice mucho ruido con los pies. Mi madre deslizó la puerta, que era diminuta, hacia la izquierda para que entráramos. Era un recinto muy pequeño, las paredes y el techo parecían apretarnos. Si no fuera por los paneles de papel traslúcido me hubiera sentido sofocada. Se me empujó suavemente pero con decisión desde atrás, y me metí. Me arrodillé e hice la reverencia de la forma más respetuosa —llevando mis manos al piso delante de mis rodillas, bajando la cara hasta tocar el piso con la frente—, como hay que hacer al presentarse a un maestro o a mi tío, pensé. En este caso era un monje, el que trataba desde hacía décadas a nuestra familia. Yo tenía ocho años; era la primera vez que lo veía.

Sentado detrás de una mesa baja y estrecha, me hizo un gesto para que me acercara. Era viejísimo, la piel pálida y arrugada. Su frente parecía de mármol, y el cuero cabelludo de su cabeza rapada brillaba aun en la poca luz que había. Abrió una especie de cuaderno ancho, de papel de arroz muy grueso, con hojas de textura granulada pintadas, llenas de ideogramas. Lo dejó abierto en una página que tenía apenas diez o doce figuras. Con un pincel anotó algo más. No podía (todavía no puedo) leer el japonés, por lo que no entendía de qué se trataba. El monje anciano consultó un par de páginas más adelante, y luego me indicó con sus propias manos que debía colocar las mías palmas para arriba, sobre el borde de la mesa. Lo hice. Apareció en la mano huesuda y pálida del monje un larguísimo palito negro, delgado como un escarbadientes. Con él me tocó las manos, aquí, aquí, allá, apuntaba, seguía una y otra línea, apretaba la carne, aquí, allá,

Así, con golpetazos y con pinceladas, me leía las manos. Al final dijo en voz alta mi nombre.

Se quedó en silencio un rato. Suspiró. Y comenzó a hablar. Pero antes de dar la interpretación del destino que había leído, primero se disculpó: en nombre de mi madre y de mi tío (él no estaba presente, pero como primogénito masculino de la actual generación adulta, era el jefe de la familia, el guía y el principal responsable de todos nosotros, en asuntos materiales, político-sociales, y espirituales). El monje se disculpaba porque "esta persona" (yo, a los ocho años, lejos de mi Nueva Orleáns natal, mi béisbol, mis libros de aventuras y mis bicisendas favoritas sobre la orilla del río) no tenía estrella para cumplir como mujer, según pautaban la ley y la costumbre milenarias del Japón. "Otra cosa", dijo, "algo raro, difícil de hacer asentarse. Irá de aquí para allá constantemente, por eso será una tristeza para la casa, porque nació mujer pero tiene estrella de lo movedizo e intratable, y no servirá como esposa para este apellido".

Siempre pienso, reflexionado sobre aquel episodio, ¿por qué esas palabras me tocaron tanto? Si mi apellido no es Sasagawa. ¿Por qué mi nombre verdadero no tenía peso cuando estaba en Japón?

Cuando tenía veintidós años, volví a Japón. Otra vez con mi madre, y de nuevo fuimos al complejo de antiguos templos, al filo de casitas de té que albergaban a los monjes cuando recibían consultas sobre el destino, el *karma*, o la estrella de las personas. Subimos la escalerita de madera pintada de rojo, mi madre deslizó la puertita para un lado, entramos en un espacio claustrofóbico, y me presenté delante del monje que correspondía a nuestra familia. Ya era otro, tan flaquito que daba pena, pero más joven. El anciano había muerto.

De todas formas, éste también tenía el cuaderno ancho de áspero papel de arroz, el mismo de antes. Pronunció mis nombres, consultó alguna que otra página anterior, trazó las líneas de mis manos con un palito de un metro de largo, las leyó y las meditó. Luego, tal cual hizo el monje anterior, comenzó con una disculpa. Las mismas palabras le salían de la boca. Mi madre escuchaba cautivada, aunque pálida, y yo no veía el momento de salir. Ansiaba seguir mi viaje: a la madrugada del día siguiente tenía pasaje en el tren bala al extremo norte, a Hokkaido, donde nunca había estado y al que nisiquiera podía imagi-

nar (por no ser el Japón de los templos, los antepasados y el destino, sino el de las Olimpíadas, la nieve, las vacas [sí, había algunas], la cerveza y los fideos *ramén*).

No me acuerdo si aquella noche volvimos a hablar sobre los pronunciamientos de estos monjes. Sé que mi madre se quedó hasta tarde en la cocina. Supuse que estaba hablando con mi tío, pero no dediqué ni un instante a pensar en el contenido de la charla. Me ocupé de los últimos preparativos para el viaje: armé la mochila, organicé los pasajes y los mapas, y no presté atención a otra cosa. Cuando vino ella, ya me había acostado. Escuché deslizarse la puerta en las ranuras de madera pulida, pero cuando susurró mi nombre, fingí que estaba dormida.

Yo sé que en las familias —particularmente en las que reina "la tradición" (la que fuere)— puede llegar a ser muy difícil distinguir entre las idiosincrasias personales (o las neurosis) y las pautas socio-culturales. Para mí —esto lo hemos hablado mucho con mis hermanos— queda claro que el nuestro (digo, el de los Stahl-de-Sasagawa) es un caso de cierta carencia en el saber objetivo de las tradiciones japonesas (porque nos criamos lejos, en Occidente y con un padre no japonés) y de cierta distorsión o magnificación (psicológica, tal vez debida a esa misma distancia geográfica) de la imagen de mi tío como jefe de la familia. Según "la tradición", él era el jefe de la red familiar, que abarcaba no solo a su propia familia nuclear en Nishinomiya, sino que también nos incluía a nosotros en los EE.UU. y a la familia nuclear de la tía Yasuko, en Canadá. Por derecho otorgado a través de la milenaria cultura japonesa o las idiosincrasias personales de la familia, el tío dictaba sobre nuestras vidas como santo y tirano, porque todo lo decía por tu bien, pero sin dejar salida alguna. Y lo aceptábamos: de alguna manera los años en el colegio católico de Nueva Orleans, los años inmersos en la ideología de las libertades individuales en EE.UU., nada de eso nos ayudó a desarmar la creencia de que, si fallábamos a la hora de cumplir el destino que nos venía pautado, arruinaríamos los logros *kármicos* que los antepasados nos habían dejado, justamente porque ellos jamás habían errado en poner el deber delante del deseo propio.

¿Y quién interpretaba cuál era el camino del destino? El jefe de la red familiar. Mi tío. Pero si vivía tan lejos y si no hablábamos casi nunca, ¿cómo podía entendernos y opinar sobre lo que debíamos

hacer o no? Sí, podía opinar. Era el único en realidad que podía hacerlo y no errar. ¿Y por qué? Porque así lo dictaba "la tradición".

Me guste o no admitirlo, todos participábamos, por más que nos haya parecido absurdo o inútil. Y en definitiva —habría que aclararlo— el tío nunca emitió ningún pronunciamiento fantasioso o tirado de los pelos (como podría ser, por ejemplo, un "cometan *harakiri* ya" o "ya que ha sacado un tres en matemáticas, vaya de inmediato a disculparse con la maestra por ser mal alumno a pesar de todo el esfuerzo que ella hace"). Ninguna indicación suya sobre el deber o el destino fue una locura. Al contrario: siempre eran dictámenes de lo más normales para cualquier cultura o país. Nos aconsejaba sacar buenas notas en la escuela, hacer algo de deporte y algo de música, respetar a los padres y a los ancianos aunque no los conociéramos, buscar una buena universidad y conseguir un empleo fructífero, etcétera.

Sólo en mi caso las circunstancias llevaron en un momento particular a un conflicto entre las culturas.

Evidentemente, mi tío había hecho ciertas reflexiones sobre la "estrella rara" bajo la que yo había nacido. Hubiera querido acotar las consecuencias negativas: para mí, pero más aún para la familia entera (para "el apellido"), incluso para las generaciones aún sin nacer como también para los antepasados que merecían descansar en honor y en paz. Los monjes ya habían advertido que la muchacha de la estrella rara no serviría como esposa para el apellido, así que mi tío —me doy cuenta ahora— sólo buscaba que mantuviera vínculos con instituciones, que avanzara sin casarme, pero que estuviera siempre bajo el auspicio de alguna institución.

Por eso (aunque se sorprendieron mis padres) el tío no dijo nada cuando me salió la oportunidad de ir temprano a la facultad, y con dieciséis años me fui sola de Nueva Orleáns a la lejana, fría y anglosajona ciudad de Boston. Tampoco dijo nada cuando me fui a Europa, donde hice el tercer año de mis estudios en una universidad pública de Alemania. Seguía la carrera de ciencias políticas con el objetivo de hacer el postgrado en una escuela de leyes, pero de pronto, al volver de Alemania, me pasé a la carrera de letras. El tío se quedó muy tranquilo porque a los pocos meses me admitieron en algunas universidades de aceptable reputación.

Instituciones. Me salvaron las instituciones, sin que yo tuviera idea de ese costado de las cosas. Pensé que me había rebelado. Mis padres, de hecho, habían reaccionado con decepción, hasta con angustia, cuando supieron que dejaba la carrera de leyes para ir a estudiar literatura. Pero como el tío no lo desaprobó, las quejas quedaron en el aire, y fui con mis planes de estudio a California, un lugar mucho más raro aún que Boston.

Extrañamente, el conflicto surgió con el logro, no con la irregularidad. Me recibí, pero en vez de tomar un puesto universitario —como hubiera sido *institucional*— me fui para el lado opuesto del mapa, me fui a vivir a la Argentina (tenía posibilidad de ser escritora allí, en vez de una académica en los EE.UU.). No fue una decisión impulsiva tampoco; había pasado ya más de tres años en Argentina, tenía un empleo y los papeles de residencia en orden. Y lo más importante: me habían aceptado los cuentos para publicarlos en forma de libro. Eso fue lo que me convenció.

Pero evidentemente, según las definiciones del jefe de la red familiar, eso no era un "vínculo institucional". Sin embargo —¿acaso la distancia geográfica jugaba a mi favor esta vez?—, no oí el silencio preponderante que había impuesto mi tío. Seguí con mis cosas, y no tuve que pensar demasiado en "la tradición" o en "el destino".

En 1997 fuimos a Japón con mi madre para pedir el permiso de realizar una traducción al inglés de la obra de un antropólogo japonés. Mi padre se nos unió, para hacer turismo y divertirse, dijo. Por supuesto, visitamos al tío y a los primos. Fue lo primero que hicimos ni bien despachamos las valijas en el hotel. Ah, de nuevo: al corazón de la red familiar, al seno de la casa Sasagawa.

Mi tío era un hombre menudo, muy delgado y frágil de cuerpo (cosa que lo había salvado de tener que ir a la guerra, un deber del que no volvió un hermano menor). Tenía la cabeza muy redonda y grande, casi sobredimensionada, como un cerebro enorme que posaba sobre un cuello delicadísimo. Tenía los ojos sombríos y severos, la boca ancha, temible. Hablaba poco y bajito, pero se hacía un silencio cuando lo hacía, y todos en la mesa o sentados alrededor bajaban las miradas para escucharlo. Entonces cada palabra que enunciaba con aquella voz en términos objetivos, debilucha y vacilante, tenía el peor peso de la ley. El peor, porque se recibía con miedo.

Pero yo estaba tranquila. Tomaba sorbos del té que me había servido la tía, miraba al pequeño jardín del fondo que tenía rosales, dos o tres, con los que meditaba mi tío (ya sabía, ya lo había visto media hora parado delante de una rama, mirando la textura de un pétalo o de una espina). Mi tío me saludó, y me preguntó por mi vida en Argentina. Era mi chance de presentarle mi libro, que ya había salido, con veintiséis cuentos escritos en castellano. La tapa llevaba una reproducción de una foto que había sacado mi padre: estoy con unas amigas en el Día de la Niña. Estamos vestidas de kimono y tenemos ocho años (recién ahora me doy cuenta de que la foto es del mismo año en el que el monje de los templos me leyera el destino).

Mi tío miró la tapa, la tocó rozando los bordes con las puntas de los dedos. De pronto oí que golpetea con las uñas contra la superficie plastificada. Me sorprendió la agudeza del sonido. Lo miré, cosa que normalmente no habría que hacer. Él me miró fijamente, dejó el libro y se levantó. Fue hacia donde estaba el teléfono y empezó un discurso que no iba a ser largo, pero sí muy definitorio. Hablaba en tercera persona. Hablaba de "esta persona" que había ido de aquí para allá durante su formación en una especie de camino torcido pero de avance sostenido, guiado y favorecido por las instituciones que juzgan como positivo o no el desempeño de un individuo. "Esta persona" había tenido cierto éxito, en el sentido de no fracasar en los estudios, de ir avanzando hasta recibir los títulos que las instituciones juzgaron que merecía, que no eran despreciables, que jamás deben ser despreciados. "Esta persona" había sido formada y habilitada institucionalmente para ciertas actividades profesionales. "Esta persona" era un orgullo para la familia, tanto para los antepasados como para los que la conocían en vida, y en particular para los hijos aún jóvenes de los primos mayores. Aquellos más chicos miran a "esta persona" como ejemplo. En eso también reside una responsabilidad, un deber.

Y ahí ladeó un poco aquella cabeza grande, sobredimensionada, y aspiró apenas el aire por los labios. Se hizo en el silencio de la habitación un sonido corto y severo, frío, lo opuesto de un alegre silbido. Y continuó con que, sin embargo, "esta persona" había dado la espalda a todo lo que el destino había marcado y ofrecido como camino. "Esta persona" había ido a un lugar extrañísimo, desconocido por completo, cuyo nombre no había sido pronunciado, ni siquiera leído jamás antes

por ningún integrante de la familia. (Yo pensaba: ¿acaso no habíamos escuchado todos hablar de la Guerra de las Malvinas, de Maradona, del tango, Gardel, Evita y Perón?...). Y entonces me informó que el autor, del que solicitamos el permiso para la traducción —un profesor de renombre en el Japón— y mi propio tío —que era también un profesor universitario en la facultad de economía— habían juntado fuerzas para obtenerme entrevistas "altamente prometedoras" para dos puestos universitarios, una en una universidad de Tokio y la otra en una de Kobe, los dos con buen sueldo, empleo de por vida, y para enseñar en lengua inglesa. Ese fue el único momento en el que algo parecido a una sonrisa se le dibujó en la cara. "Así que —entonó— ya está". Hizo una pequeña reverencia, menos para honrarme que para indicar la finalización del asunto. Levantó el tubo del teléfono.

Me apresuré en contestar: "Muchísimas gracias, tío, le agradezco muchísimo el favor, me honra y me disculpo por haberle causado tal preocupación y trabajo. Sin embargo, no podré tomar un empleo así, porque no voy a venir a vivir a Japón. Vivo en Argentina. Seguiré en Argentina".

A esto siguió, como sería imaginable, un tironeo de palabras, al comienzo en forma de un diálogo bastante civilizado, de tono bajo y cortés, en espera de que el otro terminara de hablar. Pero se aceleró rápidamente, y me puse de pie, sí, creo que cuando me puse de pie cambiaron las cosas, o mejor dicho se movilizaron. Las otras personas que estaban reunidas se pusieron en movimiento: mi madre tambien se levantó, mi padre corrió la silla para bloquearme el camino. Mi tía y mis primos hicieron una gentil retirada en ese momento. No me acuerdo que decía mi tío exactamente, pero recuerdo la furia que sentí yo. Como me zumbaron en los oídos las palabras "deber" y "destino" y "tradición". No se bien que paso, que dijimos o que no dijimos, pero todo era un caos, hasta que de pronto habló mi madre.

Dijo una cosa rapida, chiquita, pero dio en el blanco con una puntería y una delicadeza envidiables. Primero, dijo que tenía miedo. Luego, explicándose, que todos queríamos que "esta persona" tuviera un progreso normal, pero que seguramente, era tal la distorsión en el destino de esta persona, ya desde los ocho años indicado como "raro" pero con el agregado de una crianza en Occidente y excesiva libertad individual, que le daba miedo, mucho miedo, que al tomar el puesto, "esta perso-

na" no pudiera evitar que saliera algo raro, poco entendible, tal vez peor que si "esta persona" se quedara haciendo lo que ya hacía, que en definitiva no era tan raro, sólo que lo hacía muy lejos de casa, sólo eso.

No hubo ni un instante de vacilación por parte de mi tío. "Es correcto: no hay nada que se pueda hacer". Eso dijo y colgó luego el tubo del teléfono. Fue todo tan rápido que no pude entender cómo había llegado tan pronto de vuelta al hotel.

Sólo después he entendido, o tal vez percibido, lo que pasó. Un par de años más tarde tuvimos contacto de nuevo. Yo tenía una pésima predisposición para el reencuentro con mi tío. No podía evitar la mueca de disconformidad, se me partía la cara. Mi madre (como había hecho tantos años atrás también, por otro motivo) me aconsejó ni abrir la boca, por las dudas. En cambio, mi tío se mostró plácido, hasta por momentos alegre. Me miraba, a los ojos y sonreía, feliz de verme, como a todos los hijos de su hermana menor. No dijimos nada en particular que recuerde. No tuvimos ningún diálogo profundo. Fue un lindo encuentro familiar, como la mayoría, salvo aquel de la confrontación. Pero hay algo que me quedó de ese encuentro. No fue el alivio de ver que no se había roto mi vínculo con él, que no había tensión o resentimiento por lo que sucedió. Lo que me hizo cambiar tanto la cabeza ese día fue su alegría, su liviandad.

Toda la vida me había pesado "la tradición" y toda la vida me había complicado la extraña presión de tener que cumplir con ella sin entenderla por completo y sin vivir entre personas que participaran de ella. Y toda la vida había visto a mi tío como un autoritario, un tirano que disfrutaba de su poder dictatorial sobre los demás. Pero en ese momento me vino otra percepción, más sutil pero más certera: fue el momento en el que por primera vez percibí en él el alivio, purísimo, y la alegría brillante, casi infantil, justamente porque ya no tenía que ocuparse de la dificultosa tarea de intentar reconocer y pautar mi destino de oveja negra (yo era la única que se apartaba de alguna manera de lo convencional). En vez de un dictador destituido, era un hombre con permiso de ser sencillo. Así lo vi ese día, y por eso cuento todo esto, porque lo vi sin el peso encima, sin el manto de "la tradición".

Rosario Bléfari[2]

¿Qué es lo que querés?

—Me siento una tonta, que no es lo mismo que decir que soy una tonta.

—Vos no sos tonta para nada, ¿qué es ser tonto?

—Y... no contestar rápido cuando alguien te pregunta algo, por ejemplo.

—...

—Soy un desastre, no puedo charlar normalmente con las personas. Últimamente trato de ahorrar palabras, porque como me siento tan lenta al menos quiero decir poco y justo... Pensándolo bien, me volví más sintética y directa, con el tiempo tal vez me vuelva incluso rápida.

—La inteligencia no es algo que tenga que ver con la velocidad.

—Es que inocente y tonto no es lo mismo, está bastante diferenciado, pero con lento y tonto parece que no está tan claro.

—Para mí casi todos hablan muy rápido y cuando puedo hacerlo, alguna de esas veces que me sale sin pensarlo, me siento más inteligente.

—Entonces es una cuestión de velocidad.

—Yo no soy una tonta, pero me siento una tontería.

—Yo también me siento una tontería.

—Se entiende bien qué es una tontería.

—¡Me siento tan tonta!, es como si me estuviera viendo filmada.

—¿Qué decís?

—En serio, me siento además falsa.

—¿Cómo falsa? ¿falsa cómo?

—Falsa, como si no pudiera ser yo misma.

—Eso ya es otra cosa.

—Es que si no podés ser como sos, lo que resultás es mentira, porque estás todo el tiempo pensando que deberías ser de otra manera y

[2] **Rosario Bléfari** (Mar del Plata, 1965) es cantautora y actriz. Integró la banda de rock Suárez. Como solista editó los discos *Cara* (2000) y *Estaciones* (2004). Publicó el libro *Poemas en prosa* (2000). Protagonizó el largometraje *Silvia Prieto*, de Martín Rejtman, trabajo por el que recibió el premio a la mejor interpretación femenina en el Festival de Cine de los Tres Continentes (Nantes, 1999). En teatro fue dirigida por Vivi Tellas en *El esfuerzo del destino* y *Los fracasados del mal*. Escribió, dirigió y actuó en *Arles 1888* y *Somos nuestro cerebro, ensayo de divulgación científica* (2003).

que nadie se entera, pero vos sos distinta.

—Pero eso le pasa a todo el mundo.

—¿Te parece?

—Yo creo que sí.

—¿A vos te pasa?

—No sé. Lo que sé que me pasa es que me gustaría ser más segura.

—Pero bueno, ¿ves?, ¿eso no te hace sentir falsa? Si decís que te gustaría ser más segura, cuando te preguntaron qué pensabas de lo que habías hecho, eso que tanto te gustaba, deberías haber dicho que estabas muy conforme.

—Nunca me preguntaron eso, pero está bien, te sigo, como ejemplo.

—Cuando dijiste que no estabas tan conforme, ¿no fuiste falsa en cierta forma?

—Es verdad, en realidad me encantaba lo que había hecho, pero no me animé a decirlo así. O, en realidad, lo que me pasó fue que al escuchar la pregunta dudé sobre mi trabajo, volví a considerar si me gustaba o no, y al vacilar, dije que no estaba tan conforme.

—Yo te veo a vos y me parece que hacés todo perfecto. Cómo doblás la ropa, cómo te vestís, cómo es tu casa: limpia, linda y ordenada.

—Soy muy obsesiva. Estoy horas doblando todo y cuando lavo la ropa me preocupo porque quede con olor a limpio, sino la vuelvo a lavar y nunca la guardo hasta que esté bien, bien seca.

—Pero, ¿no es cuestión de plata también?

—¿Qué tiene que ver?

—No sé, cuando yo me propongo hacer algo en ese sentido, apenas empiezo me doy cuenta de que necesito esto y lo otro y tendría que comprar cosas y listo: ya me encontré con el obstáculo de la plata.

—¿Por qué nunca tenés plata?

—¿Cómo por qué?

—Sí, por qué siempre trabajás y nunca tenés.

—Y vos, ¿cómo hacés que no trabajás y siempre tenés? Yo tengo que pagar el alquiler, las cuentas, la comida, viajar.

—Claro, claro. (Poniéndose incómoda con el tema.)

—Creo que ya no tengo amigos. O no es como antes que tenía siempre amigos a mano. Un llamado y ya íbamos al cine o a ver una muestra. Ahora todos están ocupados y muchos se fueron a vivir a otro lado.

—O viven muy lejos unos de otros, con una hora de viaje de ida, otra de vuelta, más un par de horas como mínimo que querés tener para charlar, ya está, necesitás cuatro horas.

—Pero ¿cómo hay que hacer?

—Hay que escribirse. Se pierde mucho menos tiempo y te comunicás mejor.

—Depende, a veces son intercambios de saludos y una corta comunicación de "estoy bien y vos cómo estás".

—Hay que esforzarse un poco... o discutir sobre algún tema polémico. Eso sí que da resultados. Ahí sí que van y vienen los mensajes, y bien largos.

—¿Sabés que hay días en que estoy todo el tiempo pensando en la manera de ganar más dinero?, pero todo el tiempo estoy pensando, y pienso de una forma rara porque más que aparecer ideas concretas es como una oración en la que repito una misma frase, como una letanía.

—Eso no hace bien.

—Pero no lo puedo evitar. Siempre me acuerdo, me quedó muy grabado esa vez que me dijiste que cuando fuiste al casamiento ese, tan lujoso, de esos actores de la tele, pensaste en que debían ser buenas personas por haber conseguido todo eso.

—¿Eso qué?

—Supongo que te referías a todo: la casa, la felicidad, el cariño de la gente, el éxito de sus trabajos. Lo pensaste mientras entraban a la fiesta, así me lo contaste y yo me sentí como si se me desarmara la cara, con la sonrisa que tenía mientras escuchaba lo que me contabas y me iba dando cuenta de lo que decías y me sentía tan herida porque la lógica me llevaba a pensar: entonces yo ¿qué?, ¿seré una mala persona para vos? Yo que en ese momento no tenía nada, ni siquiera plata para volver en colectivo esa noche y cuántas veces no te iba a visitar y con alguna excusa me negaba a la invitación que me hacías porque me daba vergüenza decirte que el verdadero motivo era que no tenía plata para viajar, que si se lo decía a otra persona no pasaba nada

(tengo un amigo con el que estuvimos en esa situación más de una vez y hasta pensamos juntos una solución), pero decírtelo a vos era como decirte dame la plata que me hace falta para viajar y no quería, ya no podía tolerar una invitación más aunque hubiera querido que me invitaras siempre, pero cómo explicarte que ya no me salía el gracias de la garganta, que me daba vergüenza.

—...

—Ya sé, ya sé, te molesta tanto drama ¿no?... No sé si es mejor no pensar en lo que se desea, es decir, no desearlo. O si hay que desearlo tanto hasta que se haga realidad.

—¿Sabés qué me gustaría tener? Un juego de cuerdas nuevo.

—A mí me gustaría tener más cuadros.

—¿Reproducciones?

—No, cuadros de verdad, que me gusten mucho.

—Mirá que son caros.

—Depende.

—Puede ser.

—Me gustaría tener muchos pantalones y camisas también, y un placard grande donde guardarlos.

—¿Sabés lo que vi hoy?

—Una casa.

—No. Un edificio. En el centro, a media cuadra de Plaza de Mayo. Tiene cuatro plantas, abajo un local chiquito como para un barcito. Y lo más lindo es que todo el edificio es muy angosto. Está en venta.

—Debe salir como un millón.

—¡O más!

—Haría una muestra de toda mi ropa

—(Se entusiasma) ¿Y cómo? ¿Colgada en la pared, clavada, o en perchas, o con maniquíes, o con gente que la lleve puesta y la pasee, o con vos misma que te la vas poniendo y sacando cambiándote todo el tiempo con una música detrás que a veces se detiene y las luces que

se apagan y cuando estás lista se prenden? O no: en vez de apagarse se pueden bajar, eso se puede hacer apenas con algo que se llama *dimer* y que baja y sube la luz.

—Tengo puesto eso en casa en cada una de las luces.

—Se puede hacer la muestra en tu casa entonces.

—Me gustaría que no se desperdicie nada, que alguien vea toda mi ropa detenidamente. Que vean los detalles, cómo se gastó o incluso si está manchada o casi sin usar.

—¿Por qué no? Me gustaría tener las uñas muy bien cuidadas y pintadas de un color, aunque sea unos días.

—Se puede ir a la peluquería y te las dejan perfectas. Es la mejor manera. En la peluquería es otra cosa.

—En ese edificio que te dije podríamos vivir todos.

—Toda tu familia.

—Sí, o uno en cada piso.

—Son pocos.

—Poca familia.

—Planta baja y tres pisos.

—Quisiera ir por la calle, siempre, comprándome todo lo que me gusta. Para mí y para regalar. Sólo los que se pueden comprar todo lo que quieran pueden tener problemas con eso.

—Me gustaría tener un celular chiquito, chiquito que no se vea en la mano.

—A mí me gustaría tener siempre las uñas perfectas para agarrarlo.

—¿No te gustaría tener un placard lleno de remeras de algodón de todos los colores?

—¡No!, ¿para qué? Además las remeras de algodón se achican hasta que se vuelven como de muñeca.

—Ayer iba por la calle y una señora pedía plata con un bebé y decía: no tengo pañales...

—Qué terrible, la colita paspada.

—Un bebé estático, siempre dormido, me acongoja.

—Vivimos permanentemente acongojados.

—Me gustaría entrar en una librería y decir: este y este y este y también este, sin mirar los precios.

—A mí me gustaría estar suscripta a muchas revistas de todo el mundo y recibirlas en mi casa.

—Quisiera ir a nadar.

—Sí, yo también.

—Y a practicar algún arte marcial.

—Y yoga, ¿por qué no?

—Conjuntos de ropa interior, eso quisiera, cinco conjuntos, muchas bombachas y medias suaves, no ese triste trío de bombachas desteñidas de elástico flojo y esos pares de medias ásperas y ya casi transparentes de tanto uso. Lo que pasa es que si no tenés plata de más, comprarse cualquier cosa es un suplicio. Cuando tenés algo de plata y te alcanza para comprarte solamente un par de bombachas nuevas a buen precio, el miedo a equivocarse, a que no resulten buenas, saber que van a durar poco, es muy ingrato. Yo me siento tan pajuerana comprando cualquier cosa, como es un ejercicio que no hago nunca...

—¿No te gustaría tener una de esas fajas de cuerpo que te moldean y sostienen?

—¿Como un *corset*?

—Sí.

—Me encantaría.

—Quisiera comprar siempre flores.

—Y apenas marchitas renovarlas.

—Cambiarlas por otras, para cambiar, no porque están marchitas.

—Pero ¿qué?, ¿tirarías a la basura unas que todavía no están marchitas?

—¿Y qué tiene? ¿Te parece menos cruel tirarlas cuando ya se marchitaron?

—Una amiga las deja marchitas días y días en el florero y después las seca.

—¿Y después?

—No sé, les hace un proceso y las guarda.

—Intenta seguir conservándolas.

—Me gustaría ir a un estudio de video con un montón de *casettes* y editar varias peliculitas con todo lo que tengo filmado.

—¿Y *escanear* todas las fotos y guardarlas en *CD-Rom*? ¿No te gustaría?

—Me gustaría escribir sin tener que hacer gimnasia con las manos, me duelen las manos al escribir y me siento como reumática.

—Yo siento que al estar mucho sentada se me aplasta la cola y las piernas se me entumecen, no siento los pies.

—El otro día subí al ascensor del subte y antes había subido un vagabundo con mucho olor, después me quedó toda la ropa impregnada.

—¿Sabés qué quisiera? Tener una tarjeta de crédito, mucha plata en una cuenta de la que los gastos se vayan debitando automaticamente sin que llegara nunca a vaciarse y comprar cosas por Internet, básicamente libros y revistas y algunas cosas más y que me las trajeran a casa.

—¿Qué cosas más?

—Instrumentos de todo tipo, para hacer música: violines, sintetizadores con perillas. Máquinas y triángulos también.

—Me gusta cuando pasa la basura a la noche. Me quedo mirando por la ventana hasta que los veo pasar. Los muchachos corriendo, la puntería cuando arrojan la basura...

—Qué odio me da que la gente saque la basura en un monton de bolsitas.

—Eso es desde que la gente dejo de comprar bolsas de residuos y pone la basura en las bolsas de supermercado.

—Y el pobre basurero ahí levantando una por una las bolsitas. Pierde tiempo, es incómodo...

—Y toda la basura es como las mismas cosas que se compraron en el supermercado, pero sólo los envases y los restos: los desechos: cáscaras de huevo, hojas de lechuga feas, lo que sobra en los platos, huesos de pollo, pañales de bebé con pis y caca, algodones, cajas

vacías de pizza, de leche...

—Bolsas de azúcar vacías.

—¿Qué?

—Las bolsas del azúcar vacías.

—Ah, sí, claro, todos los envases vacíos: latas, frascos, botellas de plástico. A veces ropa, como medias con muchas corridas o agujeros. Vasos rotos, pelo cortado.

—Y la gente revisa la basura buscando comida.

—Un padre con un hijo a veces van.

—Una familia entera yo he visto, caminar, recorrer.

—¿Encontrarán algo para comer?

—Y algo deben encontrar, pero ¿qué? Y ¿en qué condiciones?

—Poco, feo y sucio.

—Qué peligro de enfermarse.

—En las verdulerías a veces tiran muchas cosas que no se pueden vender, como tomates muy pasados que pueden servir bien lavados para hacer una salsa. Frutas a las que se les puede sacar una parte...

—El otro día un hombre que vendía frutillas en la calle las estaba clasificando y tenía todas las manos rojas. Le dijo a otro: "Y encima tengo todas las manos lastimadas", las miré mientras me ponía mis frutillas en una bolsa y se podía ver que tenía partecitas de la piel levantadas. Para darme el vuelto sacó con la punta de los dedos un billete de una riñonera.

—Cuando cruzo la vía me pongo muy nerviosa. Tengo miedo de distraerme, o de no ver el tren. Entonces miro varias veces para un lado y el otro como loca. Tengo miedo de tener una alucinación que sea: "No viene el tren", y cruzar y resulta que venía.

—Quisiera encontrarme con una amiga en alguna ciudad del mundo, lejos de acá y que paseemos por las calles hasta perdernos, después tomar un taxi y darle la dirección del hotel, todo sin que nos preocupe nada, ni el precio del taxi, ni que dé vueltas, ni que nos maten.

—¿No te gustaría invitar siempre que vas a tomar algo con alguien?

—Ay, sí. Invitar siempre.

—Y cuando en los cumpleaños hacer siempre un regalo importante, que los amigos esperen mi regalo con expectativas, contentos.

—Un tío de mi papá tenía mucha plata y a veces pasaba en helicóptero por la casa de mi papá, cuando era chico y tiraba unos paracaídas chiquitos con caramelos.

—Si encontraras plata, ¿la devolverías?

—Depende. En Japón hay un lugar de objetos perdidos adonde dejás lo que encontraste y si a los equis días nadie lo reclama te lo podés quedar. Alguna gente deja hasta sánguches por la mitad.

—La Solidaria. Cómo me gustaría ganar algún premio grande de La Solidaria.

—Tenés muy pocas posibilidades de ganar y no son premios muy grandes.

—Menos posibilidades tenés si no jugás a nada. Yo con diez mil, ya estaría contenta.

—¿Cómo podés ganar mucha plata si no es ganando un premio?

—Y, qué sé yo, teniendo suerte con algún negocio o componiendo una canción que se haga muy famosa, con los derechos de autor.

—Pero ¿eso no es como sacarse un premio? No sabés si la canción se va a hacer famosa o no cuando la hacés. Depende de tantas cosas.

—Encontrar plata en una bolsa.

—Pero si es mucha es de un robo y si es robada es dinero marcado.

—Robar un banco o algo así es otra forma.

—Qué difícil.

—¿Qué preferirías? ¿tener un auto, tener chofer o viajar siempre en taxi?

—Lo mejor es tener tu propio auto y un chofer permanente que te lleva y te trae, así podés ir trabajando en el viaje, escribiendo, leyendo o lo mejor: ¡tocando la guitarra! Una vez lo hice. ¡Y al chofer le gustaba! Otro auto paró al lado en un semáforo y le dijo: "¡Qué bien eh! Así cualquiera, con música en vivo...".

—O escuchando música muy atentamente, porque manejando no te podés concentrar del todo.

—¿Viste los chicos que hacen entregas en moto, que entregan papeles, paquetes o correo en moto, a veces de *cross*, y van todos cubiertos con un uniforme de PVC y el casco y en invierno guantes o bolsas para que no se les enfríen las manos?

—Sí. Tengo un amigo.

—Van llenos de *smog*, tienen todo el PVC sucio por el *smog* (si es amarillo se nota más). Menos mal que se ponen eso. ¡Qué trabajo insalubre! ¿no?

—Terrible, pero también veo que se sienten como unos tarzanes en la selva. Hay un orgullo. Yo conozco eso.

—¿Vos qué sabés?

—En serio, hay ciertos trabajos, peligrosos o que pueden parecer sucios, o en los que hay que apurarse para llegar a tiempo, que te dan orgullo, ganas de hacerlo bien, de ser el más rápido, el más prolijo o lo que sea, de hacerlo bien.

—Vi que los cochecitos de bebé se usan para juntar cosas de la basura en la calle. Un nene iba con el padre y el cochecito, el nene ya caminaba, era grande y me imaginé que el cochecito había sido de él y ahora les servía para poner lo que iban juntando.

—El otro día subió al subte una nena con la cara desfigurada por un accidente y yo iba con mi bebé tan lindo, tan sanito, me sentí muy mal.

—Y, ¿qué hacía?

—Iba con la madre y pedían para hacerle un injerto.

—¿Le dieron?

—Muy pocos, pero algunos le dieron unas monedas, ¿cuánto pueden llegar a juntar? ¿Sabés lo que salen esas operaciones?

—Qué feo que la gente tiende a pensar que seguro que no se la hacen y se gastan la plata en otra cosa.

—Para mí, en esos casos, toda la familia trabaja y trabaja mucho y ahorra, y en las horas libres, junto a los que no trabajan todo el día, piden para juntar más y es así, una campaña intensiva y desesperada.

—Seguir uno la vida normal después de pasar al lado de alguien que tiene el estómago ardiendo de hambre o de desesperanza... eso es todos los días.

—Ahora mismo, en todas partes, están sufriendo muchos, y ¿qué hacemos nosotros? Hablamos.

(Silencio) Pasa una mujer caminando rápido, como si estuviera muy atareada, lleva en una mano guantes naranjas sucios con pintura y una botella de lavandina Ayudín, y en la otra un ramillete de flores marchitas o secas con los cabos chorreando, como si las acabara de sacar de un florero.

—Yo tengo todo lo que decíamos, todo, y lo que no, puedo tenerlo también.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué?

—Bueno no sé; será porque siempre supe que me correspondía, ni lo dudé, no pensé demasiado.

—Yo también quise muchas cosas pero no las tengo, sera que no se me cumplió entonces.

—Ese es el miedo de que no se cumplan los deseos.

—Y ahí te salen con que tambien está el miedo de que se te cumpla, y que es peor.

—Pero eso es si deseas cosas malas. No te vas a arrepentir si tenes lo que querías tener.

—¿Pero todo es cuestión de tener?

—No tiene que ver con las cosas materiales solamente.

—Pero es que son las cosas materiales las que no se cumplen, o tardan, lo demas está muy bien, está todo, pero la falta de lo otro me complica lo que no es material; mi concentracion, por ejemplo. En otro aspecto tengo todo lo que quiero pero no lo desee especialmente; cuando me quise acordar lo temía, porque pensé que iba a venir solo, sin desearlo especialmente.

—¿Qué cosas?

—El amor, por ejemplo. El amor nunca lo desee, me pasó. Amar, ser amada siempre me pasó.

—Pero tener cosas, sí lo deseaste.

—Sí.

—Y, a lo mejor es por eso.

—No, no puede ser. No creo en esas leyes así, producto de juegos de palabras y simetrías estúpidas.

—Yo no es que no haya deseado tener dinero. De alguna manera siempre hubo dinero en mi familia y por eso no fue nunca un tema de preocupación.

—Pero yo te vi preocupada por el dinero.

—En una película queman dinero para calentarse porque hace mucho frío.

—(Incrédula) ¡Ay! pero, ¿cuánto puede durar ese calorcito?, menos si hace mucho frío.

—Hay un psicólogo al que vas y te hace esperar mucho rato antes de entrar.

—Y hay una terapia que llaman *psicomagia*, curar con metáforas le dicen.

—Y hay otra cosa que tiene que ver con desarmar mecanismos de recurrencia, parece que van a hacer una película con eso y todo.

—Y, ¿quién va a actuar?

—Yo.

—¿Vos y quién más?

—Y... un montón de gente.

—Bueno, te felicito, es para alegrarse no para tomárselo así.

—Es que yo no creo en el alma y la película habla de eso y de mecanismos. Es puro dualismo, y sabés que yo estoy en contra del dualismo.

—Pero la vas a hacer.

—Sí, no me queda otra, ya me comprometí. Además, es un trabajo, no puedo rechazar trabajo, necesito el dinero.

—Perdoname que te pregunte esto pero... esa vez que estábamos en Uruguay me dijiste que te habías enojado con todo el mundo, ¿por qué razón era?

—Ah... fue hace mucho, pero sentía un odio especial por todos.

—Pero, ¿también por mí?

—Sí. Fue a raíz de que me contaste que Malena había dicho sobre mí aquello del rescate. Que yo fui rescatada por ella y su gente. Con el tiempo pensé: ¿rescatada de qué? También pasaba que... bueno, mejor no hablar de eso, pasó hace mucho.

—Está empezando a llover, ayudame a entrar la ropa.

(Entran con montones de ropa húmeda que tiran sobre el sillón. Mientras siguen hablando en voz baja, la doblan y la separan en más y menos seca. Sube una música mezclada con sonidos de tormenta).

Washington Cucurto[3]

Biografía de un repositor

29 de julio de 1973, Quilmes

Llego al mundo. Peso 2,300 kg. Me tienen en incubadora. Mami, una negra tucumana, me pone una teta sandía en la boca y me duermo. Por eso me gustan las dominicanas, las paraguayas, gordas y negras. Me gustan las enfermeras. Si pudiera les tocaría el culo o una teta a todas. ¡Todas tienen algo de Mami!

También me encantan las mucamas de los hoteles rascas del Once. Una vez conocí una que me sonrió y me hizo pasar a una pieza gratis. Me gustan las de cincuenta años arruinadas. Bofes de carne, casi. Me gustan más que las pendejitas de dieciséis. Una tarde, después del súper, me fui a caminar por el Once, y conocí una vieja de sesenta y tres años. Parecía de setenta, pero todavía tenía las carnes duras, hizo de todo encima del trompo de carne. Me gusta José Luis Perales porque Mami me amamantaba escuchándolo en la última pieza del Hospital Municipal de Quilmes. Mi mami, ¡qué tucumana terrible! Tenía delirios sexuales con Roberto Carlos. Esto me lo contó mi padre. Mami decía que lo había conocido de joven y habían tenido una onda. En el Hospital de Quilmes todos nos conocen porque mi padre armó *bardo* cuando Mami quiso ponerle el nombre de Roberto Carlos a mi hermano. Era evidente que algo pasaba entre el brasileño y mi mami. Mi hermano se llama Roberto Carlos y todos dicen que es hijo del cantante. A veces pienso qué suerte loca tuve de salvarme de ser el hijo de Roberto Carlos. Hubiese sido un bajón. Cuando escucho esa canción horrible de la montaña, siento las peores cosas. Por una cuestión de tetas me gusta José Luis Perales. Y nunca escuché a Pink Floyd, Led Zeppelin, The Doors, Queen, The Rollings Stones, como todos los demás chicos que habían nacido en Quilmes esa vez.

1994

Menem está *a full*. Argentina es cocaína, pizza, putas, champagne y electrodomésticos. Cumplo mi primer año en el supermercado. Festejo y me voy de putas a los conventillos de Constitución. Busco

[3] **Washington Cucurto** (Santiago Vega) es escritor. Nació en Quilmes, en 1973. Ha publicado los libros de poemas *Zelarayán* y *La máquina de hacer paraguayitos*, y las novelas *Cosa de negros* y *El señor maíz*.

escribir algo entretenido, a diferencia de otros que todavía siguen en la búsqueda obstinada y estéril; me doy cuenta de que no me da el cuero y abandono, pienso hacer literatura desde el error, el ridículo, la estupidez total. Triunfo con esa fórmula. Escribo *Zelarayán* de un tirón. Me divierto escribiéndolo y me juro a mí mismo que sólo escribiré con cumbia y diversión de por medio. Me escapo para el lado de la farsa. Los poetas finos y politizados de mi generación siguen leyendo a Asbhery. Yo con poco los paso por arriba. Piensan que estoy acabado. Sí, estoy acabado. Ellos se darán cuenta diez años después, cuando yo esté en Hollywood.

A quién robé en *Zelarayán*

¡A todos! Comienzo a garabatear mi precoz obra maestra de la poesía: *Zelarayán*, escrito para todos los muertos del ambiente, ¡que son muchos y ahora me odian! Resentidos. Mas yo no veo la hora de terminar con esto. Soy claro: ¡lo mejor que hago es reponer verduras! Yo leía de todo y desparejo. Gelman, Durand, Lamborghini, Rojas, Millán, Cisneros, Lihn, Cardenal, Gerardo Deniz, Apratto, Nogueras, Zelarayán, Wilson Bueno, Lewis Carroll, Tom Sawyer, Martínez el nicaragüense, Desiderio, Girri, Arenas, Elvira Hernandez, Circe Maia, Perec, Schwob, Fogwill, Borges, Lemebel, Parra, Carrera, Perlongher, Casas, todo eso y más lo mando en la licuadora de mi cabecita cumbiantera, más un par de paraguayos y listo. ¡Nace una estetica del *choreo*! Me doy cuenta de que el plagio, la reinvencion, es fundamental para una literatura del futuro. Entiendo que la diversion, el absurdo son las claves del exito. Al primero que mando al procesador es a Ricardo Zelarayan, obvio, la primera victima. Tambien entiendo que todos son en el fondo escritores graves y serios. Yo le quito toda la seriedad a la cuestion y decido mandar cualquiera. Le meto la mano en el poncho a *Celestino antes del Alba*, de Reinaldo Arenas. Pero es difícil, ya lo dije en el posfacio de *La Máquina de hacer Paraguayitos*. Para afanar hay que tener clase. El que afana es doblemente diestro que el que inventa. Ser creador es facil, lo dificil es agarrar un molde y rediseñarlo. Tenes que tener la habilidad del que lo hizo, más la habilidad de transformarlo. Copiar no es para cualquiera, es mil veces más

difícil que inventar. ¡Yo desafío a cualquier escritor latinoamericano a que haga una obra maestra con este zafarrancho como yo hice con todos los bodoques de libros que leí! El último poema de mi libro *Zelarayán*, "Cantar del *bondi* en movimiento", es una reescritura de "El niño proletario", de Osvaldo Lamborghini y una frase que mandó una noche Durand borracho sobre el mismo Osvaldo. Me doy cuenta al toque de que yo la hago mejor. De que el negro, en el fondo, no me llega ni a los tobillos, y de que el único negro de verdad soy yo. Además nunca me cerró mucho eso de decirle "negro" a los blancos. Algo es cierto, él la hizo primero porque nació primero. ¿Qué hubiera sido yo si nacía en su lugar y él en vez de mí, ahora? ¿Estaría escribiendo esto mismo? El mundo está basado en un único procedimiento, aplastar al de abajo y sacarle el lugar al de arriba. Copiando, plagiando, *pungueando*, como quieran decirle, se conservan las ideas, las estéticas, las bellezas; robando hacés que eso se transporte en el tiempo siempre hacia adelante, por lo tanto el plagio es un contenedor de cosas y no permite que se olviden. Pos, ¿cuántas personas saben que Alicia cayó en un pozo? ¡Nadie, nadie! Y el pozo al que cayó Alicia es el pozo de nuestro ser, por eso yo ahora caigo en un pozo para que la idea siga firme en el tiempo. Caigo, ruedo, ruedo, ruedo en el pozo del *docki* del supermercado y caigo a un lugar desconocido, oscuro, frío, debajo del Carrefour Argentina. Qué me pasará, qué aventuras me esperan. ¡Las que quieras o nada!

Una mañana con el Hombre del Casco Azul

Hola *chiris* queriditos. Bienvenidos a una mañana de mi vida. Hoy viajaremos con el Hombre del Casco Azul, ese soy yo. Y ésta es mi bicicleta, una playera negra que compré en Coto a treinta pesos y conoce todos los estacionamientos del mundo. A ella un día le vamos a hacer un reportaje, pero no habla si no tiene las gomas bien infladas. ¡Es *turra* y tiene freno a contrapedal! Es bien del palo de nosotros, siempre a contrapedal, como nuestras vidas en contra de todos y sobre todo de nosotros mismos. Cinco de la mañana, verano, me pongo una remera y en la mochila pongo mi pechera verde, me fijo que esté la credencial, los documentos y la libreta sanitaria, si no no entrás a repo-

ner en ningún Coto. Bueno, vamos siganmé que no los voy a robar. Siempre quise preguntarle esto a mis lectores: ¿cómo se sienten del otro lado de la página, cuentenmé un poquito, cómo dibujan en sus cabecitas las imágenes e historias de mi vida? ¡Cómo me gustaría estar en sus cabecitas mientras van garabateando en la materia gris las cosas que les cuento! Es como si yo entrara en ustedes y de repente, ustedes entraran también en mi vida. La lectura es una travesura cómplice, esta página es el nacimiento de una hermandad de ustedes conmigo y con ellos y ¡ojalá con el mundo! Acepto este lado de la acción y cuento como puedo, como me va surgiendo, a los tumbos y con todas las tonteras por delante. Salgamos con mi bici a la calle y nos dirigimos al primer Coto que hay que atender. Imaginense que son muñequitos y van pegados a mi casco azul. Hay que imaginar algo así, porque en la bicicleta no entramos todos, o ¿saben qué?, mejor piensen que son las calcomanías que siempre pego en mi casco azul. Un día, cuando deje este trabajo y pueda hacer algo mejor (a veces pienso que no hay nada mejor), ese día, voy a sortear mi casco azul de repositor entre todos mis amigos. Nada más para que todos se sientan repositores alguna vez. Cinco y media, hoy ustedes son los mejores repositores del mundo, porque van conmigo, un repositor con humanidad, amor y buena onda, que es lo que falta en el mundo. ¡Vamos muchachos! Pedaleo, el corazon me acelera y ya estoy llegando por Mitre hasta Once. De repente, ¡chas!, nos encontramos con las luces de la Plaza Once, que las cruzamos en bicicleta en dos segundos. ¿Mas despacio? Quieren contemplar el panorama. OK. Esos son los borrachitos cumbianteros de Latino Once. Ese vaso gigante con cerveza chorreando es el cartelon de La Chevecha. A su alrededor hay telos, telos y telos. Ecuador del 1 al 100 es la calle de los telos, como la calle Rojas o Yerbal en Flores. Ya llegamos al Coto, desde la Playa de Estacionamiento, respiren el aire puro de la mañana, miren desde aca mientras encadeno la bici, las gigantescas gondolas, que naves, qué maquinas de la perfeccion humana. La gondola. Ella nos da un lugar de pertenencia. Gondolas las hay de todos los tamaños, con todas las cosas que se imaginan y las que nunca vieron, por ejemplo los nuevos patitos de agua que vienen con las pilas Eveready de regalo promocional. Muchas veces las promociones son mejores que el producto. Góndolas, góndolas, góndolas, mírenlas, hijas mías, hermanas y pri-

mas, cómo me encantaría ser un *robot* de pija de fierro pa *embambinármelas* a todas, que es lo que les falta para ser mejores que las *vedettes*... Una vez pasado el control policial (crede, libreta, cara afeitada), nos dirijimos al depósito a cargar un palet con mercaderías para la góndola. ¡Mal hecho! Nunca se baja al depósito antes de mirar la góndola. Primero se mira la góndola para saber lo que hace falta reponer. Pero yo soy Gardel del Casco Azul, soy el Hombre de La Pelota no se Mancha de la Pechera Verde. Acá me las sé todas, hasta las cosas que la gente saca de la góndola sé. ¡Bajemos nomás al *depo* muchachos, que están con un experto!

Repositor interno creído jefe, un poco *buchón* del encargado (siempre hay uno por góndola en todos los supermercados).

—Vega, ¿qué hacés hablando con tu casco? ¿Estás loco?

—Pará cabeza. No te vayas de boca, que le estoy dando instrucciones

(En estos casos la violencia y la cortada de rostro es fundamental para seguir viviendo.)

—¿Instrucciones a quién, cabeza?

—A la concha de tu tía, gil, ¿qué te importa?

Tampoco le voy a andar dando tantas explicaciones a un negrito cualquiera. ¿Cómo entendería que ustedes, mis lectores, viajan conmigo en mi casco?

Cargamos las distintas mercas que tiene la góndola, llenamos una botella de *Sprite* con agua para pasarle un poco a las chapas y subimos con el palet hasta las manos. Lo que podrían hacer es empujarme un poquito el palet para que no sea tan pesado, ya que están. Son las seis menos cuarto. En la repo los minutos valen mucho y pasan como rayos. Tenemos cuarenta y cinco minutos más para dejar la góndola impecable y rajar hacia otro súper. Primero apoyamos el palet cerca de la góndola, a la zorra elevadora la trabamos debajo del palet para que nadie se accidente. Bajamos la merca al piso y frenteamos los productos que quedaron en la góndola; atrás ponemos lo nuevo, cosa que salga primero lo viejo. Colocamos bien los precios, los cartelitos de oferta, las promociones, los cartelitos de los combos. Si por un motivo nos falta un producto, lo anotamos, y el lugar de ese producto lo llenamos distribuyendo otras mercaderías. ¡Nunca dejemos un hueco vacío en la góndola, por nada! La góndola siempre tiene que estar

rebalsante de merca, limpia, los precios bien puestos. Nos fijamos de no poner un producto vencido o un paquete roto o con gorgojos (pasa mucho con los arroces, las lentejas y los fideos). Ponemos las cajas vacías en en el palet y las mandamos a la compactadora de cartones. si hay *náilones* los separamos y los ponemos en la compactadora de *náilones*. La zorra la dejamos en el sector donde descansan las zorras. Les digo algo: la zorra es el bien más preciado en el supermercado. sin ella no podemos hacer nada de nada. Rajamos para el otro súper, ¡no!. antes controlemos por última vez que no falte ni un precio. si falta alguno lo ponemos. Si falta un producto se lo dejamos anotado al encargado. Nunca vayan personalmente porque te agarra para cargar cualquier góndola. Rajemos.

—Vega, Veguita, ¡venga para acá negrito de mi corazón!

La puta madre me vio el encargado. Me hago el que no escucho y rajo antes de que me mande a reponer cualquier cosa. Mañana me verá, hoy estoy con visitas, che.

Siempre hay que salir corriendo, escaparse de los Cotos. si no no te vas más. Esperen que desato la bici y vamos al Coto de Boedo. el próximo. Anduvimos bien, son las seis y treinta y cinco minutos. Agarramos por Rivadavia hasta Castro Barros. Adios Chevecha querida y telos del Once, ¡sus luces encienden mi alegría!

Bajamos por Castro Barros donde hay otro Coto del que ya les hablaré. Tres pedaleos secos y Castro se vuelve Boedo y ya estamos en Estados Unidos. Coto Boedo. Entremos a ver que pasa. Antes les digo que acá hay que reponer rápido si o si, así tenemos tiempo de subir a desayunar tranquilos. ¿Están comodos en mi casco? Corremos hacia el deposito, cargamos un palet enorme y lo ponemos en la góndola. Está destruída, nos va a llevar un par de horas mínimo reponerla. Saco el bestia repositor que tengo adentro y le doy con todo: abro cajas y cajas, mando paquetes y paquetes, limpio estantes, ayudenme lectores, así subimos a desayunar tranqui... Pumb, pumb, pumb, listo el pollo, la gondola queda pipicucú, llena de mercaderías hasta las manos. Tenemos quince minutos, subamos al comedor y desayunemos algo rápido. Agarren lo que quieran: leche, chocolate, mate cocido, café, café con leche, te con leche. ¡Esta parte es la mejor del Coto! Medialunas, budincitos, manteca, mendicrim. Glub, Glub, glub, repitan

taza si quieren. Ustedes, lectorcitos tienen más hambre que Robinson Crusoe. Diez de la mañana. Estamos atrasados: todavía nos queda uno, el más grande. Coto Honduras de Palermo. Vamos, bajamos por la calle Maza que se convierte en Salguero y de ahí hasta Honduras, derecho el viaje. El café con leche nos da vuelta en la panza. ¿Van bien en el casco azul? Se dieron cuenta de que no me saqué el casco ni para comer, es que si te lo sacás te pueden echar, es una reglamentación municipal. Pedaleamos y ya entramos en Palermo Carriego. ¡Hola, Palermo cheto, puto y Hollywood! Antes de entrar les digo, acá con pies de plomo, sin decir ni "a", son todos muy botones y controladores al máximo. Acá antes de ir al *docki* hay que ir a la góndola sí o sí, porque nunca se sabe lo que falta. Siempre entrar e ir a la góndola es complicado porque en el salón te ven todos y te empiezan a mandar para que traigas otras cosas... Cosas que ellos no quieren traer para no bajar al depósito, ¡porque son vagos! Acá estan las cajeras más fuertes del Planeta Tierra. Te embobás mirándolas o mirando a las clientas que se vienen en *shorcito*, ojotas y corpiño suelto, como si vinieran de la playa o estuvieran en Mar del Plata. ¡Putas! Bajan de tomar sol en la terraza de sus casotas. Diez y media de la mañana, todas las locas tomando sol y viniendo a comprar su Gatorade o su Villavicencio. ¡Putas, ojalá el sol las mate!

—¡Baggio! (somos nosotros, acá te llaman por la marca que reponés) ¿Qué carajo hacés hablando solo, pajuerano? ¡Vení para acá ya mismo!

Es el encargado de la sección. Se cansa de echar repositores externos y a mí me viene buscando la vuelta... Pero... yo soy Gardel del Casco Azul. Yo me las sé todas. Yo repuse para el neoliberalismo argentino, década del noventa en Carrefour, no se olviden, repuse para el menemismo, para el dualdhismo, yo viví, cogí, cumbiantié, repuse, comí, para el neoliberalismo hasta que me echaron del Carre por no afeitarme y ahora estoy de repo externo para la firma Baggio. Un encargado no me puede enseñar nada. Un encargado salteño o jujeño o paraguayo no me puede enseñar ni el color de la Puna, porque yo me patié y me morfé todo en la década trágica, cuando muchos de ellos estaban en pañales.

—¿Qué pasa, jefecito? ¿Qué necesita?

—Traeme cincuenta bolsas de harina y armate una puntera que sale de oferta esta noche.

—Sí, señor.

A todos les digo que sí. Es fundamental, lo importante en la vida es decir a todo que sí. Lo único que vale la pena es decir sí; sí, señor. Pero cuando se dan vuelta ya estoy firmando mi retirada del súper. Las catorce en punto. Nos vamos muchachos, esto es el supermercadismo argentino, no se olviden de controlar los precios, que no falte ningún producto, y menos que menos una oferta. Fijensé en los vencidos y la góndola siempre impecable, como un espejo. ¡Ya está: sigan con sus vidas! Gracias por venir.

—¡Vega!

Veinte tipos distintos de cajeras, repositoras, clientas, jefas de línea de cajas, toda esa jungla y etcétera...

En los distintos puestos del súper hay de todo, como en el mundo. Pero estas definiciones son las que abundan sin caer en generalidades. Reponiendo, escuchando y mirando durante mas de diez años en distintos supermercados de la ciudad me fui estableciendo estos distintos tipos de empleados. Las más notorias son las cajeras que le sonrien a todo el mundo; éstas, a pesar de su simpatia son las mas peligrosas e irresponsables, pues así como sonrien a todo el mundo para que se vayan lo más pronto de su caja, asi tambien dejan pasar mercaderia sin anotar, generalmente a sus amigos, familiares y vecinos. Abusan de su belleza y su puerta dental sin caries Kolynos. A todo el mundo hacen pasar y no les importa nada. Creen que su sonrisa lo tapa todo, como el sol, y muchas veces es asi, pero no siempre. La otra vez descubrieron a estas sonreidoras (tambien son las unicas que desabrochan los dos botoncitos de sus delantales para que clientas y clientes les miren los pechos para entablar nuevas relaciones, salir de esas cajas roñosas, levantarse un viejo con plata o un *fiolo* que las convenza de una buena vez que su lugar esta en los *deptos* privados donde, con esas flores de gambas, ganaran en un dia lo que hoy ganan en un mes) haciendo pasar una heladera a una anciana inofensiva que había resultado ser su madre. Este tipo de cajeras abunda en los supermercados, son yeguas, casi modelos, y las contratan por su belleza sin límites. Duran poco. Por eso los supermercados estan atestados de cajeras gordas, feas y

viejas, porque son las que más duran y bajan la cabeza para trabajar.

Después de la modelo cajera viene su antípoda, la cajera que no habla ni sonríe y parece una planta. Se dedica a pesar la mercadería, dar bien el vuelto y saludar si la saludan. Comúnmente estas chicas no tienen ni tendrán ninguna posibilidad de hacer otra cosa en la vida; con el tiempo comienza a ser parte de las cajas registradoras. Yo prefiero a las locas robonas, ambiciosas y buscando la manera de sacarle algo a la empresa. Pero ya dije, duran poco, una temporada o ni eso.

Un tipo de repositor alarmante es, sin duda, el cagón; comúnmente son chicos llegados de Chaco, Jujuy o Salta. Los jefes los cagan a retos para acobardarlos. Los supermercados contratan mucha de esa gente, saben de su necesidad y se abusan. El jujeñito o salteñito viene sin un cobre, vive en una pensión y tiene que soportar el asfalto duro. Estos, los cobardes por necesidad, son los peores, pues te pueden delatar por cualquier cosa con tal de cuidar su trabajo. Jamás levantan la cabeza de la góndola. Si usted va a un supermercado, comience a mirar a los repositores y los verá. Siempre con la cabeza metida en la góndola, le tienen terror al medio ambiente, y al mundo agitado de la ciudad. Quizá lo único que conozcan es el recorrido de la pensión al supermercado. Me dan pena, pero los mantengo lejos de mí. Están también los otros, los repositores que tienen una relación con el jefe, son *buchoncitos*, y quieren ascender haciendo laburar a sus compañeros. A esta clase de empleados sanguijuelas cada tanto es sano meterlos en la cámara y darles una *biaba* de patadas. ¡Cómo producen los supermercados empleados así y muchos llegan a jefe! Muchos, botoneando, ni siquiera nunca reponen y no conocen lo que es una frenteada de góndola.

Las jefas de caja tienen una sola distinción: son todas putas y la mayoría proviene del tipo de las *sonrientes botoncitos abiertos*. Son amantes del gerente o se las cogen varios jefes a la vez. Hacen del organigrama ejecutivo del súper un depto privado de clientes sobreentendidos. Calculo que lo peor del supermercado son los repos que pertenecen a mi raza. ¡O no, hay algo peor... pero ya les diré...! Por ahora nos quedamos en describir a los de mi raza, rompetodo, cometodo, sin miedo a nada, saboteadores natos, plagas apestosas, siempre esquivando el trabajo, rebeldes a toda costa y siempre amenazando jefes. Sincermente, no hay muchos como yo en los supermercados, pero los

hay. Claro que todos fuimos antes como los jujeñitos y salteños y ellos serán mañana rebeldes como nosotros. Es la ley mercantil del supermercadismo. Romper, quemar y patear todo. Sin embargo lo peor de los súper no somos nosotros sino los clientes. Sí, la *parche*, peste clase clienteril y consumista que ha hecho del supermercadismo argentino la fábrica más grande de explotación juvenil en muchos años. Los clientes: la vieja concheta, el que viene con dos monedas a comprar un kilo de papa y la *baguette* de oferta. El *cabeza* que lleva todas las ofertas y deja la mitad del sueldo en porquerías que no le servirán para nada. Claro que entre los clientes están lo que se salvan, "los que marcan la diferencia", diría Bilardo; estos son los ladrones, los rompetodos, los saboteadores. Hay miles, vuelven loca a la seguridad y representan uno o dos puntos de pérdida por mes. Yo los conozco a todos y obviamente, los dejo hacer lo que se les cante. Está la pareja de ancianos; también está la familia entera con más de seis chicos, cada uno se guarda algo en distintos lugares del cuerpo; la pareja que se pelea en público, ella es infartante y él, con anteojos, tiene cara de gil, pero se llevan todo; ¿qué más?, la mujer embarazada es un clásico, adentro de la panza tiene millones de productos, de lo que te puedas imaginar. Roban, comen, rompen y se van. Nunca gastan nada. Son plagas, pestes, deudores morosos para toda la eternidad. En fin, gente que se gana la vida sacándole a los que más tienen, como pueden. Por ejemplo, aca viene un amigo mío que vive del supermercado, se sabe todos los trucos de cómo llevarse cosas de los súper, cómo engañar a la cajera con el cambio, cómo marcar una cosa en la caja y llevarse tres, como burlar la seguridad, cómo desactivar alarmas, meterse botellas o latas entre la ropa. Una vez descubrí una gorda que se metía botellas de whisky entre las piernas cubiertas con una pollera gigante. Tenía unos elasticos con unos sujetdores entre las piernas y ahí guardaba lo que quería. ¡Vaya, hasta dónde es capaz de llegar la gente para sobrevivir! Y hablando de eso, me voy a la cámara a comer algo.

Un escritor de culto liquida su biblioteca

...Subamos las escaleras, canalla, perra peste vestida de agente cultural, allá arriba, cerca de las estrellas y de los montones de soretes que cagué en las últimas semanas, recolectados finamente en bolsitas

transparentes y cerradas, allá canalla, subamos las escaleras y abramos la puerta de mi departamento de dos ambientes, hola, buen día, acá están Perlongher, Lorenzo García Vega, todo lo que gusta, Copi, los primeros de Aira, Viel Temperley, Asís, sólo entre los coterráneos y mil más; Marosa por decir un nombre ahora, los folletines del mendigo chupapijas del año 1998, tantas y tantos, todos sin duda tontos, y tú Don Garamona, mi amigo querido, el librero de Rosario, te desesperás, transpirás en exceso al ver tantas ediciones mal cuidadas, tiradas en el piso entre los estantes, manchadas con mermerlada pegada a la miga de una galletita criollita ¡los libros también comen, más que un pastor alemán y ocultan más que un mantonegro! ¡La letra de culto se te mete por el culo! Te da fobia mi actitud. Qué hace, qué hace tanta cultura con un negro ignorante, a cada libro se lo barniza, bestia, se le pasa una goma burro, se lo plastifica si es necesario, pero qué veo acá, coños, una edición de *La Fijeza* firmada por el propio Lezama, una edición de *Orígenes* de 1943. ¡No, No, NO! Y por esto cuánto me darás basura, tendrás que llevarte mi mierda, rata, cuántos euros, dólares y pesos cubanos me darás por *La Fijeza*, una fija que es mucho, una fija que es nada, una fija que se salvó de la faja fideliana. Y estas ediciones de Borges, de Bioy, qué hacen acá, qué hacen en este cuarto lleno de humedad. Emanaba (no ayer sino mañana) un fuerte olor a Perlongher que ya más no soportaba. Salió de sus manitos blanquitas un olor insoportable a Lamborghini y peronismo cuando tocó y movió de su lugar un *Solicitante descolocado* de editorial Perspectiva, 1955 (lo editó el negro Medina con la plata que ganó con *Las Tumbas*); qué olor nauseabundo, qué peste superflua, qué plaga, interiormente quería que ya mismo se llevara esa vejez, esa cosa de antaño para nunca, de Antonio de Mi Pieza, llevátelo, Don Garamona. Lleváte, lo, lo, pero antes cuánto me darás por él. Quince euros. Perlongher, diez euros: *Austria-Hungría*, *Alambres*, *Hule*, *Chorreo de las Iluminaciones*. Y por Copi, la guerra de las mariquitas, te doy cien euros, ¡cien euros! ¿por ese puto? Sí, sí... ¡Llevate, llevátelo ya! Y de pronto ¿qué vemos, un dedo en la portada de un libro y unas nubes blancas detrás, qué significará ese dedo que nos da un sí, nos autoriza a negociar con todos ya, ese dedo en alto en el momento de mi vida en bajada? Ese dedo lo señala, señor Garamona. Sí, es evidente, Cucu, me señala para que me lo lleve a casa. Trescientos euros por el Marqués de Sebregondi, que

al escuchar tal disparate disparó para atrás y se asustó, tosió, escupió, salió del subte donde se había levantado un puto y me miró con rabia. Copión, ladrón y ahora traidor, me dijo. Y así iban cayendo en el bolso de cuero negro del señor Garamona, mi amigo, poeta, coleccionista y fan de la mejor literatura, iban haciendo clin caja, clin, clinc, clac, plaf, chac, cada uno según su consistencia. Libritos tan finos con la alegría del mundo. Se iba llenando el bolso de pequeños e insólitos tesoros, hasta que de pronto, el ojo molecular del señor Garamona, mi amigo, librero y coleccionista, ve una reliquia, *Humanae vitae mia*, de Héctor Viel Temperley. ¡Ay, el poema del Parque Lezama, qué maravilla! ¡Ochocientos euros!, gritó. Yo voy, entro, salgo, transpiro, me estoy volviendo millonario con una biblioteca vieja de incunables pavadas. Sí, sí, sí, y clac, clac, plac, zam, dang, pilití, todo caía al bolso del señor Garamona y mientras leía los lomos y los acariciaba yo le iba poniendo dentro de su bolso mis bolsitas con mi regalo para un acumulador. Mas me salió muy mal la broma, pos enseguida en el bolso comenzaron a ladrar, a bufar, a insultarme por tal tamaña decisión y esto y aquello, hasta que los libros saltaron, ladraron, comenzaron a pelearse entre ellos y hay uno que violó a otro; en tal confusion nunca se sabe bien lo qué pasa y así, ladraron y Don Garamona se fue insultándome, llamándome negro mequetrefe comemierda y llorando... Villero vip, villero chip, me quedé solo, vacío, con todos esos oscuros mequetrefes en el bolso hablándome una sarta infinitesimalmente quemante de pavadas y no lo soporte más y los arroje por la ventana de mi tercer piso y los guachos plancaron como si fueran volantes de electricidad y plomería.

Mayo

Martín Prieto
Susana Pampín

¿Qué es más confesional? ¿Un amor que nos dejó o cómo se vive sin dinero? ¿Contar una alucinación o lo que me dijo el psiquiatra? ¿Qué es más difícil de contar, que ahora él tiene un novio y yo tengo una novia, o que una familia está dominada y sojuzgada por uno de sus integrantes? ¿Qué es más confesional: lo que escribí en mi diario íntimo o un diálogo interior en la ducha?

En Confesionario, historia de mi vida privada se cuentan toda esta clase de cosas. Crónicas nocturnas, ambigüedad frente a los fármacos, lo banal y lo intenso. Una tarde de locura, alcohol, exceso y desproporción. La contemplación y todo lo que pasa frente a mis narices sin hacer nada. Las dificultades de tener una pareja alcohólica, pequeñas obsesiones por alguien que creemos ver y escuchar en todas partes. Seducción y frustración.

Confesionario, historia de mi vida privada. Máxima intimidad con el imaginario ajeno.

Martín Prieto[1]

Diario de un enamorado

26 de abril y varios días siguientes
No te llamé ni me importó.
Pensé todo el tiempo
en que no te llamaba
y que no me importaba.

14 de mayo
Soñé que entrabas a la peluquería
a cortarte el pelo.
No, soñé que ya tenías el pelo corto
e igual entrabas a la peluquería.
Estabas gordísima.

16 de mayo
Una mujer golpeaba el portón de San Cristóbal.
Tenía un pantalón y un saco negros.
Pensé que eras vos. Me acomodé
para verte sin que me vieras. No eras vos.

[1] **Martín Prieto** (Rosario, 1961) publicó cuatro libros de poemas: *Verde y blanco* (1988); *La música antes* (1996); *La fragancia de una planta de maíz* (1999); *Baja presión* (2004), y una novela: *Calle de las Escuelas número 13* (1999). Recientemente publicó *Breve historia de la literatura argentina*.

17 de mayo
Soñé que dormíamos juntos.

18 de mayo
En un bar había un ejemplar del diario
en el que vos escribís.
No me interesé. Después me interesé.
Traté de ver cuál de todas las notas era la tuya.
Busqué tu prosa turbulenta, tu ansiedad
por decir todo en las primeras quince líneas.
No estabas, o no te encontré.

19 de mayo
Descalzo, me acordé de tus pies.

21 de mayo
Estaba esperando cruzar la calle,
en la esquina de Córdoba e Italia.
Te vi bajar de un taxi, acomodarte el pelo.
Tuve una especie de taquicardia histérica.
Te iba a gritar. No eras vos.

21 de mayo
Puse a calentar agua
para cocinar arroz.
Prendí la radio.
Francisco Bessone hablaba
con una periodista nueva
de economía internacional:
¿Qué hace esta boluda hablando de Davos?
Estuve diez minutos escuchándote,
hasta que él se despidió:
"Muchas gracias, María de los Ángeles".
Ese no es tu nombre.

22 de mayo y días siguientes
Recibí unos mensajes en el contestador

que no decían nada.
Dos o tres segundos de silencio, y clanck.
Pensé que se trataba de una clave. De una clave tuya.

25 de mayo
Me llamó Daniel desde San José:
"Mahe, te estuve llamando, no estás nunca.
Te dejé unos mensajes silenciosos,
a ver si te dabas cuenta de que te llamaba yo".

26 de mayo
Tomé un taxi para ir a trabajar. El chofer
me hablaba de manera muy neta
de su vida sexual mientras vos cruzabas San Luis,
viniendo por Entre Ríos, dirección norte.
En la turba de una ciudad de piamonteses,
una goleta engalanada.
¿Eras vos? En eso pensé el resto del día.

28 de mayo
Presentación de una revista de amigos,
de carácter "ágape". No pienso ir,
hasta que pienso que tal vez vayas vos.
Entonces pienso que tanto mi ausencia
como mi presencia te van a resultar
significativas. Trato de adivinar
el sentido que serías capaz de darle
a una cosa o a la otra. A las siete de la tarde
en lo único que pienso es en que quiero verte.
Voy. No estás.

30 de mayo
Te preguntarás porqué no te llamo.
Ojalá todavía te lo preguntes.

Susana Pampín[2]

Querido Papá

"Querida mamá... te quería pedir una cosa: yo sospecho de alguna pequeña gracia para mí, algún don, pero puede perturbarlo el que yo ya tengo bastantes recuerdos y son un peso grande. Te pediría que vos, que eras creyente, encomiendes a Dios tus recuerdos, así yo me hago cargo sólo de los míos. Así, más liviana, voy a poder recibir esa gracia".

("Querida mamá", Hebe Uhart)

Querido papá:

Se termina el 2003, van a hacer seis meses desde que te fuiste del todo de este mundo, y te escribo para contarte un poco qué paso (porque vos siempre querías enterarte de todo lo que nos pasaba). Aunque la verdad es que yo no creo que me estés mirando desde otro lado mas que desde mi cabeza, así que todo esto en realidad me lo estaría diciendo a mí, pero bueno, te lo cuento igual. No se muy bien desde donde empezar a contarte, porque como te ibas yendo tan de a poco no se de qué te habrás enterado y de qué no. No sé en que lugares o tiempos habrás estado, no sé quién eras, que eras, no se que pasaba en tu cabeza (pulsaciones neuronales sueltas, resonancias anarquicas, quien sabe).

En líneas generales te cuento que actuo, enseño teatro y escribo un poco, como para no ver tanta gente todo el tiempo. No me acuerdo qué me decías vos del teatro específicamente, pero sí me acuerdo de que no te gustaba la ficción (aunque yo no conocía esa palabra todavía). "Babababh, eso es todo fantasía", me parece que decías (y tu expresión era entre agria y amarga). Me acuerdo tambien que desaprobabas a los actores de las novelas cuando se besaban: "Camina cucha", les decías, y hacías un ruido raro con la boca que a mí me parecía mas pornográfico todavía que los besos en sí. Igual yo tampoco conocía la palabra "pornográfico", y vos, no se. A vos te gustaba enseñarme los nombres de las capitales de todos los países, que estudiabas del Almanaque Mundial 1970. De ahí, eso sí te acordaras (un libro gordo de tapa naranja decolorada por el sol), aprendimos nombres como Bangladesh,

---

[2] **Susana Pampín** (Buenos Aires, 1964) es actriz y escritora. Se formó con Augusto Fernández y Vivi Tellas. Trabajo en teatro y cine. Fue nominada para el premio Florencio Sánchez 2002 como mejor actriz de reparto. Publicó el libro de cuentos *La nieve*, y otro de poemas, *Viento de playa en la terraza*. Escribió y dirigió (junto a Rosario Bléfari) *Somos nuestro cerebro* (2003) y *Somos nuestros genes* (2005).

Ruanda, Rabat, Addis Abeba y Pyong Pyang, por ejemplo, que hasta ahora no me han servido de mucho, pero ahí están en mi cabeza.

Hice algunas obras de teatro que no te hubieran gustado nada y otras sí, como una en la que hacía de inmigrante y hablaba todo con acento español. Mamá me vino a ver con el tío Luis y la tía Amelia; trajeron unos bombones que comimos con los compañeros en los camarines. Con esa obra viajamos a Alemania, y conocí Berlín —que ya no es más Oriental-Occidental, como aprendimos juntos, sino Berlín nomás—; después me fui a pasear a España y estuve en Galicia con tus hermanos. Ellos me contaron cosas de cuando vos eras chico, parece que ya eras más papista que el Papa, y sí, tenías razón, me parezco físicamente a la tía Carmen. ¿Llegaré a tener la cara tan colorada como ella? Espero que no. También vi la casa donde naciste, en la aldea (estaba derruida, no te hubiera gustado nada). ¡Ah! La tía Carmen puso un tambo mecánico, ya no se ordeña más a mano.

Con Pablo —te acordarás— vivimos juntos muchos años. Parece mentira pero vos ya habías predicho esto cuando éramos chicos, y eso que yo despotricaba todo el tiempo contra él. Fuimos muy felices y también nos hicimos sufrir un poco. Después yo me enamoré de otro muchacho y la pasamos pésimo durante un tiempo, pero fue hace mucho. Después pasaron más cosas. Ahora es uno de mis mejores amigos, cada tanto peleamos un rato como para hacer un poco de ejercicio, y a ver, cómo te lo digo: ahora él tiene un novio y yo, una novia, papá. ¡Ay Dios, qué difícil me hubiera resultado explicártelo!

Supongo que tendría que decirte que vos tenés bastante que ver con que me gusten las mujeres. Vos siempre decías "la naturaleza de la mujer" para referirte a la concha, y esa expresión era tan linda —la palabra "naturaleza", lo que la lengua tiene que hacer para decirla— que se ve que algo de eso me quedó. Igual no es que no me gusten los hombres, pero se ve que ninguno podrá ser mejor que vos, etcétera, etcétera. Además en general los hombres no dan tantas vueltas, y yo sí; es como que son más que nada eso que tienen ahí: una maravilla de la ingeniería de la naturaleza, de la naturaleza del hombre (no consigo recordar cómo llamabas a la "naturaleza del varón", por decirle así; es más, no sé si alguna vez habrás dicho algo al respecto). Pero bueno, el hecho es que estoy enamorada de una mujer.

Ada es hermosa. Es pura. Y además le gustan los besos. Para vos los

besos eran muy importantes, por más que los censurabas en las novelas: decías que los Pampín eran de dar besos y los Gutiérrez no; pobre mamá como la etiquetaste con eso. La verdad es que no entiendo por qué la criticabas tanto. O sí. Con Ada nos llevamos muy bien. A veces se pone de un mal humor insoportable, pero qué se le va a hacer, yo también tengo lo mío, que es bastante tuyo, papá. Pablo me llamaba "Benita", por vos; decía que teníamos el mismo carácter podrido. En fin, me gustaría presentarte a mi novia: un día de estos vamos a ir al cementerio.

Ella vino conmigo en la ambulancia cuando te traíamos del hospital a casa (vos no estabas muy bien). A Riobamba, claro, que vos no conociste mucho. La casa de Padua la vendimos, mamá tenía miedo de que se le cayera el techo encima y además estaba muy lejos. Cuando se vendió, mamá me dio mi parte. Yo ahorré, como vos me enseñaste, en el banco, pero vino una cosa que se llamó "corralito" y me cagaron: el banco se quedó con la plata y me dio unos bonos que ni siquiera tienen cotización.

Papá, el país estuvo peor todavía de lo que vos lo conociste. Hubo muchos canallas (cómo te gustaba decir esa palabra, qué justa es esa palabra, ahora que lo pienso). Hubo muchos canallas, decía, en el poder, y si el de arriba roba qué se le puede pedir al de abajo, así que imaginate. Claro que vos hubieras dicho que aquí hacía falta una mano dura como Franco y entonces mejor hablemos de otra cosa. Igual ahora estamos un poquitito mejor y como además vivo con mi novia compartimos los gastos y eso hace todo más llevadero.

Papá, cuando te fuiste del todo mamá estuvo muy triste unos meses —muy triste—, pero después estuvo mejor y empezó a coser y a tejer ropa que le llevó a los mapuches. Estuvo todo el verano en Bariloche, con tus nietas. Se lo pasó cocinando pan y sacando yuyos del jardín. Tus nietas están grandes y les va bien en los estudios. Alu se vino acá a estudiar psicología, y vive con mamá, que ahora se puso a tejer gorros para regalar en la calle. Están bien. Mis hermanas también. Vos también debés estar mejor así. Creo que si la electricidad de tu cerebro se conjugaba alguna vez como para ser consciente de cómo estabas te lo debías pasar mal. Mamá dice que venimos con el destino marcado.

Papá, aprendí muchas cosas de vos, y otras no. Aprendí a trabajar, aunque también aprendí a descansar, cosa que vos no pudiste aprender, y a veces me pongo un poco vaga a propósito, como una compensación

generacional. No voy a misa. No limpio mucho mis zapatos y la verdad me peino poco. Si me vieras, siempre tendrías algo para decirme al respecto. No fumo cigarrillos y eso te alegraría. Nunca te diría nada de la marihuana, aunque te hubiera gustado verme divertida. A mamá le gusta cuando me ve así; a ella se lo dije, y también lo de mi novia. Mamá yo no sé cómo hace, pero se sigue adaptando a lo que venga, como si cada cosa nueva hubiera sido siempre así. Es algo envidiable.

No tengo hijos, papá, ni creo que los vaya a tener. Tal vez adopte alguno cuando sea más vieja, no sé. Por ahora tengo alumnos, y supongo que hay una parte de la maternidad que se me va por ahí. Tengo treinta y nueve años, la misma edad que tenía mamá cuando yo nací.

.....

La verdad es que yo quería terminar esta carta pronto, pero ahora es mayo del 2004 y todavía estoy acá corrigiendo. Y no puede ser, tengo cosas que hacer y hay algo que todavía me hace volver acá, algo como la sombra de la electricidad que es como que me come las ganas. No sé si estarás en algún lado ahora, además de en mi cabeza, pero lo que sí, voy a tratar de que no ocupes tanto lugar, así puedo trabajar mejor.

Papá: un beso grande.

Junio

Albertina Carri
Laura Ramos
Lola Arias

Si la fama es pública, no hay nada menos público que la no-fama. ¿O sí? Alguien cuenta que es muy fácil saber que uno se está volviendo famoso, pero no lo es tanto saber cuándo se ha dejado de serlo. Pero bueno, hay pistas. Por ejemplo, un fotógrafo en un evento no te reconoce, te pregunta tu nombre en el oído, y después, al otro día, te llama por teléfono para venderte tu foto... ¡junto a un famoso!

Una artista dirige una película autobiográfica. Sin embargo le da vergüenza contar cualquier nimiedad, como que cuando era chica andaba a caballo. La directora lleva su cuaderno de notas. Es un paisaje intenso, desconocido, es otro texto, otro relato, privado, inaccesible. Sobre lo que se ve pero sobre lo que falta, sobre lo que se hace, pero sobre lo que no se puede hacer. La extra-escena, algo por fuera, que está en la película aunque no se vea y se materializa en un cuaderno de notas.

La enfermedad rompe el ego. Todo el esfuerzo de construcción por ser alguien que funcione en el mundo y para obtener los placeres que podamos conseguir, se desmorona con una faringitis. Fuera de juego. Si hay ratones en la cocina, entonces, sólo queda cerrar la puerta hasta curarnos.

Confesionario, maxima intimidad con el imaginario ajeno. Siempre entretenido, nunca aburrido.

Albertina Carri[1]

Estos textos fueron escritos entre el rodaje de Los Rubios *y la escritura de* Géminis. *Palabras, pensamientos inconclusos, retazos de incertidumbre mientras la cámara parece registrar las cosas para siempre. Intentaré respetar un orden que no tiene ninguna lógica más que la lógica del tiempo, quizás este sea un intento de detenerlo.*

Pensamientos rubios

Falta ruido, enjambre, menjunje, enchastre, confusión, familia, naturaleza, ruido visual, ruido sonoro. La perfección es el sentimiento "expuesto", el pensamiento superado.

Intelectualizar los hechos o las situaciones es despojarlas de un valor sagrado (su naturaleza intrínseca), de lo sentimental.

Quiero (iba a escribir "debo") romper con mi imposibilidad de *mostrar*. Mostrar mi pierna defectuosa, mi costado dolido. Aunque no se trata del dolor, se trata del pudor. Debo (sí, esta vez debo) enchastrar mis palabras. Romper las fauces del olvido y llenarlo todo: de vacío, no de respuestas.

Documental 1 – yo – para mí.
Encontrándome ante el no-relato.
No lo puedo contar.
No lo puedo decir.
Quiero, deseo profundamente,

[1] **Albertina Carri** (1973) es guionista y directora de cine. Dirigió *Los Rubios* (2003) y *Geminis* (2005). Actualmente trabaja en *La Rabia*.

que mi relato suceda.
Necesito que me exceda.
¿Cuál es el centro?
¿Qué es esta necesidad de decir?
¿Para qué? ¿Para quién?

Vi una película. Hay un plano en donde preparan engrudo para pegar carteles que reclaman justicia. Carteles que reclaman castigo a quienes asesinaron la identidad de quienes pegan estos esos papeles sobre paredes anónimas. El plano del engrudo: algo se cocina, la preparación ocupa toda la pantalla. Agua y papel se unen hasta formar una consistencia única. El acto ya no tiene sentido, lo que importa es su gestación. El problema es la ausencia de quien los gestó, entonces el verdadero gesto es la elaboración de esa pasta.

El plano me emocionó mucho y pienso que es el centro del *film* porque pensé en comida, en familia, en algo que se pega y se desprende con el tiempo pero deja sus huellas. El plano es puro llanto, hablo del llanto del parto, cuando la madre da a luz y llora, el bebé llora y todos lloramos frente a ese acto que nunca nos puede resultar ajeno.

El engrudo representa un cuerpo que no existe y la posibilidad de seguir gestando.

Floto.
Últimamente floto.
Floto sobre trópicos enormes.
Hay humedad en la muerte
Además hace frío.

Una realidad con peluca.
Una realidad muy pelada.

Pedazos del cuerpo de Ana.
La necesidad de un cuerpo físico —podrido— no fantasmal.
La búsqueda de una familia física, no imaginaria.
El miedo a la anormalidad.
Filmar un funeral.

Notas lacónicas en viaje por los festivales

1. Encerrada en un sistema perverso, Europa no está enterada de su propio agotamiento. Se asentó en una tranquilidad burguesa. Cómodos, no miran a su alrededor. Pero algo está sucediendo. Me da miedo estar lejos de casa, pero me halaga ser espectadora de esta caída. Es el final de algo. Aunque no sé de qué. Me pregunto el sentido de seguir haciendo películas atrapadas en un sistema que yo no controlo. Sólo pongo piezas para sostenerlo, cuando lo que busco es quebrarlo. Hacerlo añicos e irme a vivir al campo.

2. A veces pienso en morir.

3. Cosas importantes que he decidido en los últimos tiempos: cortar el comienzo del *Gold life*, no comer aves, tomarme la vida con calma.

4. A veces cagarse encima es bello.

5. Hace días que pienso en la vulnerabilidad de las palabras. Cada vez que presento una película no entiendo lo que digo, sólo entiendo la pantalla que despide imágenes que ya no me pertenecen.

6. Vomito sobre cada uno de los "títulos de honor" impuestos por una sociedad que no respeta a las individualidades. No estoy aquí representando a un país, a un género, a las víctimas de los crímenes de Estado o a un tipo de sexualidad. Apenas me represento a mí misma cuando me acuerdo que debo peinarme antes de salir al escenario.

Soy una ameba. Una ameba de colores.

Ameba en blanco y negro.

Ameba que muta por necesidades físicas y de las otras.

No hay caprichos, sólo hay sorpresas.

7. Me regalaron un cuaderno. El cuaderno es lindo, no sirve para nada. Anoto cosas inútiles y me aferro a ellas en estado de viaje. Me siento lejana de todo lo que me rodea. La modernidad es aburrida y pasa rápido. La poesía grita, purga. El dolor de la bomba. El silencio de la picana. Hay una sola cosa que no entiendo: el instante de placer del grito cuando estalla.

Pensamientos geminianos

Si ella volviese a ser gitana.

Si ella no fuese.

Si ella.

Cuando si ella.
A veces, si ella.
Si ella pudiese
con su dolor de panza
común y corriente
cual animal que muerde.

El grito
Sin colores
Sin embustes.
¿Qué hay más allá de la percepción?

Pensé no hace tanto en algo horrible. Me acordé del cuento del juez de Maupassant, cuando asesina al pajarito con sus manos. Pensé en la belleza de la acción, la pasión que se libera y rompe con todas las moralidades.

Una palabra que lo diga todo. No existe.

Aunque *amor*, es una buena síntesis. Sin embargo, hay algo que la excede: *tiempo*.

El *amor-tiempo* es un recorrido por todos los estados. Por todos los sentidos.

El cine podría abarcarlo. Pero el amor huele. ¿O cuando huele ya no hay amor? ¿Cuál es el olor del amor?

La vida siempre es un hecho extraordinario y como tal, siempre nos sorprende. Hay una determinada porcion de la sociedad que sostiene una moral que no da cuenta de los movimientos y rupturas con las que el individuo convive. Así (este grupo de creyentes) sólo acepta los desplazamientos previstos, aunque estos no estén en armonía con el desarrollo emocional de dicho individuo. De esta manera se enquistan las molestias, se fuerzan los sentimientos y las situaciones, dentro de una familia que no respeta a sus integrantes, más sólo les otorga títulos enmarcándolos en habitaciones predeterminadas. Las habitaciones de esa casa, así como los corazones de los que viven dentro, se convierten en oscuros pasadizos llenos de terror y venganza. Sin embargo siempre está la mano de la máxima de las creyentes, la

madre, que cree enaltecerlo todo con sus grandes creencias.

Para salir, hay que entrar. La única manera de romper para siempre es desde adentro. Lo más bello que sucede es lo más horrible de ver, de decir. El incesto.

Mientras el niño cae
dolido, herido, maltrecho,
el niño empuña una daga filosa,
la apunta al aire
con sed de venganza,
con rostro de espanto.
El niño no cae.
Esta vez mata.
¿Por qué tanto dolor insuficiente?
A veces el niño calla.
La niña calla
de amor y de locura.
A veces el niño también calla.

Cartas desde la pampa

Cada vez más lejos de la narración
vuelve a la tararira.
El verano
la noche corta.
La tararira en invierno
se pone gorda.
El fuego es más cómodo
y la sombra es generosa.
El verano se evapora
mientras el invierno
se instala.
El sabor de la tararira no se olvida
Es una amnesia temporaria.
La laguna con verdín.
La laguna no hace ruido.
Es el grillo que sufre de insomnio.

La tararira tiene gusto a barro,
a tierra,
y el grillo no tiene gusto,
sólo sonido.
Mi cuerpo deteriorado.
La tararira se aleja,
los insectos gritan,
cada detalle afecta a alguna partícula.
Las zonas se despliegan.
Las partículas mudas
afectadas
se expanden
en relatos embarrados.
La tararira no es relato;
viaja en el agua.

En esto duerme.
El perro me mira con ojos de perro.
La tierra se curva ante mis ojos desvelados.

Laura Ramos[2]

Escribí un libro en la última década del siglo pasado. Lo hice con una compañera de trabajo, aunque en rigor no gozábamos del mismo rango en nuestro trabajo: ella era la redactora estrella del periódico de mayor tirada de Buenos Aires. Yo, una modesta colaboradora que cobraba a destajo por cada artículo que publicaba. No gozaba de beneficios médicos ni sociales y para ingresar al periódico debía entregar mis documentos a un empleado apostado detrás de una mesa en el *hall* central del edificio. A cambio, me colgaban de la pechera un ofensivo cartel que denunciaba en grandes letras mi condición de Visita (apenas podía, yo desenganchaba el cartel y lo ocultaba en un bolsillo).

Desde unas estrechas sillitas, las otras *visitas* y yo aguardábamos, muy apretados, a que un miembro de la redacción aprobara nuestra entrada. Esas sillitas fijaban con precisión nuestro lugar en el mundo. Sólo teníamos que mirar a nuestros costados: informantes de la sección policiales, actores de tercera línea, pasadores de carrera, un tipo con una guitarra, poetisas de pelo demasiado lacio, deportistas en baja. Ellos eran lo que era yo, esto es: nadie. Una chica que no podía pagar las facturas de luz. Y que escuchaba el *Bolero* de Ravel porque alguien había olvidado el disco en su casa.

La obra literaria en cuestión —un vulgar libro de chismes— merced a la eficacia de mi *coequiper* se hizo inmensamente popular. Fue nota de tapa de la revista dominical más leída. Durante cuatro meses se hicieron concursos radiales de preguntas y respuestas sobre los personajes del libro. Mi *coequiper* y yo nos maquillábamos en los taxis rumbo a las sucesivas entrevistas en TV; firmamos cientos de ejemplares en la Feria del Libro. Por la calle nos topábamos con desconocidos que gritaban nuestros nombres. Los artistas, los escritores nos trataban como si compartiéramos su genio. Lo peculiar de esta celebridad es que se presentó con tal naturalidad, con modales tan encantadores, que produjo el efecto de confundirse con la personalidad. Quiero decir que parecía que así era mi personalidad. Que todo siempre había sido así.

Y que sería siempre así.

[2] **Laura Ramos**. En los ochenta sus columnas en el diario *Clarín* ("Buenos Aires me mata" y "Ciudad Paraíso") se convirtieron en material de culto. Esos textos fueron luego publicados como libros (la primera fue, además, llevada al cine). Su libro *Corazones en llamas* encabezó las listas de *best sellers* por más de un año. En 2002 Sudamericana publicó su novela *Una niña anticuada*.

Las fiestas, los halagos, las sustancias euforizantes, las sustancias relajantes, me produjeron una deliciosa amnesia, amnesia que afecto directamente la corteza en la que se hallaban incrustadas las sillitas del *hall* del periódico.

Se vendieron diez ediciones del libro. Cincuenta mil ejemplares. Pagué la cuenta de la luz, entre otras cosas.

Luego, muy lentamente, con el paso de los meses, los sonidos comenzaron a templarse. Las luces titilaron, se hicieron mas tenues. Las fiestas menguaron, los amigos tambien —¡ah, los amigos!— hasta que, en una de las últimas fiestas, un fotografo se acerco.

¿Cuál es el momento exacto en el que una persona deja de ser famosa? Puede medirse con relativa exactitud el momento en el que una persona comienza a ser famosa, pero no es tan sencillo registrar el de su ocaso. Una posibilidad es fijar el dia en que un fotografo, en una fiesta llena de celebridades, luego de disparar unos *flashes* sobre uno, se acerca y en un susurro pide el nombre y el numero telefonico. Ese es el último estadio de la humillacion para un ex famoso. ¿O es que a Nito Mestre alguien necesita hacerle alguna pregunta? El fotografo que le pidió a uno el teléfono no trabaja para un medio periodistico. Al día siguiente de la fiesta el fotografo lo llamara a uno y le ofrecera sus fotos —junto a los famosos— a razon de cincuenta pesos cada una. Yo no las compré.

Las cosas habian vuelto, entonces, a acomodarse en la misma sillita estrecha en donde habian comenzado. Los tonos sombrios volvieron a mí, alborozados. No tuve que escuchar mas musica electronica. Pude volver al *Bolero* de Ravel. Ya no era la chica mas moderna de Buenos Aires. Y es que, olvide contarles: por una combinacion desdichada de factores, un estupido error, aquella fama, ademas, me habia señalado como el arquetipo de la modernidad. Otra confusion entre fama y personalidad. No, yo no era una chica moderna. No era una cuestion de personalidad. O sí, era una cuestion de falta de personalidad. Cuando se fue, la fama se llevo mi personalidad. Y de esto era de lo que quería hablarles.

Cuando Cecilia Szperling me invito a este confesionario, lejos de alegrarme porque alguien volviera a acordarse de mi, fui presa de un ataque de panico. Convenientemente medicada, pero aun asi abandonada al desanimo, en el curso de estos dias me fui enterando de que

en Confesionarios anteriores Fernanda Laguna había relatado sus extraordinarios desórdenes psíquicos, que Rosario Bléfari había revelado los problemas que le causaban los millones de su mejor amiga, que Pablo Pérez había confesado ir a visitar a Marcelo Pombo con un pantalón *jogging* sin calzoncillos.

Por añadidura, el anuncio de que esta noche iba a leer Lola Arias y, por añadidura, Abertina Carri, a quien admiro sin reservas, no hizo sino pulsar el obvio interrogante que atenazaba mi ser íntimo: ¿por qué diablos me invitó a mí Cecilia Szperling?

Y la respuesta es mi visita a Pombo sin calzoncillos. La respuesta es que comprendí que la operación que efectuó Cecilia Szperling al invitarme a mí, a Laura Ramos, a este Confesionario, fue la misma operación que efectuó Quentin Tarantino al invitar a trabajar en sus películas a John Travolta y David Carradine, los rancios, cascados héroes de *Fiebre de sábado por la noche* y *Kung Fu*.

Lola Arias[5]

Diario de la fiebre

Día uno

"Un diario es siempre un diario de enfermedad" escribo en bombacha, adormilada de fiebre, frente al rollo de papel higiénico posado en la mesita de luz. Desde que me enfermé soy un ciervo abandonado en la autopista: las pestañas nevadas de lágrimas y la cabeza vacía. Enfermarme fue descubrir que ni los amigos ni los pretendientes ni los amantes devienen enfermeros por vocación. Después de una noche en el trópico onírico, me desperté con los ojos rojos, las axilas de treinta y ocho grados y no había nadie en la explanada del departamento de soltera. Me saqué una fotografía, parada en la cocina, con la frazada colgando como una capa, exprimiendo un saquito de té y me dije: "Me voy a casa de mi madre".

Volver a vivir con mi madre es adorable y aterrador. Ella hace su coreografía de bandejas y aspirinas frente a mi lecho de hija moribunda. Cada seis horas, entre ingestion e ingestion, se sienta en la cama y habla sin respiro de mi desviada vida sentimental, de mi ineptitud para ganar dinero, del terrorismo, de los académicos, de las últimas películas estrenadas, de los *pullovers* que le robe, de la angustia de los animales domésticos. Yo la miro como se miran los autos que pasan.

Día dos

Tengo los ojos como carteles de neón. La TV hace del mundo un *collage* de robots adolescentes, documentales de *surf*, hombres con traje y bigotes hablando de la cultura en sillones, tetas de actrices, *livings* artificiales.

Vuelvo a la cama junto al tropel de libros apilados como rascacielos. Leo un poco de una mala novela argentina, un libro sobre Duchamp, apuntes de la facultad. Mañana tendría que dar un examen para terminar con esa absurda fantasía de ser la eterna colegiala.

Por la noche, una doctora rubia, obesa, con maletín me encuentra moqueando en una isla de fotocopias. Le pregunto si le parece atinado presentarme a recitar a los presocráticos en este estado. Ella me

[5] **Lola Arias** (1976) es escritora, actriz y directora de teatro. Ha publicado dos libros: *Las impúdicas en el paraíso* y *La escuálida familia*.

mira con pena y responde: "Nena, necesitás reposo". A lo largo de su parloteo repite la palabra "nena" varias veces y yo veo que me sobresalen los pies en mi cama de infancia.

Día tres

Hablo mucho por teléfono. Mis amigos, amantes, pretendientes tienen miedo de contagiarse y no vienen a verme. En el libro sobre Duchamp se ve uno de los *ready made* que él regaló a su hermana; se llama "infelicidad" y es un libro de geometría para colgar del balcón en la noche de bodas. Pienso que es una obra perfecta y lloro un poco, cubriendo de mocos y baba la funda de la almohada.

La funda de la almohada en que apoyo mi cabeza de ciervo tiene una "L" de imprenta dibujada. Mi nombre es Lola y el de mi hermana, Lucía. Pienso a cuál de las dos habrá pertenecido esta almohada. Toda la niñez confundidas una con otra, vestidas con conjuntos iguales pero de distinto color. Ahora, supuestamente adultas, somos muñecas invertidas: ella tiene tetas, trabajo, TV y yo, un tendal de cuadernos bajo la cama. Mi hermana, como la de Duchamp, dejó la casa materna para vivir con un hombre. Pasa las horas haciendo dibujos en el Palacio del Amor Oriental.

Día cuatro

Mi cuerpo ha perdido todo encanto: blanca, blandita, sudada, con el pelo enredado en las axilas. No duermo, no duermo bien. Paso la noche acalorada entre pesadillas con deformaciones faciales, hombres en moto, besos de Alemania.

Por la tarde soñé que andaba en moto con mi padre. Íbamos a toda velocidad por la carretera, esquivando camiones. Ayer soñé que tenía un agujero en la cara, como un cráter enorme en la mejilla. Hace dos noches, soñé que me acostaba con una chica alemana y que hablábamos en inglés. Fue mi primer sueño subtitulado y con música incidental. Creo haber escuchado música cuando nos besábamos.

Por la noche, después de horas de pericias telefónicas, logro que el muchacho del prendedor de paracaídas venga a visitarme a casa de mi madre. Me baño, me peino, trato de engalanar mis pijamas. Cuando llega, nos sentamos en la mesa de la cocina y tomamos té como novios adolescentes que comparten las horas de tedio juntos. Él es un extran-

jero entre los azulejos de la cocina materna. Algo que podría parecerse al amor o a nadar de espaldas.

Después de comer, mirar películas y hacer apuestas, el extranjero toma su sombrero para irse. Entonces comienzo un *strip tease* enfermizo haciendo un caminito de ropas tiradas hasta el cuarto del lavadero. Él levanta los señuelos del piso recitando un catálogo de advertencias sobre mi estado de salud, el contagio, y sobre todo, mi madre que duerme. Finalmente, lo hacemos sobre la tabla de planchar con la ropa del tender golpeándonos la cara.

Día cinco

Mi padre regresa de su viaje y ahora somos tres y el perro en la casa. El álbum familiar completo me hace subir la fiebre. La novela del *duetto* padre-madre se divide en varios *sketchs*: la danza de la indiferencia, lanzamientos de comida por el aire y una alternada y constante verborragia temperamental. La guerra conyugal es demasiado para mi corazón mecánico. ¡Huir! ¡Huir antes que sea demasiado tarde!

Día seis

Vuelvo a mi casa convaleciente y encuentro dos cadáveres de banana mordida sobre la heladera. Mi cabeza de infante dice que son hormigas golosas, esas hormigas que nacen de los azulejos del baño. El portero, en cambio, dice que son ratas.

Pálida y ojerosa, cierro la puerta de la cocina decidida a no abrirla jamás. Tengo frío y no tengo estufa y las hornallas estan en la zona del roedor. Sin calor ni comida me entrego a una muerte lenta.

Día siete

Me despierto con lluvia y todo es gris como la noche. La fiebre ha desaparecido, pero estoy débil, como si mi cuerpo fuera un tapado pesado. Hago poses por toda la casa: con libros en el balcón, de espaldas en la cama, sentada con la computadora mirándome. Trato de leer o escribir, pero los proyectiles del pasado me dan en la frente y las orejas.

Finalmente, hablo por teléfono con mi ex-novio durante una hora. Nos acordamos de la vez que él se enfermó y vino una doctora diminuta, de la noche que tiré el termómetro por la ventana y de los *pato-*

vicas que casi me golpean por asomarme en una ambulancia. Toda una serie de postales médicas mezcladas con vacaciones, peleas y escenas de amor turbulentas. Cortamos y me quedo mirando un vaso con leche un largo rato. Pienso que las formas del amor son como nubes que imitan aviones, vacas, estrellas.

Día ocho

Paso el día reuniendo los pedazos de mi vida anterior. Hago una lista en imprenta con las cosas que debo hacer para redimirme: ensayo, supermercado, facultad, Laverrap, dinero a mi padre, conseguir niñas, terminar relato, comprar veneno para ratas.

Día nueve

El muchacho del prendedor de paracaídas dice que viene a visitarme por la noche. A las tres de la mañana se presenta borracho detrás del vidrio de la puerta de abajo. Pienso de qué sainete ha robado esta escena: la mujer que espera y el hombre que llega ebrio y maloliente. Por mi parte, efectúo mi rol de ofendida a la perfección y le digo que se vaya. Él me mira como un huérfano en proceso de adopción. Yo le hablo de mis días de fiebre y de la rata que no me deja dormir. En un ataque de heroísmo, él toma el escobillón e ingresa a la cocina. Yo me quedo detrás de la puerta, esperando la sangre, pero unos minutos después, sale y me dice que el roedor no está, que seguramente comió el veneno y se fue a morir a otra parte. Yo pienso en una rata romántica y envenenada yéndose a morir a Francia, como Borges.

A las cuatro de la mañana me despierto con la casa inundada. El paracaidista se quedó dormido en la bañadera que rebalsó, cubriendo el piso de parquet con una lámina de agua. Con los pies mojados y los ojos chinos de sueño, empujamos el agua hasta la rejilla del baño. Cuando me vuelvo a dormir pienso en una película japonesa donde la casa se inunda como si estuviera llorando.

Día diez

Cuando por fin desaparece la fiebre, con la nariz roja, los pulmones apretados, es feriado. Parejas, familias y otros grupos humanos salen de sus madrigueras. Desde el balcón de mi piso ocho los miro como en un microscopio.

El sol me da en la espalda, siento las mejillas rozagantes, las rodillas alzadas. Sin querer, con el pie pateo la única planta que sobrevive en el balcón y el piso se llena de tierra. Tengo la ilusión de que soy joven, muy joven.

Julio

Marcelo Cohen
Javier Daulte
Martín Rejtman

Vicios, envidias, ambiciones fallidas, heridas que no cierran, dinero que no llega, amores que se apagan, mediocridad genuina, miserabilidad, codicia, fantasías crueles y crueldad real. Las cosas que me gustan, cómo pasan los minutos en mis días, odios, rencores, resentimientos que perduran.

¿Ególatras, egoístas, narcisistas, centrados en sí mismos, ombligos del mundo, hijos únicos, centros del universo, exhibicionistas, verborrágicos, hipersensibles, celebradores del Dios Yo, masturbatorios?

Sí, todo esto y mucho más para *voyeurs* literarios. En una sola noche tres historias acerca de yo, yo y mi otro yo. La vida según mis propios ojos y de ninguna otra manera. Te cuento mi vida, escúchala con atención, que es lo único que conozco.

Confesionario: Máxima intimidad con el imaginario ajeno.

Marcelo Cohen[1]

Lunes 4 - Hoy por la tarde hizo tanto calor que a última hora las cosas empezaron a desbandarse. Las manos se desmayaban por retenerlas; una señora que había abierto la puerta de la tienda trastabilló como si la hubieran embestido. A través del escaparate la vi huir y noté que algo de mí partía tras ella, naturalmente, para consumirse en el roce con el aire. Tal vez la imaginación. Lo que quedó se negaba a moverse. Como no había tareas apremiantes decidí despachar a los empleados y pasé solo el último rato de la jornada. Una medialuz álgida y terrosa daba a la computadora una decrepitud muy apropiada a los crujidos de mi sillón de cuerina; todo se retraía al pasado y era de color castaño. Hice unas cuentas. Envié un mensaje a Latigare felicitándolo por la calidad de las enaguas que fabrica su gente. Creo que fumé más de un cigarro, pero es imposible asegurarlo, pues cuando me puse la chaqueta ni siquiera recordaba haberle ordenado al cenicero que se vaciara. Fuera, de pronto, la tarde disponía al hambre, a la compañía y la esperanza de refresco; las cosas acudían; en toda la calle Aspiria la atmósfera era verde. Y luego, a las seis y un minuto me encontraba en cuclillas, conectando la alarma del local, cuando advertí que una presencia obraba un efímero cambio de intensidad en el bri-

[1] **Marcelo Cohen** (Buenos Aires, 1951) ha traducido más de cien libros de narrativa, poesía y ensayo, de autores que van desde Leopardi hasta Martin Amis. Publicó siete novelas (entre otras, *Insomnio* y *El testamento de O'Jaral*), tres volúmenes de cuentos y numerosos artículos y ensayos. Dirigió la traducción de las obras completas de William Shakespeare realizada por escritores de once países de lengua española. Es codirector de la revista *Otra parte*. El texto que se reproduce es parte de su novela en marcha *Donde yo no estaba*.

llo de mis zapatos. Me incorporé persuadido de que había alguien con la mano lista a atenazarme el pescuezo; lamenté llevar encima poco dinero para las ambiciones de un atracador de los de ahora; mas al punto decidí que esa inminencia no era sino el efecto de un cielo muy bajo, que ejercía una enorme presión sobre los cuerpos. Me sentí un imbécil, tanto que no supe cuándo había guardado el llavero en el bolsillo. Pero además, en efecto, alguien había pasado por detrás de mí, quizá se había detenido, e iba alejándose hacia la esquina. El conjunto de la situación era anaranjado. Lo cierto es que al girarme no choqué con nadie, y con la súbita visión de los viandantes y las nubes, el temor se desvaneció. Quebróse el continuo del tiempo. Tres momentos completos habían quedado atrás, cada uno con su ánimo especial, y un tercero empezaba a cerrarse sin dar indicios de qué lo seguiría. Era extraordinario ignorar cómo iba a sentirme muy pronto. Lleno de curiosidad, me puse a caminar abierto a lo que podría ocurrir acto seguido, bien que en un acto sobre el cual mis planes no tenían la menor influencia. Lo único que me atañía eran las ganas de volver a casa, pero hasta la elección de una calle u otra debía adjudicarse, con franqueza, no a una voluntad cuyo proyecto fuera a cumplirse, sino al ocaso de una mente que de un gran surtido de ideas expele la que está más cerca de la superficie. Razoné entonces que esta veleidad de la mente se ajusta de maravilla a la espontaneidad de la vida, que por su parte impone un olor a caramelo aquí, un encuentro casual con fulano allá, y así siempre; de modo que, cuando creemos hacer lo que habíamos concebido, estamos cayendo en lo que nos depara el capricho de la abundancia.

Me da igual que sean vulgaridades. Si cada momento es un ámbito hermético que contiene cosas, hechos, las sensaciones que los hechos provocan y los indomables pensamientos adjuntos, y si no hay razón para afirmar que cada momento tenga una relación lógica con el anterior, me asombra que la mente pueda verlos en serie. También me gustaría saber qué une un momento con otro: si es que están enhebrados como abalorios en un cordel sutilísimo o se mantienen en el vacío, vecinos entre sí para que la memoria pueda individualizarlos, etcétera. Hermoso rosario de los momentos distintos. Uno es desasosiego, el siguiente risa, un tercero concentración sesuda, el cuarto beso dulce o angustia financiera. Y de uno a otro el alma se transforma sólo porque

salió el sol, o se puso, o alguien encendió una radio o pisó el freno de un coche, de modo que es como si el alma muriese para renacer enseguida en otra postura y con otro espíritu, como si viviéramos bajo una luz estroboscópica... ¡Momentos! Manzanas de cristal cuya pulpa desaparece. Collar que no luce garganta alguna. Cierto que si estuvieran enhebrados no serían tan imprevisibles; habría que considerar que el tiempo es un gran carrete de hilo o un río cuajado de boyas, que tiene dirección; lo cual no me consta... Embobado en estas minucias anduve unas cuantas calles y sólo en la avenida Farayte caí en que las primeras farolas, ya encendidas, habían colado sus nimbos violáceos en un atardecer remiso a cederles la prioridad de alumbrar. Pensé que esa pugna entre dos luces era el contenido de un nuevo momento, pero no. Me dolía la cabeza. Para evitar el clamor del tráfico había doblado por el pasaje Mirlitones, y miraba los decaídos pero magníficos edificios logicistas del barrio, cuando me di de bruces, si es posible, con esa verdulería cuyo dueño suele mirarme como un marino miraría un ojo de buey empañado. En cuanto recordé que debía comprar algo para una ensalada, la realidad entera se revistió de hortalizas. Lánguidas escarolas, protuberantes balopes, tomates abollados, introvertidos repollos se ofrendaban sin vergüenza a la primera persona que los librase de morir intactos. Más obsceno era elegir que vergonzoso dudar. En eso el patrón alzó una mano como si fuera a pasarme un trapo, y esgrimiendo un dedazo me interpeló. ¿No sabía yo que en esta época del año el único ítem sabroso es el pepino? Su atronadora garganta desplegó una bóveda toda ella de ensalada de pepinos con aceitunas negras, y tal era su voluntad de que la boca se me hiciera agua con la imagen que me sentí ahogado; y, así como no sabía cómo huir de ese momento, no logro ahora ingeniármelas para salir de esta frase. Compré los pepinos, cuyo regusto me recuerda ahora el dedo del verdulero. Luego pasé por la florería y compré un ramo de crisantemos para Cler. Le gustaron tanto que los puso en su mesa de luz. Es tarde ya, esta noche. Al pie del sofá azul están caídos la gorra y la mochila de mi hijo, vestigios del ardor juvenil aplacados por la luz de la Luna.

Miércoles 6 – Ayer noche fuimos al teatrón a ver la última obra de Roberto Dalmay, que el programa caracteriza como "drama sobre el aparato de las ilusiones". Es agradable que el arte en vivo no pierda su

público en Lavinca, y Dalmay se las ingenia para que el público le haga caso. El anillo de plateas estaba repleto, los decorados fulguraban que era un primor y lo que ocurría en el círculo no desmerecía el anuncio. El asunto de la pieza eran los desencuentros hogareños de un sujeto que ha hecho dinero con negocios delictivos. El tipo mata gente por mano propia o subalterna, coacciona a socios y allegados, vende protección, exprime, es grosero, soberbio, chiquilín, susceptible y adúltero, aunque quiere a la mujer y los hijos, y el agotamiento que le causa este constante ejercicio del dominio se resuelve en súbitos desmayos cuando, por ejemplo, ve que una anciana teme cruzar la calle o una tórtola muere en una borrasca. Para tratar este síntoma acude a un terapeuta, quien le dice que tiene el yo nublado por la angustia: las vidriosas conversaciones le despiertan dudas sobre su identidad familiar y sexual. Intuye que no podrá dar afecto generoso a su familia mientras atienda a sus necesidades mediante el exterminio de otras vidas. En el segundo acto el hombre llega incluso a vislumbrar una ambigüedad en el pelotón de matones que acaudilla: se abrazan demasiado, hablan demasiado mal de las mujeres. El terapeuta insiste, insiste en que con ese medio de vida difícilmente podrá ser feliz, no digamos ya hacer felices a los suyos. Crispado por las contradicciones, el hombre lo viola acusándolo de ser agente de una banda rival. Luego, arrepentido, se devana los sesos buscando un modo de reparar al profesional y redimirse él mismo. El tercer acto lo protagonizan la mujer del facineroso, una buena moza que podría ser adúltera pero se abstiene, y podría abandonarlo pero no se decide, y las cuitas de los atonitos hijos, desde cuya óptica también se aprecian en el padre facetas positivas, enternecedoras. Por mi parte, no dudé de que semejante bruto tuviera esas facetas y pudiera exhibirlas. Mas aun: la obra me iba interesando en gran medida porque magnificaba ese compuesto de arbitrariedad y sensiblería al que siempre somos proclives los machos. Y me intrigaba la solución que daría el dramaturgo a un intríngulis fatal, puesto que, aparte de lo demás, ningún hombre tan ligado al crimen puede dejar su oficio sin considerarse hombre muerto. Por desgracia el desenlace se me escapó por culpa de una de mis inoportunas jaquecas. Al principio la atribuí al calor de la sala; pero el problema no era la falta de refrigeración, pues noté que algunos espectadores se arrebujaban en sus chaquetas. Perplejo por la disparidad de reaccio-

nes, estaba aflojándome el nudo de la corbata cuando reparé en un señor que unas butacas más allá escribía en un libretil. Era un crítico. ¡Un crítico de teatrón! Al principio me compadecí de él, y de quienes leyeran la reseña, pues el obtuso empeño por tomar notas, y acaso ir forjándose ya una interpretación, le estaba impidiendo concentrarse en lo que pasaba en la escena. Pero al punto supe que lo mismo me había ocurrido ya a mí, y no sólo porque estuviera dividido entre seguir las peripecias y planificar cómo me ajustaría la corbata antes de que se encendieran las luces, con lo cual quizá me perdería los instantes finales de la obra, sino porque el calor me había llevado a especular sobre la clase de calcetines más adecuada para el verano, y en el misterio de que la misma temperatura que unos experimentan como calor para otros fuera frío. Entonces se me ocurrió que aquélla era apenas una de un sinfín de oposiciones, como estar atendiendo a la obra o no, comprenderla o no, preocuparse o no por si gustaba a otros, o arrepentirse o no de haber ido con chaqueta, que no sólo dividía en dos azarosas porciones al público, y a cada porción en varias más, sino también al elenco de actores, algunos de los cuales llevaban a veces ropa de abrigo, porque fingían escenas de calle, y quizá sintieran envidia por los que figuraban estar en espacios cerrados e iban en ropa ligera; mientras que a su vez éstos podían tener una sensibilidad térmica particular que reclamara prendas algo más gruesas. En vez de estallar, este desmesurado campo de secciones se endureció como una rejilla. Y empezaba a desmenuzar la sustancia del mundo, haciendo de ella una nube de partículas sin rasgos ni pensamiento, cuando de golpe Cler me apretó la mano. La había conmovido la crudeza de un diálogo, y la humedad de su palma rehizo la trama de la realidad; me devolvió a la situación de espectador acalorado bregando por el clímax de una pieza de teatrón. Casi enseguida vinieron los aplausos del público, los saludos de la compañía y lo demás, que aproveché para ajustarme la corbata y desalojar un flato. La jaqueca continuaba.

Despistes aparte, resultó que la obra me había gustado a mí más que a Cler. Ella la encontraba complaciente con el espíritu burgués de competencia, hipócrita en la incitación a identificarse con un hombre malo, y para olvidarla un poco me propuso volver a casa caminando. En un quiosco del paseo Defresno nos sentamos a beber un batido de *yecle*. El lugar estaba más concurrido que animado. A Cler el enojo aún

le fruncía la boca, y unas gotitas de sudor se le mezclaban sobre el labio de arriba con la espuma del batido. El verano lamedor de Lavinca dominaba la medianoche. Los cuerpos parecían estampados en las mesas, entre los redondeles de humedad que dejaban los vasos. Un hálito caliente hacía crujir las ramas de los árboles. Todo esto inducía una distancia ideal para que la inteligencia y la intensidad de Cler se reafirmaran en su secreto. Como cuando éramos jóvenes, sólo desde una gran lejanía sus labios se mostraban tangibles; y desde la cerrazon. Aunque buscábamos algo de qué hablar, el peso de la obra nos había aplanado las palabras. Semifrases como cintas de papel nos colgaban de la boca en la penumbra bochornosa. Nos apresuramos a seguir camino, pues a esas horas merodean mas libres las manadas de perroparias, y sé que en las calles desiertas los sincasa los persiguen y la policía les dispara. Entramos en casa como intrusos, y en el acto nos echamos a reír. Entonces, Cler se me colgo del cuello y me dijo: "Cuando charlamos mucho te quiero, Aliano. Y cuando no nos decimos nada te quiero cada vez más".

Sería pudibundo y falso no hacerlo constar, despues de diecinueve años de matrimonio.

Hoy al mediodía, leyendo el periodico en el cafe, no me extrano que el crítico hubiera publicado la reseña: al final de la funcion ya debía de tenerla redactada. Acusa a Dalmey de ser indulgente con un personaje atroz, lo que indica que presto al menos tanta atencion como la infalible Cler, o la misma clase de atencion que ella. A mi el juicio me parece incorrecto, aunque no sabría fundamentar por que. Quiza pienso que la maldad desatada no pertenece a nadie, y que no puede culparse a un hombre por haberse perdido en un torrente; y que el monstruoso protagonista transmite algo de su ebriedad sangrienta, una ebriedad que no querríamos para nosotros pero que tragicamente es pintoresca; pintoresco es, digo, ver como alguien, en este mundito medroso y lloron, corre impetuosamente a estrellarse contra el punto en que el deseo sin freno y el bienestar se excluyen mutuamente. Una cosa me tuvo contento, despues de lo de anoche, y es no ser de esos que andan tomando notas; pero ahora caigo en que las notas que tomo son estas, si bien *a posteriori*, como si también necesitara un apoyo.

Miércoles 13 – Iba a poner que tengo un tiempo de vida limitado, pero mi vida no es más limitada que la de otros. Sin embargo tengo más trato con el límite. El límite va conmigo, echando sombra por delante, desde que esta tarde el doctor Frija me recibió extendiendo sobre el escritorio los resultados de los exámenes.

En mi cerebro ha habido una hemorragia intraparenquimosa. Está localizada en el lóbulo occipital. El resultado de la hemorragia es la formación de un hematoma que se conoce como Mota de Samblovit. De acuerdo con las apreciaciones de la ciencia neurológica, el tamaño de mi hematoma es pequeño e incluso ínfimo. Mide medio centímetro cúbico; ocupa el lugar de una semilla de melón. No quise ver la transparencia pero la imagino roja y oblonga. En todo nuestro mundo las hemorragias intercraneanas son la tercera causa de muerte después del infarto de miocardio y el síndrome escóleo. Sólo el quince por ciento de los accidentes cerebrovasculares son hemorrágicos; de éstos, el más común es la hemorragia intraparenquimosa lobular (la mía). La Mancha de Samblovit provoca severas cefaleas, náuseas, fotofobia, y en caso de crecer podría causar desviaciones en los ojos. En caso de crecer, y aun cuando no crezca, también anuncia la posibilidad de coma profundo o deceso súbito.

"Pero la suya no crecerá si tomamos las medidas adecuadas", dijo el doctor Frija descargando un índice en la Mota de Samblovit que mostraba una placa. Sin embargo también podría crecer aunque tomemos todas las medidas, así fueran las más adecuadas. Consideró su obligación no ocultarme que, si bien todas las hemorragias lobulares tienen mejor pronóstico y menor mortalidad que las hemorragias profundas, no todos los pronósticos favorables se cumplen; pues las Motas de Samblovit no son cien por cien dóciles al tratamiento y aun las más chiquitas han manifestado a veces un comportamiento desquiciado. Según el doctor Frija, esto significa que llevo en el lóbulo occipital un enemigo con el cual debo sellar un pacto; "claro que el pacto sólo se cumplirá si el enemigo no es presa repentina de una mutación, semejante a un brote de locura, imposible de controlar desde nuestro bando. Con ciertas precauciones podemos reforzar un estado de normalidad que abarque a todo el cerebro; pero nunca conseguiremos intervenir en el mundo interno de la motita, en esa historia íntima de su ser que puede desembocar en un trastorno inesperado. Y si el trastorno se produjera,

y fuese violento, el pacto se rompería con las consecuencias que usted imagina", dijo el doctor. Le observé que sería una sola consecuencia, no varias. Él asintió con la cabeza, reacio, y entonces le pregunté si la ruptura del pacto me haría sufrir más dolores. "Una punzada —dijo él— y nada más que la conciencia registre". Y de inmediato se apresuró a añadir que, dada la diminuta magnitud de la mota, una operación tendría buenas probabilidades de extraerla sin daño para la masa cerebral circundante; aunque asimismo podría inducir, como sucede en contadas ocasiones, una virulenta reacción perniciosa.

Le pedí permiso para ir al retrete y vertí como litro y medio de orines. No sé cuándo había guardado tanto líquido en la vejiga. Estaba muy nervioso, y también ya estaba triste. Me sentía amarrado al papel de enfermo.

En cuanto volví a sentarme frente al doctor Frija razoné que en resumidas cuentas estaba medio muerto. "Pero también medio vivo", matizó él con una sonrisa incompleta. "Por eso le hablo de un pacto: o de un tratado", precisó. Le advertí que no iba a operarme. Pareciome que se alegraba de la decisión. "Los pequeños hematomas lobulares no requieren más que exámenes clínicos durante dos semanas y un control neurológico sostenido", dijo el doctor acerando la voz: un control perpetuo, aunque el cuidado más eficiente consiste en que ni la mota ni el enfermo se sientan sometidos a control. A tal fin él me instruiría de cómo administrarme yo mismo cápsulas de Verosetimol B, un osmótico con esteroides que regula el crecimiento de las hematomas, y de cómo someterme periódicamente al examen de un sensoractilo. Claro que ningún específico ni aparato podrían controlar una reacción imprevista de la mota de Samblovit. Le dije que eso ya lo había entendido de sobra. Nos miramos. Por fin el doctor me recomendó acostumbrarme a las jaquecas, que como todo dolor son un signo de vida, y mantenerlas a raya con analgésicos y respiración ventral. "Tenga en cuenta —dijo— que la luz puede ser nociva". Apunto todo esto en una tarjeta. Me la dio. Tardíamente, a manera de coda, confesó que en realidad me convenía administrarme el Verosetimol en supositorios, más eficaces que las cápsulas y menos dañinos para el estómago, aunque desde luego hirientes para las peculiares ideas que algunos hombres de esta época tienen sobre la integridad de su ojete.

A las manos del doctor Frija he confiado mi persona de enfermo, pues, con la intención de huir de ellas cuanto antes dejando la perso-

na en su poder. Me rehúso a que la medicina me concentre en un ser indivisible, quizás justamente porque estoy deshecho. Montones de bobadas me han enlutado la cabeza en estas cinco o seis horas, aun durante la cena con Cler y los chicos. Pensaba en tareas no realizadas y caprichos incumplidos, en deseos insatisfechos y misiones inconclusas. Pensaba en la boca que no volveré a besar, en la caricia que no volveré a recibir, en la película que no volverá a entretenerme, el teléfono cuyo timbre no responderé, en la música soñada por Sereno que no llegaré a escuchar. En eso Fiena le lanzó a su hermano un comentario desdeñoso sobre el folklore deprimente de nuestra isla; Sereno le deseó que se muriera atragantada con los ritmos *catochos* que le endilgan en la bailoteca; Cler les preguntó cómo se atrevían a insultarse cuando todavía son unos ignorantes. Fiena dijo que Sereno es un engrupido. Él la llamó *julinfa* mendiga de la Panconciencia. La batahola me ensimismó todavía más. Cavilé en cómo mantenerme altivo, augusto, viril ante los reveses e impávido ante el final de la vida. Planeé proveer calladamente al futuro de los míos y en dejar constancia de mi extinción hasta el último día, como si ninguno fuera el penúltimo. Y claro, me estaba atolondrando.

La verdad, mi situación no es muy diferente de la de antes de la consulta, ni de la de cualquiera que no tenga una Mota de Samblovit. Mi Locutor Interior atacó su cantinela idiota: la realidad es para todos un sinfín de vínculos de los cuales manejamos un repertorio muy pobre, musitaba; creemos tener bajo control lo que pasará dentro de un minuto, cuando en rigor lo que sobreviene debería sorprendernos, tanto el hallazgo de una pulsera en el bus como el infarto que nos mata mientras cortamos el césped; la decisión de hacer algo nos pertenece, pero el resultado depende del infinito de relaciones que se llama vida. Esta monserga, en la cual supuestamente debo creer, me revolvió las tripas. Dejé el postre y salí a caminar pretextando una jaqueca que no tenía. Pero me arrepentí enseguida y volví declarando que lavaría los platos, y muy bien lavados, aunque no fuera mi turno, porque la otra noche Sereno me recriminó que los dejo grasientos.

Después de cenar, Cler me preguntó qué me había dicho el médico. Le dije que a modo de prueba me prescribió un vasodilatador.

Ahora veo desmoronarse todos los consuelos. Ni siquiera puedo alzar algo con los escombros, y eso que un montón de escombros es

algo que no me habría disgustado ser. Qué pusilánime soy. Sin siquiera desmentirla, toda palabra que escribo neutraliza la anterior. La muerte ha entrado en mí como la carcoma en un mueble vacío y esta porquería de metáfora es una prueba más de que me está dominando. Estoy embargado por la muerte. Lo veo bien en la urgencia de estas palabras. La muerte me empapa. Como una emulsión ácida se apropia de mi ser o como se llame y lo disgrega. La muerte me desmenuza y no sé qué oponerle. Quizá me debería alegrar de que la sombra de una muerte próxima empiece a dispersarme ya, y que eventualmente llegue a vivir años en estado de dispersión constante. Tampoco es un inconveniente que la decisión sobre el tiempo que me queda pertenezca a la susceptible Mota de Samblovit. A fin de cuentas vengo ufanándome de un deseo de ocupar poco espacio. Es ridícula esta flojera. De hecho estoy igual que siempre pero exonerado de cualquier proyecto. Aun así la despedida del proyecto me arranca unos humillantes lagrimones. Y a pesar de todo, intento ser comprensivo con el que lloriquea. El que lloriquea tiene la sensación de que ya no hay tiempo por delante, o de que todo el tiempo que venga será una propina. Le señalo que esa sensación es espuria. No tenemos derechos ni poder sobre el porvenir, ni método para someter lo espontáneo. Cada momento es siempre el último, y el momento siguiente es una resurrección. A qué llorar entonces. Siempre ha sido así para cada uno. De continuo. O tal vez no. Incorregiblemente, uno se proyecta sobre una estimación del futuro, como quien va agregando esbozos en un marco de tamaño razonable, y en ese conjunto está su idea del porvenir. Es una ilusión, pero no un desatino. Solo que ahora el marco ha desaparecido y con él la idea, la personalidad del que proyecta. Soy como esos mancos que sienten dolor en el brazo que les falta. El mundo siempre ofrece una manija cromada, un teclado de piano, un pecho turgente, y lo que duele son las ganas de tocarlos. A mí me duelen las ganas de un futuro que mi cuerpo podría no alcanzar. Y es posible que la falta de futuro inflame burdamente las ganas de alcanzarlo. Evidentemente la noticia que me dio el doctor Frija no me ha cambiado. Lo que se está transformando es el mundo. Aún de noche se ha vuelto más multicolor, más pletórico en su distancia. Reluce el mundo, y llama. Vacila en derramar sobre mí el olor a café, el runrún de los *leboches*, la risa de Cler, su miscelánea de anécdotas callejeras,

las películas de piratas de Isla Onzena. No dudo de que existe aunque no piense en él. Pero no es independiente, tampoco. El mundo no puede alejarse de mí sin llevarme en su trama; como me es imposible a mí despegarme del mundo como un hilo suelto. No hay hilos sueltos. Sólo una distancia existe, y es respecto a la tela entera del mundo, uno mismo incluido. Por eso no debería temer que el mundo se aleje: sin él no soy nada, o quizá sólo un flujo, un punto de tránsito, y los puntos de tránsito no padecen. Soy, como siempre he sido, la semilla que mi padre puso en mi madre. Soy los fideos que comí al mediodía, antes de ver al doctor Frija. Soy lo que Cler piensa de mí y las nuevas de la vida que me ha traído cada noche que pasamos juntos. Soy la lucidez provinciana en que me instruye Obedye, ese hombre que no tiene mi confianza. Soy la confianza y el deudor. Soy la flor y el jardinero. De todo hay en mí un poco. Dejaré una figura imborrable, sólo un contorno, un vaho de aliento en el cristal de la eternidad. Es irrefrenable este viento lírico. El conjunto de esas cosas nunca ha tenido futuro. Por lo tanto no debería protegerlo. No necesito proteger tampoco mi ano. Sin embargo me protegeré. Extenderé el límite unos centímetros cada día. Usaré el supositorio que me recetó Frija para que el verosetimol no me estropee el estómago. Daré un paso más y otro. Lo único que desaparecerá es el trabajo de dar cada paso. Soy el torno que sigue girando después de que el alfarero ha sacado la pieza. Una pieza que no llegará al museo. Lástima no haber sacado provecho más razonable de mis dolores. No haber usado con más libertad el dinero. Con más generosidad. No debo tolerar que el dinero me reproche no haberlo usado alegremente. Y tengo ambiciones, además: me he dado cuenta de que quiero ser un héroe de la sensatez. Pero basta de esto, que el lamento podría desbordar y mi familia preocuparse. Unas caricias para mi pichicho Gul, que se desvive por ratificar cuánto le importo, y a dormir de una vez. Todas las noches el cuerpo tendrá sueño, hasta la última.

Javier Daulte[2]

Diario de trabajo

Domingo 7 de septiembre de 2003, 17 hs.

Estoy en casa, un piso en Carrer de las Corts. Mañana cumple años mi hijo. Está en Buenos Aires, sin duda excitado con la proximidad de su cumpleaños número nueve. Llueve a cántaros en Barcelona. Me he despertado tarde. Desayuné lo más abundantemente que pude como para saltear el almuerzo, más por pereza que por otra cosa. Hablé con Fede por teléfono. Y me he puesto a trabajar, de manera algo aleatoria y desganada, pero poco a poco adentrándome en el por qué y para qué de este *4D Óptico* que estrenaré (estrenaremos) dentro de unas pocas semanas. Tengo escrito un 80% de la pieza. Y eso es bueno. Los ensayos de esta semana también han sido buenos y creo que el resultado será de buena calidad.

Dos temas que me preocupan: qué es esta obra (es decir cómo terminará). No por una cuestión argumental, sino porque si bien me despreocupan los contenidos, una vez que el lenguaje ha sido establecido debo descubrir qué decir, entre la multiplicidad de posibilidades que el material ofrece. El no sentido es garantía de produccion de sentido escénico. ¿Pero cuál es la especulacion al respecto en este momento del trabajo? Debo avanzar.

El otro tema que me preocupa son los actores. Creo que estaran fantásticos, pero veo también que se sienten desorientados y necesito que ellos comprendan con mayor profundidad la obra. Necesito hablar de la obra en todo momento y no se si ellos estan dispuestos a hacerlo. El hecho de que haya venido hasta aquí a ensayar es fuerte. Es fuerte para mí y para el entorno. Anoche Carme me comentaba que sufría de insomnio. Lo primero que pensé fue que se debía a los ensayos, pero ella esgrimió otro argumento. Mas tarde me confeso que sospechaba que el trabajo la mantenía inquieta en todo momento. Era lo que deseaba; ¿pero se trata de la misma inquietud que siento yo? ¿O es una inquietud más narcisista?

Sin duda *4D* es mi proyecto hoy. De esto no tengo dudas. Y no por Barcelona, sino por mi propio proceso, mi propio camino. Cada obra es el ensayo de la siguiente. Me pregunto hacia adónde me dirijo con mi

---

[2] **Javier Daulte** es dramaturgo, guionista y director de teatro. Ha recibido numerosos premios y participado en varios festivales internacionales. Entre sus obras se encuentran *Desde la noche llamo* (1995), *Marta Stutz* (1996), *La escala humana* (2001) y *¿Estás ahí?* (2004). Su obra *4D Optico* se estreno en Barcelona en versión bilingüe catalán-castellano (2003). En 2005 estrenó en Japón *Metamorfosis*, su trabajo en conjunto con La Fura del Baus.

trabajo. Qué frontera estoy buscando si es que busco alguna. La especulación parece narcisista, lo sé. Pero no lo es, puedo asegurarlo. Por momentos creo, como bien metaforizó Héctor Díaz, que *4D* es extraterrestre, se entienda como se entienda esto. Sin duda eso es bueno.

Tal vez no continúe con este diario. Debo trabajar.

Miércoles 17 de septiembre, 23.30 hs.

Estoy contento. Casi feliz. Están por llegar Fede y Agus. Espero que lleguen bien. Los quiero mucho y me hace muy feliz que vengan. Espero no decepcionarlos estando aquí. Trataré de que el trabajo me absorba lo menos posible. Por otro lado está el tema de los ensayos y el espectáculo. La verdad es que lo estoy pasando muy bien. Los ensayos me entusiasman muchísimo y esto de estar trabajando todos los días tiene para mí un rendimiento inédito. Creo que va muy bien con mi manera de trabajar, un poco hiperactiva y ansiosa. El espectáculo está quedando muy bien y los actores están (y estarán) deliciosos. Los adoro. Tengo que pensar un poco más en Carme. Es una actriz divina y creo que su/s personajes están un poquito duros de roer. Siento que en la escritura (esta que hago ahora inclusive) se me impone el acento castizo. Es extraño, no sé cómo será esto leído desde Buenos Aires.

Tengo que escribir la escena final y el epílogo. No falta mucho. Me divierte tenerlo postergado, pero también me da un poquito de angustia. Querría tener las cosas más atadas, seguras, pero no puedo. Es mi manera de trabajar. Creo que la obra (el espectáculo) tendrá mucha personalidad. Y que será bonito de ver. Esperemos que sea así. Hoy me enteré de que el once de octubre viajaré a Mallorca con el fin de seducir a algunos programadores. ¿Lo podré hacer bien? Quiero mucho a todo el mundo. Me gustaría por momentos contar más con la compañía de la compañía (valga la redundancia). Me falta esto de ir a cenar y quedarse charlando en un bar o en casa de alguno. Me gusta mucho también mi relación con Toni. Se está convirtiendo en alguien muy importante para mí. La veo excelente a Sandra y un poquito me preocupa Nora (por su situación de vida, no por ninguna cuestión artística; creo que en lo artístico todos están creciendo notablemente). Mañana ceno con ella y espero que podamos hablar y que le sirva de algo. Vuelvo a decirlo. Los quiero mucho a todos. Hoy me siento especialmente optimista. Espero que dure. Voy a comer.

Miércoles 24 de septiembre, 23.30.

Volvimos de comer con Fede y Agus del restaurante chino de aquí a la vuelta. Hoy es "La Mercé", la santa de Barcelona, un día festivo para los catalanes. *Ergo*: no se trabaja. Estuvimos haciendo fotos en el Hospital del Mar, donde trabaja Nies y creo que las fotos estan bien. Mansión Urkel de vestuario, locaciones laboratorios Roosenvart. Nos la hemos pasado bien pero todos terminamos molidos. Fueron cinco horas y pico de trabajo. Marian (la chica que nos está dando una mano con el criterio del vestuario, un amor) y José (el que nos ha hecho las fotos) dos personas que no quiero dejar de mencionar. Siento urgencia y ansiedad por tener escrita la escena ocho. Me siento un inútil, carente por completo de talento para hacerlo. El elenco está al borde (al borde de asesinarme, creo). Yo estoy algo desestabilizado por el hecho de que Fede y Agus estén aquí, cosa que adoro, pero la manera de trabajar se me ha modificado un poco. Mañana quiero tener un ensayo *a mil*. Quiere decir esto que quiero pasar de una cosa a la otra y que todo vaya de puta madre e ir resolviendo miles y miles de cosas. No sé si podré. Me pregunto por momentos cómo se sienten los chicos. Los dejo bastante solos con su trabajo. Creo que están contentos y también muy desorientados y angustiados. Creo que creen en el trabajo y que lo disfrutan, pero los ensayos son muy exigentes y dejan poco margen para que se engolosinen con sus actuaciones y su actitud demandante. Por momentos quisiera que Jordi fuese un poco menos resolutivo y me dejara hacer un poco más a mi. Después se queja de que está perdido y no deja de ir resolviendo cosas. Una por una. Lo adoro también por eso. Creo que se esta formando un equipo de trabajo muy bueno, me enorgullece. Tambien es cierto que por momentos me siento más que perdido y desorientado (creo que todos lo estamos en nuestra medida). Mañana tengo que sacarme de encima unas cuantas cosas. Delirios de los chicos de *Gore* (llamar al presunto productor de una película). Llamar a mis primos. A Jorge Ventura, a Marc Martínez y a Raúl para que vengan al ensayo del viernes.

Bueno, esto es todo por hoy; me pondre a anotar algunas cosas para el ensayo de mañana.

Martes 7 de octubre, 1.30 de la madrugada.

Vengo de ver con Nuria, José, Sandra, Nora y Quim *La pelota vasca*, la película de Medem. No me gustó. Me llama la atención cier-

to regocijo europeo por la falta de solución a los conflictos. Mirá quien habla, un argentino.

Los ensayos van bien. Creo que muy bien. Pasamos por una crisis importante, que me hizo perder bastante confianza. Llegué a creer de verdad que las cosas se iban a detener en un punto sin retorno. Y que la obra sufriría mucho por donde se la mirara. Hicimos una pasada hace dos viernes, donde estuvieron Marc, Carla y Carlota Subirós. Fue un verdadero desastre. Sobre todo la primera parte. Después, en la segunda, las cosas mejoraron notablemente. La semana que siguió fue una pesadilla y la pasé muy mal. Volvimos a hacer un pase creo que el miércoles (de la primera parte, tan en crisis) y la cosa fue aún peor. Me puse muy mal e hice un planteo muy radical. Llegué a decirle a David que allí estaba la puerta. Que no necesitaba de la neurosis del grupo, un montón de cosas. Estuve dos días muy tenso y contracturado; para colmo, la semana pasada empecé a dar cursos cada mañana y además era la última semana que estaban acá Fede y Agus. Fue muy estresante y mi rendimiento también fue pobre. También estaba tenso por el hecho de no tener terminada la obra. El viernes se fueron Fede y Agus y después en el ensayo volvimos a pasar la primera parte, que salió muy bien. El sábado hicimos pasada de todo lo que tenemos (primera y segunda parte, hasta la entrada de Gina) en la que estuvieron David (el hermano de Nora) y Fri y quedaron muy impresionados. Yo también me quedé muy contento. Después de ese domingo, día en el que estuve trabajando sin descanso sobre lo que me queda de obra. A la noche nos fuimos con Sandra a ver *Shopping and Ficking*, dirigida por Ostermayer. Me encantó y quedé súper estimulado. De regreso seguí escribiendo y pude dar un primer final al epílogo. Hoy a la mañana (lunes) di clase de actuación. Excelente clase. Me sentí aún más estimulado. A las apuradas volví a casa y retomé el trabajo con la obra y... ¡la terminé! Fui al ensayo. Hice fotocopias. Leímos. Nos reímos mucho. Creo que la primera impresión que tuve fue que el grupo se decepcionó con el final de la obra (es muy tonto. A mí me gusta mucho, aunque tiene reminiscencias del epílogo de *La Escala Humana*: es también trillado y tiene un personaje, el Sordo, equivalente a Nene de la *Escala* y Max y Mónica salen de viaje, lo mismo que Pupú en la *Escala*.) Supongo que no los conozco todavía y que han quedado desconcertados. Yo creo que en líneas generales está bien el

lugar por donde la obra transita su último tramo. Creo que las líneas se completan y eso es lo que más me importa. Creo que el montaje será lo que defina el final musical-dramático de la pieza. Lo que importa es lo que pasa entre esos dos mundos (el del laboratorio y el de la mansión) y creo que a eso ya lo he logrado. Los pocos cabos sueltos que quedan se unen en ese peculiar epílogo. Mañana nos pondremos a trabajar sobre lo nuevo. Espero avanzar lo más que pueda. Tengo necesidad y también mucho temor de ver aunque más no sea en borrador la totalidad de la pieza. Allí veré de qué se trata todo esto. No sé qué obra, qué espectáculo resultará de lo que estamos haciendo. Yo estoy involucrado a más no poder. Me apena un poco tener que dejar el espectáculo apenas terminado, ya que me vuelvo a Buenos Aires. También me apena que sólo esté un mes y que muy probablemente después de algunos bolos que se hagan para recuperar el dinero, no se hagan más funciones y que el espectáculo termine y quede sólo en eso. Además, hoy mientras hacía las fotocopias, Toni me comentó que Ollé ha propuesto a Quim hacer *Seis Personajes*... y eso lo mantendría ocupado entre enero y febrero. Eso me tuvo de pésimo humor casi todo el ensayo. Creo que en definitiva a nadie le importa nada aquí y a quienes les importa (como a Nies, Sandra, Nora, bueno, creo que a todos, menos a Quim) les importa en términos más bien melancólicos y eso mucho no ayuda, sino que deprime.

Veremos cómo sigue esta historia. Yo también debería *ponerme las pilas* y no permitir que esto suceda. Este es el punto a ocuparme de ahora en más. Bueno, eso es todo. Voy a jugar un poco al Pinball.

Martes 7 de octubre, 22.20 hs.

Nervioso. El ensayo de hoy fue lamentable. Por supuesto que me achaco toda la culpa. Lo cierto es que una hora y media antes de terminar el ensayo lo levanté porque no podía avanzar. Las escenas (que son las finales y eso me pone muy nervioso, no sé si funcionarán o no) resultaban muy cuesta arriba y para colmo los actores no se habían aprendido la letra. No habían estudiado más de diez líneas, y bastante mal. Son muy perezosos. Me desespera tener que enfurecerme. Pero me puse de pésimo humor. Supongo que estos ensayos serán duros, hasta descubrir la naturaleza final de la obra. La simultaneidad de los mundos (Urkel/laboratorio) necesita de un desarrollo paralelo. Es

claro (y lo dije días pasados en los ensayos) que ahora iba a venir una etapa de trabajo muy duro. Creo que se han relajado. Todos (o sólo algunos, pero el efecto los engloba) se han relajado un poco. No hay posibilidad de descansar. No puede ser que haya un ensayo productivo por semana. Por lo menos tiene que haber tres ensayos semanales buenos. Estoy un tanto asustado, esa es la verdad. Espero que el espectáculo no se caiga al final. Tengo que tener la mayor lucidez posible. No abusemos de la confianza creada y obtenida. Voy a ver un poco de tele y a dormir. Me lo merezco y lo necesito.

Viernes 9 de octubre, 2 de la madrugada.

Estoy en casa. La tele prendida. Mañana tengo un largo día. Estoy feliz. Tuvimos un ensayo fantástico. Sobre todo porque probamos el material hasta el final (falta probar el epílogo, pero creo que irá muy bien). Bueno, mañana voy a la sala Planeta de Girona. Supongo que allí tendré la inauguración de la próxima etapa del trabajo. Siento la angustia de lo próximo, que es la concreción, donde todo puede volver a fracasar. Una vez más. El insomnio, la desesperación, la inseguridad a más no poder. Pero vamos bien. Vamos bien. Los amo a todos. Creo que hoy fueron un poco felices (un poco es bastante). Bueno, hay que seguir trabajando. Me excita. Me gusta. Me asusta. Qué raro es todo. Bueno, a dormir. Mañana viajo con Juli a Girona. Estoy un poco borracho.

Lunes 20 de octubre, 1.10 hs.

Domingo a la noche. Día de descanso. Estuve todo el día en casa. Debo estar mayor. Pasé el día sin hacer nada. Recién ahora decido ponerme a escribir un poco este diario tan esporádico de trabajo. No es demasiado sistemático, no creo tampoco que revista mayor interés. Son apenas cinco páginas de generalidades. Barcelona se siente como casa. Cada vez más. No sé cómo me iré a sentir cuando vuelva. ¿Tendré todavía amigos? Es raro. Trabajo demasiado. El sábado que viene voy a Madrid. No sé a quiénes veré por allá.

Ayer hicimos una pasada completa de la obra. Vinieron unas treinta personas. Fue todo un éxito. Unos cuantos salieron convencidos de que soy un genio. Por supuesto que el evento me alivió y me alegró, pero también es cierto que me da un poco de miedo por lo que viene. Espero que este pase no se convierta en lo mejor que hayamos podi-

do conquistar con *4D Óptico*. Por lo pronto están todos bastante contentos. Los actores, Toni, Juli, Adri, etc. Y eso me hace bien. Esta semana que empieza, no sé muy bien qué es lo que tengo que ensayar. Creo que mañana me voy a dedicar a retocar algunas cosas del final (la muerte de Andy, ese indecidible momento para los actores: todavía lo estamos haciendo muy en general). También voy a trabajar sobre la primera parte, cuando empieza a pleno la Mansión Urkel en la escena seis. Faltan completar también algunos detalles de música, escenografía y vestuario, de los que no sé cuándo seré capaz de ocuparme. No me siento inseguro hoy por hoy. Estamos a punto de ingresar en la recta final. Pronto volveré a casa. ¿Con qué resultados? ¿Con qué sensación subiré al avión? Son muchas las dudas que tengo. Las dudas, cuando salen del perímetro de lo inmediato se trasladan a terrenos más amplios, los proyectos, la vida en general. De hecho, hoy estuve pensando mucho en lo que haré en Buenos Aires, el proyecto que encararé después de *¿Estás ahí?* El elenco es grande. Tengo que conseguir producción. También tendré que ocuparme del proyecto Biodramas. No sé qué haré. Lo que se viene es bastante incierto. Y también las vacaciones. Tengo ganas de alquilar una vez más una casa en la costa. Pasar año nuevo ahí. No sé si será posible. También pienso en mi casa. No sé cómo estará. Espero encontrarla divina. Lo que me queda pendiente es la habitación de Agus. Cuando vuelva lo encaro. Siempre estoy ansioso. Siempre siento que hay algo por hacer. Siempre siento que estoy en falta. No me gusta esa sensación. Me gusta la sensación de la tarea cumplida y completa. Pero pareciera que siempre tengo que dejar algo pendiente. Es como que necesito sentirme en falta. Tengo que tratar de sentirme más satisfecho conmigo mismo. Lo intentaré. No puede ser tan difícil.

Martes 21 de octubre, 2 de la madrugada.

Estoy furioso. Este país me tiene harto. Me hartan las envidias, las pequeñeces y la mezquindad de la gente pequeña. Creo que hay gente genial y que no se merece lo que digo y esto que me pasa, también me pasa en mi país; no quiero discriminar y señalar con el dedo a los españoles, que me han dado mucho: mucha confianza, mucha amistad y muchas oportunidades. Pero entre el imbécil de Jordi Tort en la sala, que me decía, como un idiota que es, sin la menor secuela de sensua-

lidad en el cuerpo, si podía reconsiderar el hecho de hacer la pared en el frente opuesto a la cabina, "para que haya más aforo", como si alguna vez llenasen la sala... Y después del ensayo, el idiota de Quim haciendo planteos y yéndose ofendido porque quiere que la culpa de todos sus males sea de los demás. Qué penoso, qué gente de poca altura. Estoy muy furioso, y si por mí fuera, mañana mismo le diría que se fuera. Por suerte mañana a la mañana tengo la clase de dramaturgia y después la reunión con Charles, el músico, y no voy a tener tiempo, sino lo hubiese llamado y le hubiese dicho lo que pensaba y que se arregle. Estoy harto de tener que comprender a los demás. A mí nadie me entiende. Nadie. Todos deben creer que estoy satisfecho con lo que hago y con mis perspectivas. Quizá hoy tenga algunos rasgos de omnipotencia que me hacen creer que soy un poco mejor que Quim, pero si no soy mejor, por lo menos no soy tan histérico y no pido a los demás que me entiendan y esas cosas. Cada cual tiene bastante consigo mismo como para andar cargándolo además con lo de uno. Y Quim no lo entiende. Es un inmaduro. Me voy a dormir.

Domingo 2 de noviembre, 20 hs.

Estoy en casa. Mamá llegó esta mañana. Está delante de mí leyendo *4D Óptico* como para poder entender algo cuando la vea. Está de buen humor. Me alegra verla contenta. Hoy, mientras veníamos desde el aeropuerto, me contó que se había peleado con Gaby (pelea que yo ya conocía por la misma Gaby) y que también la llamó Tucky Ronco, a quien le preguntó por Pablo. Allí se enteró que había muerto hace nueve años. Charlamos del asunto. Le dije que en ese momento yo no había sido capaz de contárselo. Y es cierto. La veo bien. Eso sí, se cansa mucho. Espero que aguante los trotes a los que tal vez la tenga que someter. Igualmente la vieja no es exigente y es buena persona (como siempre decimos con Gaby). Ahora salimos a cenar tempranito al chino de acá a la vuelta. Tengo ganas de volver, de ver cómo está mi casa. Aunque también me da un poquito de miedo volver. Tengo la sensación de estar acá desde hace mucho tiempo; y además estoy más que cómodo. Sé que en Buenos Aires las cosas no son tan fáciles, aunque hay algo mío allá y que me gusta y que lo quiero.

Mañana a la mañana vamos a grabar *Harta de ti*, con Sandra. Vamos a ver qué tal. Creo que hay mucho entusiasmo con la obra. Y además

me parece que se ha generado bastante expectativa. La verdad es que todo me aterra. Mañana y pasado mañana voy a tener un trabajo de locos. Mañana, a eso de las seis y media, estaba programada una pasada, pero creo que la vamos a retrasar para las siete y media porque tengo que terminar el primer borrador de las luces. Hoy estuve haciendo un esquema en mi cuaderno y es una barbaridad. Espero poder resolverlas rápido porque no tengo demasiada paciencia para eso. El martes tempranísimo voy a lo de Raúl para terminar con el tema de los efectos de sonido. Ese chico trabaja muy bien. Bah, creo que todo el mundo trabaja muy bien aquí y me sorprende el entusiasmo que sienten por *4D Óptico*. ¿Estará bien? ¿Se entenderá? ¿Gustará? Tengo tantas ganas de que a la gente le guste tanto como a mí que empiezo a creer que mis expectativas difícilmente podrán colmarse y que voy a sentir una fortísima frustración. Quiero a esta hermosa gente con la que estoy trabajando. Me gustaría que fuesen un poquito más cariñosos, pero eso es como pedirle peras al olmo. Igual los quiero. Mis más argentinas (Sandra, Nora, Nies) son eso, un poquito más argentinas. También Nuria creo, adoro a la Vasca. Carme y Jordi son catalanes hasta los tuétanos. Lo mismo que David y Quim. Al Toni también lo quiero muchísimo. Y a todo el equipo. Me va a doler mucho tener que irme y dejar *4D* acá. Pero va a estar bien. Si arranca bien, va a estar bien. Me alegra que la fecha de estreno sea el 9 en Girona (dicen que hay un eclipse de luna ese día y que eso anuncia grandes cosas) y que el 13 sea en Barcelona (es mi fecha cabala). Además, el *I Ching* me dio certeramente la dimensión que tiene esto para nosotros. Creo que los chicos están contentos. También deben estar muy nerviosos. Es que tienen que estar geniales. Tienen que estarlo. Supongo que lo harán más que bien. Qué nervios. Qué nervios.

Bueno, nos vamos a comer con la madre.

Martes 11 de noviembre, mediodía.

Madre fue a hacer unas compras para almorzar juntos. Estrenamos el domingo pasado (anteayer) en Girona y fue un exitazo. Debo decirlo así. A Sunyer le fascinó el espectáculo y todo el mundo estaba encantadísimo. Ahora me parece un sueño. Empiezo a estar muy nervioso con el estreno del jueves. Hoy tenemos un ensayo que espero que funcione bien, en todos los aspectos posibles (el artístico, el téc-

nico, los temas de los cambios de los actores detrás de escena). Mañana miércoles a las 21.30 tenemos una función previa con la sala llena. De sólo pensarlo me pongo muy nervioso, me empiezan a transpirar las manos. En pocos días más vuelvo a casa. Espero tener un buen regreso. Estoy muy bien, pero también me siento muy raro. Con todo. Con el hecho de estrenar, con el hecho de volver. Pensando en cuándo estaré por aquí nuevamente. Tuve ayer un almuerzo de trabajo con Magda, Raimond y otra gente del Institut. Planes para el 2005. Qué miedo. Y está también lo de Sitges el año próximo. Tengo ganas de estar bien, feliz y de irme de vacaciones. Tengo poco que decir. Todo me da un poco de miedo hoy. También es cierto que estoy muy contento. Bueno, la suerte está echada, se dice. Creo que es así. Los chicos deben crecer más y más. El espectáculo está muy bien. Me alegro por eso. Veremos si más adelante puedo hacer algo mejor que este *4D* que quiero tanto y que significa mucho para mí pero todavía no sé muy bien qué.

Es raro, nunca había llevado un diario. Está bueno. Es un momento de extraña reflexión. No es honda la reflexión. Es reflexión y punto. No creo que haya reflexiones hondas. Sólo la posibilidad de poner en palabras algo de lo que ocurre. Lo que ocurre, el suceso, es misterioso por naturaleza, y hasta que uno no intenta ponerlo en palabras no se da cuenta de que no tiene ninguna relación con esto que se llama lenguaje. Hay algo que es y que no se deja atrapar, no se puede capturar. La palabra es un artilugio defectuoso, pero es algo. El teatro es otro algo. ¿Podremos alguna vez *decir* algo de lo que es todo? La matemática es una excelente herramienta también, pero es tan poco musical... Es prácticamente un universo autista. Y los gritos, que son lo opuesto de la música, son también una representación del autismo. Creo que la música es el arte más perfecto. Quizá sea el único arte posible. Es sonido y matemática. Es todo por hoy. Mamá acaba de regresar.

Domingo 16 de noviembre. Mediodía.

Ya sucedió todo. O casi todo. El estreno del jueves fue muy bueno, pero nos quedó una sensación un poco extraña. No fue como en Girona. Aquí el público estaba mucho más tenso, más nervioso y no pudieron disfrutar de la obra como lo hicimos nosotros. La función del viernes (la segunda) fue un verdadero asco y me alarmé. Ayer estuvi-

mos trabajando en casa de Jordi y Carme. Pensamos mucho y encontramos algunas claves de funcionamiento que creo que se nos habían escapado. La funcion de ayer sábado fue espléndida. Bien de público. Todavía no salió ninguna crítica. ¿Seran buenas? Creo que el espectaculo gusta mucho y por momentos desconcierta. Hoy es la ultima función que veo. Mañana me voy. Hoy se va mama. Me siento bien, pero raro. Muy raro. Ahora vamos a almorzar con madre. Almorzaremos aqui, en casa. Las horas van pasando y pronto estaré en BA. Pronto. Que todo esté bien. Que todo esté bien. Debería consultar el *I Ching*. Todo está un poco teñido de melancolia. Y hoy domingo, cena de despedida, todo sera muy melancólico. También habra terminado una etapa, creo. Me lo dijo Pepe Far el otro día en la fiesta, despues del estreno en la sala Beckett. Algo, un ciclo, se cierra. Y creo que tiene razón. De hecho mis planes futuros aqui son de otra naturaleza. ¿Quién soy? ¿Quién soy yo aqui? ¿Quien soy yo en Buenos Aires? ¿Que síntesis puedo hacer de todas estas preguntas? ¿Que ven los demas en mí? Ponen en una nota previa *El encantador de serpientes*. La nota no es de muy buena leche. Pero creo que en parte tiene razon. Irrita cierto poder de seduccion que sin duda ejerzo sobre los catalanes. Entonces no saben si lo que hago es bueno, original, una moda o simplemente un engaño. Dicen que tengo *fans* y detractores. Dicen, dicen, dicen... Mucho no me importa. Mas bien me divierte. Espero divertirme cada vez mas y generar los motivos para poder hacerlo. Bueno, eso es todo por hoy. No se si continuare con este diario. Ayudare a la vieja a hacer la valija. Y despues a almorzar y despues al teatro. El último día. El último. Extraño, muy extraño...

Martín Rejtman[3]

Intercambio de *emails* con Rosario Bléfari

(...) Mi sistema *ipass roaming* es un éxito. Tengo internet en mi habitación. Eso sí, todavía no salí de aquí adentro, ya van casi dos días, y tampoco pienso moverme en el futuro. En el avión, una chica tenía la revista *Elle* y pude ver tu nota. Aparecés despeinada, tapándote media cara con un *pullover*.

Mi tarea como jurado empezó ayer, vi *Rito terminal*, no me pidas que opine porque ya sabés, no se me permite. El hotel es agradable, tengo un *jacuzzi* gigante en la habitación que todavía no usé (tengo miedo de que se me moje la *ibook*, voy a llamar a Apple para ver si es sumergible). El cuarto es enorme, hay jardines en el hotel, anoche tuve una cena en la que comí algunas exquisiteces, sopa de chiles poblanos y *mousse* de guayaba. Ahora a la tarde me tocan dos películas, maldita distracción. En fin, el viaje fue largo pero no me quejo, un señor de Munich tardó veinticuatro horas en llegar, yo apenas quince.

Bueno, Rosario, esto es todo por ahora. Guadalajara es un poco como los Estados Unidos, pero más suave. Ojalá algún día la música, el arte o la vida te traigan por estos lados.

Martín

***

(...) Hoy fui a las galerías Pacífico a ver a Alejandra y cuando llegué había muchos cuadros de Alejandra desparramados, incluso uno, en proceso de pintura, estaba en la sala del medio con una mesa con colores y pinceles. Su taller estaba cerrado con candado y se veía la luz prendida. Todo hacía suponer que estaba por volver en cualquier momento. Esperé y esperé hasta que un chico me dijo que esas señales no significaban que Alejandra volvería seguro. Entonces me fui. Viajé una hora en el 140 por la Avenida Córdoba. Al llegar, hablamos con Fabio, Diego y Gonzalo del tema de Virus que vamos a grabar en el compilado, ¿cuál será?, también se habló del tema "Americana", que cantó Miguel Abuelo, y conté mi idea de hacer

[3] **Martín Rejtman** (Buenos Aires, 1961) estudió cine en la New York University (EE.UU.). Filmó tres largometrajes: *Rapado* (1992), *Silvia Prieto* (1999) y *Los guantes mágicos* (2003). Publicó *Rapado* (1992), *Treinta y cuatro historias* (incluido en *Un libro sobre Guillermo Kuitca*, 1993), *Velcro y yo* (1996) y el guión de su película *Silvia Prieto* (1999). En el año 2000 recibió la Beca del International Writing Program de la University of Iowa (EE.UU.) y en 2002 la Beca Antorchas (Argentina).

una versión. También se habló de lo nocivo del fútbol, la excesiva atención que se le presta y cómo estupidiza a más de uno, frenando cualquier otra manifestación, y de la fuga y el intento de fuga de cerebros que se observa en muchas filas. México, Los Angeles, Chile y España. También hablamos de la importancia de la presentación que haremos el día 20 y la relativa importancia de las demás fechas en relación con esta. Hablamos de Nora y de Analía, nuestras nuevas socias y después de ponernos de acuerdo sobre estrategias y diplomacias varias, subimos a tocar. Improvisamos un buen rato sobre una figura muy intensa en la cadencia rítmica y una línea melódica con una forma de onda larga en una tonalidad mayor (...)

***

(...) Yo, sin embargo, me levanté a eso de las diez en el DF y extrañé Guadalajara. Después fuimos a desayunar con Carlos Bolado a La Condesa, que es un barrio del que todos aquí dicen que es como Palermo Viejo. Es cierto. Carlos saludó por lo menos a seis personas y me señaló ventanas y edificios en los que vivían otras tantas. El desayuno, en México, es una comida sustanciosa. Chilaquiles, frijoles, crepas de flor de calabaza, huevos *pocheados* a la mejicana, taquitos, tortillas, sopes, botanas, todo esto forma parte de la primera comida del día. "Almorzar", sin embargo, es algo más que un *snack*, pero no un almuerzo. Se come entre las tres y las cinco de la tarde, como en España. Nosotros, sin embargo, fuimos prudentes y tomamos *capuccinos*, jugos de zanahoria y naranja, y *croissants* vegetarianos. De ahí en coche para Polanco, el barrio de los ricos. Hablamos un poco de que al cine de arte lo controlan los que todavía creen en el humanismo en el arte y cuanto nos desagradaba eso. Creo que ambos creímos que nos entendíamos, pero en realidad tengo dudas de que el entendimiento fuera tan cierto. Carlos tenía una entrevista de trabajo. Yo caminé cerro abajo y me tomé un *pesero* que bordeó el bosque en el que está el Museo Antropológico. Me bajé en Reforma e Insurgentes y quise tomar otro colectivo, pero venían muy llenos, así que me tomé un taxi. Son los escarabajos, verdes y blancos. Los llaman ecológicos, pero no andan a gas. Le dije al taxista que tomara rumbo a Coyoacán. Quería comprar el libro de Octavio Paz *La soledad y su laberinto* y me mandaron ¡a la librería Gandhi! Es enor-

me, un edificio muy moderno, de piedra clara y metal. El logo es el mismo que el de Buenos Aires. Resulta que son los mismos dueños. Sin embargo el libro no lo encontré y no me pareció una librería completa. Me tomé otro pesero y le pedí al chofer que me avisara cuando estuviéramos cerca del Mercado de Coyoacán. Por supuesto, se olvidó. Pero yo me di cuenta de que se estaba olvidando justo en la parada. Caminé varias cuadras. Me comí un taco de setas y mole verde y seguí viaje. En una esquina había un local de comida yucateca. Pedí una sopa de lima, un taco de cazón y un agua fresca de guayaba. Después le agregué al pedido otra cosa que resultó ser igual que el taco, de cazón, pero con una tortilla dorada y untada con frijoles. Recorrí un poco más esas calles de Coyoacán y finalmente llegué al Zócalo. Coyoacán, me dicen, es como nuestro Palermo Viejo. Volví a la casa. Me pasó a buscar Carlos Bolado. Bajé con la copia de *Silvia Prieto* para la proyección en el C.C.C. Había muy poca gente porque mañana es feriado. Los alumnos tuvieron franco. Eran unas siete personas, en realidad los directivos del C.C.C. y una chica que ya había visto la película en Guadalajara y volvió a verla esta tarde. Con Carlos Bolado recorrimos el CNA y los estudios Churubusco mientras proyectaban la película. Al abrir la puerta de una sala de edición, Carlos se encontró cara a cara con su ex novia y el nuevo novio de ella. Fue una sorpresa que nos dejó a todos boquiabiertos. La ex novia de Carlos editaba un corto de tres minutos en el que un hombre embarazado da a luz un bebé un poco raro. Salimos de ahí y me encontré con Eduardo, el que mezcló *Silvia Prieto* en Buenos Aires. Él es parte de la fuga de cerebros de la que hablaban ustedes a la tarde. Eduardo me llevó a recorrer los foros en los que se filman películas y telenovelas. La sala THX estaba cerrada. Volvimos al C.C.C. Suponíamos que la proyección ya había terminado, pero nos dijeron que hubo un corte de luz de quince minutos y todo se retrasó. Salimos de ahí y en otro edificio encontramos una máquina de bebidas. Compré una Pepsi y Carlos se tomó un Punch, bebida mexicana sin gas a base de uvas. De vuelta en el C.C.C. encontré a Leonardo García Tsao, a quien con Hernán solemos llamar "el mejichino". Es un crítico de cine mejicano de origen chino al que le encanta la película. De hecho fue quien nos invitó y quien me llamó para que fuera jurado. Terminó la película. A todos les gustó. Volvimos a la casa. Carlos Bolado salió. Yo acabo de volver de comer solo en Italianni's, el único lugar abierto a esta hora —además de

un Vips— en esta zona de la ciudad que se llama Colonia del Valle y que no se parece en nada a Palermo Viejo.

PS: El sábado a la noche yo no me sentía bien, debe ser la altura, un resfrío y el cansancio, y Carlos fue a una fiesta en un antro que se llama Lulú. Al día siguiente, domingo, me dijo que en Lulú encontró a Julieta Venegas. Me estoy dando cuenta de que la comida de Italianni's me cayó mal, *tortellinis* y un pedazo de *tiramisú*. Ya a la tarde me dolió mucho la panza, qué imprudente. La historia del festival es que premiamos a una película y después resultó que el director era íntimo amigo de Bolado y de mi primo Marcovich. De esto me enteré cuando los vi a los dos Carlos, una vez decidido el premio. Son como un grupo, todos amigos. Fue un festival raro. Del hotel ya te hablé. El jurado parecía uno de esos chistes de "se encuentran un alemán, un brasilero, una mejicana, un español, y un argentino...", aunque en realidad el español también era argentino. Fue difícil. El español-argentino resultó que no podía parar de hablar. El alemán, no podía parar de fumar. Y siempre me tocaba sentarme al lado de él, más precisamente a su izquierda. En las comidas fumaba entre plato y plato, y la comida mejicana esta hecha de antojitos, platitos, tostadas, botanas. Así que eran muchos los cigarrillos. La última noche no aguante más y decidí ir a comer solo. Fui a La Destilería, un lugar al que ya habíamos ido. Para mi sorpresa, vi que en la mesa de al lado estaban el alemán, el brasilero, el español y dos mejicanos. Un *shock*. Por supuesto que me toco sentarme con ellos, a la izquierda del alemán, que me intoxicó toda la noche con sus humos. El brasilero era muy simpático y parece que la mejicana, Diana Bracho, es una super estrella. Es una mujer muy agradable, aquí dicen que es una dama. Vive en Coyoacán, que es un poco como Palermo Viejo. Con Diana Bracho me llevé muy bien. No puede caminar ni dos pasos sin que le pidan autografos o fotografiarse junto con ella. Mañana es mi último día. Voy a ir a museos: Frida Khalo, Diego Rivera, tal vez la casa de Trotsky, no lo se todavía. Sin embargo, me pierdo las pirámides. Al ser el día de la primavera se juntan todos los grupos *new age* y arman un *show* mediático impresionante, dicen. Las pirámides ya no se ven, quedan cubiertas por un mantel de *new agers*.

***

Mi mensaje anterior seguía. Lo acabo de leer después del tuyo. Siempre vienen así tus mensajes, con el anterior a continuación. ¿Sos conciente de eso? ¿Sabés que se puede elegir ponerlo o no? Después de leer de nuevo mi mensaje, inevitable cuando alguien te lo manda incluido, veo que le falta un pedazo, el final, y me pregunto si te habrá llegado así o si al pegarse automáticamente al tuyo tienen un límite y se corta. En fin, decía: "...salpicada por algunos semitonos inesperados. Después tocamos el disco en el orden editado". Alejandra sigue sin dar señales de que va a volver a cerrar los tarros de pintura. Hay un teléfono público y se los puede llamar ahí, a los de la beca. Ella misma me dio el número, pero hoy llamé y nadie atendía. Ella me llamó a la mañana a lo de Hugo, pero yo no estaba. Hoy llegué más tarde porque tuve que buscar unos libros en el piso de acá abajo donde está la biblioteca y una familia danesa (madre, padre y dos niñas), viviendo en esa casa por tres meses, mientras investigan algo. Mientras yo buscaba, sabiendo que no encontraría nada, el padre, Steen, y las dos nenas jugaban a las cartas con unos naipes con dibujos como de Lewis Carroll. Hablaban en danés, único idioma que hablan las nenas. No encontré nada y me fui. Cuando llegué a Callao encontré a Hugo, que se suponía que se había ido a Río Cuarto, pero no, y se negó a hacer comentario alguno. Un vuelo suspendido, supongo. Se fue después del mediodía. La tarea era tratar de conseguir dinero. "Tocamos fondo —me dijo—. Es la primera vez que no llego a pagar el total de la tarjeta". "Entonces queda descartado un adelanto de veinte para mí", pregunté. "Ni hablar", me dijo. Había quedado que mandaba al menos veinte esta semana a La Pampa y además tengo que ir a pagar la reparación de la bici. Estaba el plan de ir al teatro a ver a Urdapilleta haciendo de Hitler y pensé que si Hugo me podía adelantar algo más, sacaba las entradas. Todo el mundo está como loco con lo de Morrissey, me parece. Demás está decir que me encantaría ir. Tal vez ocurre algún milagro. Bueno, este fin de semana tocamos en La Plata, pero como se cobra por la municipalidad, hubo que hacer contratos, tuve que dar una factura y van a tardar quince días en pagarme. A las dos y media me encontré con Marcelo en la estación de servicio de Paraguay y Pizzurno. Cuando quisimos acordar eran las cinco y él volvió al trabajo y yo me fui a tomar el

140 para ir a ensayar, pero me acordé de que esa línea es un desastre y me fui a tomar el subte, que estaba lleno y es muy caluroso, pero llegué más rápido. Gonzalo y Diego habían comprado facturas y calentaban agua en una pava. Diego se comía un sándwich de lomo y tomate. Habló de su romance con dos Ondas Martenot, A. y J. Parece que ahora está definitivamente con J. Le gusta más porque nunca llega a conocerla del todo y eso lo mantiene advertido de no confiar plenamente. Porque dice que con Paula confiaba tan a pleno en que la conocía y que sabía de qué se trataba todo y sin embargo se sorprendió tanto, que ahora le gusta que J. sea tan enigmática. Algo así explicó. Justo llegó Fabio y casi se come todas las facturas. Se puso en evidencia que yo había mordisqueado varias sin terminarlas. Es que son muy grandes. Diego dijo que esas medialunas parecían un pan dulce familiar. Gonzalo puso "Sólo quiero sacudirte", copié la letra, él sacó los acordes y después de escucharlo varias veces (en vinilo, porque tenía el disco en esa edición original), subimos a tocarlo. Fue toda una experiencia cantar ese tema. Es definitivamente el elegido. Nos queda muy bien.
Ahora son las 00.13, me duele mucho la espalda. Acabo de mirar la mesa que nos diste una vez, de Malabia, la cual reacondicioné, harta de comer en la mesa chiquita ¿te acordás? Una vez, enojada y furiosa por el caso Alfredo y la grabación, la arrojé contra el piso y quedó destartalada. La de madera quedó en el balcón y la lluvia, el sol y el tiempo la fueron desvencijando, pero el domingo le hice un tratamiento intensivo de clavos y martillo, pegamento, pintura y cinta adhesiva transparente. Susana tiene un tarro de algo que es como poliuretano líquido, como telgopor en aerosol, algo muy, muy raro y eso sirvió para cohesionar las partes. Está bastante bien. Me voy a dormir porque me duele cada vez mas la espalda. Siempre hago yoga y ahora mis padres también.
Le mandé a Julieta V. la parte de tu mail donde la nombrás.
R.

***

(...) Sí, soy consciente de eso, y también de que este mensaje lo enviaré desde la Argentina a pesar de que lo escribo en México. Vengo

de cenar con Carlos Bolado y las dos actrices de *Como agua para chocolate*, además del novio catalán y psicobolche de una de ellas. Y hoy, ¡todo lo que hice!:

- Recibimiento de la Primavera;
- Casa de Trotsky;
- Desayuno en Coyoacán y visita a un Museo de esa colonia;
- Vista exterior de la casa de Buñuel;
- Visita a Xochimilco —que es como el Tigre pero dentro del DF—;
- Subida a una pirámide en el DF: Cuicuilco, con *new agers* extendiendo las manos al sol para recibir su energía;
- Visita al centro universitario con su parque de esculturas;
- Intento de visita al museo Frida Kahlo (estaba cerrado);
- Cena en El Principio (queda en La Condesa, que es como nuestro Palermo Viejo), con las artistas ya nombradas.

Una de las actrices mejicanas acaba de terminar una película en la que hace de actriz que se graba en video y que corre a todo el mundo desesperada para que le den trabajo. La presidenta del festival es Diana Bracho —¡la mejicana del jurado de la muestra!— y toda la película está vista a través de los ojos de Carola Reyna. Parece que Carola Reyna estaba desesperada: después de dos semanas de rodaje se miraba al espejo y decía que había envejecido diez años. Yo les dije que eso era algo muy argentino. Y ahora, a hacer la valija y mañana a las nueve embarco hacia Buenos Aires para llegar a la medianoche. Por lo tanto continúo este mensaje en el avión.

(Ya en el avión.) Vi dos películas, *El mundo no basta* (James Bond) y *Música del Corazón* (Meryl Streep). Otra vez se olvidaron de darme la comida vegetariana y me quejé. Me trataron como a un tontito:

—Esto es sólo un *snack*, el plato caliente viene más tarde, lo sieeento, tendría que haberla pedido con 48 horas de anticipación.

—¡Pero si lo hice! Tres veces lo hice: en Buenos Aires, en Ezeiza y de nuevo ayer por teléfono y me lo confirmaron.

—Lo sieeento. Teníamos sólo dos pedidos y ninguno es el suyo. El plato caliente tendrá que ser las verduritas que consigamos de los otros platos, no se preocupe que algo le daremos.

—Pero yo... Déjeme hablar con el capitán...

—No, el capitán no puede salir, le haré hablar con el supervisor.

—Yo soy el 12 D —digo al supervisor, un hombre de bigotes, que viene con una lista y reta a las sobrecargos.

—¡La *vegetarian meal* era para el 12 D!

—¡Ay, se la dimos al 8 A! (¡que resulta que era una chica rosarina que también había ido a la muestra de cine y que yo conocía! ¡Y que creía que vegetariano era una opción! Ahora tiene una culpa tremenda...). Así que pronto viene el plato caliente, que sí será vegetariano. Qué bien, qué bien, qué bien. (Dos filas más adelante hay un señor que aprieta el botón de llamada a la sobrecargo constantemente y le pide vino, vino y vino. Lo sorprendí por lo menos en tres vasos, y después me lo crucé y me habló. Tenía aliento a alcohol.)

Continúo con el día anterior. Después de dejar de escribir, hice mi valija (puse dos botellas adentro, una de tequila y otra de mezcal, ¿se romperán?). Pedí un taxi por teléfono para las siete menos diez e intenté poner en hora el despertador que hay en la mesita de luz, tengo los labios y la piel reseca, por el clima seco y la polución. Pero lo probé y no sonaba. Así que busqué otro por toda la casa. No había. Intenté programar mi *ibook* para que me despertara pero en *help* no había opción despertador. Hasta que se me ocurrió mirar en la guía de teléfonos y encontré "031-Despertador". Así fue que me fui a dormir, no sin antes comerme un pedacito del tiramisú que había pedido el día anterior en Italianni's, cuyos restos me llevé en una *doggy bag*. ¿Te dije que en Italianni's los mozos supermejicanos te saludan diciendote "*buonasera*"? ¿Y que la recepcionista te pregunta el nombre, lo escribe en un papel y lo pone sobre la mesa? Y que entonces el mozo te dice: "Buenas noches señor Martín, mi nombre es Gabriel y estoy aquí para servirle. En Italianni's tenemos un concepto especial llamado *amore merriato*, en el que ofrecemos platos para compartir que se ponen en el centro de la mesa, de los que todos se sirven, ese es el concepto de Italianni's, que hace su cena más agradable...". Recordaras que había ido a cenar solo. Y posteriormente no paró de hacer sugerencias, una pasta con *frutti de mare*. Trae camarones, calamares, mejillones..."

—Sí, pero no quiero, estoy entre los *tortellini* y los *fettuccini* con camarones.

—¡Ah! —dijo Gabriel.

—Bueno, tráigame los *tortellini*.

—Los *tortellini* son pequeñas pastas rellenas...

—Sé lo que son los *tortellini*.
—Le podemos agregar camarones.
—No, no quiero camarones.
—Tenemos vino por copeo.
—El vino de la casa, ¿de dónde es?
—Mexicano, señor (haciendo pucheros).
—Ah, entonces no me traiga vino.
—Pero tenemos vinos italianos, señor, chilenos también.
—Le dije que no quiero vino, Gabriel. Los *tortellini* únicamente.
—¿Se los traigo entonces con camarones?
—No, Gabriel, tráigamelos tal como figuran en el menú.
—¿Alguna ensalada? ¿Una sopa?
—No, Gabriel, gracias, tráigame lo que le pedí, por favor.

Y después vino el tema "postres". Pedí uno inmediatamente para evitar esta clase de conversaciones: tiramisú. ("Sabe lo que es, ¿verdad?"...)

Estábamos en cuando me fui a dormir ayer a la noche, la noche siguiente del incidente *tortellini*. Bueno, dormí, y a las cuatro menos cuarto de la mañana escucho a Carlos Bolado que vuelve. Se había ido a lo de Retes después de la cena con las actrices y el psicobolche catalán. Tenía una cierta obligación moral. Puso el contestador automatico y pasó todos los mensajes, los escuché desde mi cuarto. Después se fue a dormir y a la mañana me acompañó abajo para abrirme la puerta. Tomé el taxi al aeropuerto.

Acaban de traerme la charola con la cena, ya cené *veggie*: arroz con verduritas. Los otros tenían opción "pasta" o "pollo" y eso me hizo acordar a los vuelos de Iberia: "*¿Pashta* o *Beef*?, *¿Pashta* o *Beef*", gritaban las azafatas españolas. "¿Café? ¿Té? ¿Café? ¿Té?". Mexicana es más tranquilo, otra onda. En el avión hay un lindo clima y ahora pusieron otra película. Estoy a unas horas de la Argentina. El viernes Alejandra ya me citó a cenar, por *email*. Dice que se encarga de Morrissey. ¿Y ahora? No veo la hora de volver a salir de viaje.

M.

Agosto

María Moreno
Mauricio Kartun
Daniel Molina

Me acuerdo de haber comentado a Ian McEwan (*Expiación* es su último libro), en una entrevista en su casa de Oxford, acerca de su libertad al escribir sobre ciertos tabúes sexuales. "Libre —me contestó— no me siento. Libre es Philip Roth que en sus libros puede hablar mal de su ex esposa. Yo sin embargo nunca haría algo así, y eso es una gran limitación."

En Confesionario, historia de mi vida privada, los escritores saltan el límite de lo prudente y lo adecuado. Pueden hablar mal de sus ex esposas o esposos. Pueden acusarlos de borrachos y perezosos. Cuentan escenas de seducción con sus hijos o reconocen sentimientos tan incorrectos como la envidia sobre otro artista en ascenso o más talentoso. Inclusive se juegan bromas entre ellos. Pueden declarar odios, amores insanos, preferencias y turbaciones. Pueden reconocer mentiras, estafas y engaños. La historia personal es siempre interesante. Nunca aburrida. Es siempre un desafío y un secreto susurrado al oído. Estoy herido, resentido, no te quiero más, nunca te quise. El protagonista cuenta su historia sentimental. Después, el público puede preguntarle lo que quiera.

Confesionario, historia de mi vida privada. Una propuesta sentimentalmente incorrecta.

María Moreno[1]

Alcohol[2]

Contra un fondo de tubos comunicantes por los que circulaba algo en ebullición, mi madre me hacía una prueba de magia. Con un vaso en cada mano, los dos llenos de un líquido transparente —luego supe que era alcohol—, vertía al mismo tiempo los contenidos en una pipeta de vidrio. El líquido se volvía de un carmín traslúcido, que evocaba el color de una prenda ensangrentada que se lava. Yo llamaba a mis amigas para que asistieran al número. Me jactaba de ella, aceptando ser su asistente. Sin embargo yo no hacía nada. Ignoraba que la alquimia de mutar una sustancia transparente en rojo bermellón era una profecía. Mi derramamiento de sangre fue tardío y por eso atesorado. Cuando cedió a la anarquía, formó parte de una prueba de feminidad que en las otras adoptaba formas menos violentas: el cigarrillo, el beso, la investigación con los dedos, con o sin el aviso de los manuales.

Comencé a sufrir de hemorragias cuando aún no había entrado en la adolescencia. A veces la sangre se iba hasta el punto de remedar la ausencia periódica propia del embarazo —aun cuando mi himen estuviera intacto y mi nombre virginal fuera materia de mofa para los ginecólogos—. Otras, se parecía al manar de un hemofílico o no cesaba

[1] **María Moreno** (María Cristina Forero) nació en Buenos Aires. Es periodista, escritora y crítica cultural. En 1983 fundó la revista *alfonsina*. Fue secretaria de redacción del diario *Tiempo Argentino*. Actualmente escribe en *Página/12*. Ha publicado los libros *El Affair Skeffington* (1992), *El petiso orejudo* (1994), *A tontas y a locas* (2001), *El fin del sexo y otras mentiras* (2002) y *Vidas de vivos* (2005). En 2002 recibió la beca Guggenheim.

[2] Fragmento de *La pasarela del alcohol* (inédito).

sino con la intervención de la medicina. Los veintiocho días dictados para la sequedad se prolongaban en meses, los cinco de la afluencia, continuaban sin interrupción. Poco después del nacimiento de mi hijo, enfermé definitivamente. Mi feminidad era una esponja que se derramaba sobre las sábanas de mis amantes. No siempre era malvenida. Esa sangre pura de vena abierta o de crimen reciente, alimentaba sueños perversos —el efecto de una potencialidad descomunal, un himen difícil y autorregenerable al infinito—. No se oxidaba como la otra para despedir un olor ocre, dibujando una herrumbre de antigüedad acreditada o de pergamino encontrado. Siempre parecía recién derramada. No era bien visto en el protocolo de alcoba de la época, negarse a sorber los bajos de la dama menstruante, de quien se decía que, con la fecha de sus mareas privadas, sobrevenía una lujuria especialmente anhelante. Sentada sobre algodones, yo empollaba un mal que era al mismo tiempo tabú y signo de fertilidad, sólo que *en anarquía*. Por esa época sucumbía a visiones autoescópicas. Mi conciencia machacaba en ese lugar del cuerpo donde se alojaba un dolor extremo pero carente de tragedia, una formación benigna con la insistencia de una cabellera que crece.

La casa era fea. No la clásica estructura de material y techo de dos aguas que el ascetismo de Sarmiento había levantado en el río, con el mínimo de confort del que, en el origen humilde, decide hasta qué punto desviar su destino en mejoras y bienes acumulados. Solo seguía la etiqueta edilicia de las islas a través de los pilotes y el muelle, gemelo de tantos. Emergiendo de la bruma y sin balaustrada, Gumier Maier veía en él un jardín zen. Le decíamos *La desabrida* y, sin que nuestro gusto hubiera influido en la elección —aunque todos sospechaban que sí—, era *kitsch*. Cabaña de pino de Bariloche y casa de geishas, se la podía reconocer desde la lancha por el enorme cisne blanco que Moreira había puesto con la base en el agua. Un trozo de cemento pintado, de un tamaño imposible para un ave, con alas separadas en actitud de levantar vuelo.

Omar había muerto. Yo vigilaba ese duelo, sin interrogar ni consolar, con una distancia pedagógica, puesto que me había persuadido de que la no intervención —combinada con una mirada atenta y un cuidado flotante— podía acompañar aquello que me era vedado ahorrar

al amigo: las distintas formas del dolor haciéndose historia. Períodos de una calma casi narcótica, desasosiego activo, desesperación enunciada sin necesidad de nombrarse, en largas marchas ciegas desde el muelle al dormitorio, siempre con la ocasión de —con el pretexto de plantar una azalea o unos jazmines del cabo— sumergir sus manos en la tierra, como si tocara a Omar a través de la sustancia común que rodeaba el río y la tumba lejana, en el cementerio popular adonde también Gumier Maier había llevado sus herramientas para instalar canteros. Si mal no recuerdo, hacía traslados de bulbos entre la tumba y nuestro jardín.

Entonces murió mi padre. A los treinta días, yo estaba en el muelle preparándome para saltar al agua tibia, no demasiado contaminada. Con el sólo peligro de las *crift-craft* que surcaban de noche y la única señal de una lucecita encendida que parecía tener la propiedad de anunciarse demasiado tarde. Yo tuve la precaución de nadar muy cerca de los pilotes de los muelles, que estaban ubicados uno muy cerca del otro, siguiendo la diadema de luces de los faroles de los jardines, y de la entrada de los porches. La cabeza de Marcelo Pombo siempre iba delante de mí como una boyita segura.

Esa noche había comido yo sola una carne al vino que me había demandado media botella. Luego había bebido un litro de ginebra y me había tirado al agua con la ropa puesta. Pombo se sentó, alarmado, en la escalera del muelle. Me vigilaba a mí como yo vigilaba a Gumier Maier, sin que mediara una palabra de reproche. A la semana supe que luego hizo un cuadro con los materiales con bolitas de telgopor celestes y blancas, con las que si se mueve el marco como si fuera una escudilla para recoger arroz u oro, se arma un módico océano. Era un misterio de la sublimación que ni Gumier Maier ni yo estuviéramos representados en esas aguas de bandera argentina. Recuerdo que había reflectores sobre el cielo; que al salir del río, mientras dejaba que el calor de la noche de verano me secara la ropa, se me ocurrió que podían ser platos voladores. Sabía que las luces provenían de los reflectores de los helicópteros de la policía; que se hacían redadas por las islas todos los fines de semana. Había nadado río abajo, hecho la plancha bajo el cielo estrellado. "Zafé —decía— zafé". No se puede llorar en una sustancia que se funde en las propias lágrimas. Y si los otros podían verme, al sacar la cabeza del agua muy cerca de ellos, era imposi-

ble hacerles un signo que despertara el consuelo. Sólo verían las gotas mezclarse sobre mi cara. Ese llanto, cuando se derramaba, terminaba también por ser irreconocible para mí, que no debía distraerme del tráfico en el río y de nadar respirando acompasadamente al ritmo de las brazadas. Tuve la tentación de no volver, de seguir río abajo hasta la zona de quintas deshabitadas donde los muelles rotos me impedirían subir de nuevo a tierra. No intentaba una hazaña ni una temeridad. Era como si el llanto y la natación se hubieran conjugado para desatar una especie de euforia, de prueba de potencia. Contra la corriente, sin mucho esfuerzo, los pies podían tocar el fondo. Sólo en el medio el río era profundo. Pero existía en el horizonte una pérdida de razon, una desobediencia que yo asociaba al gesto de John Glenn, cuando suspendido en el espacio, apenas conectado a su nave por un cable, dejó de escuchar la orden de que volviera, para gozar por un instante de ese flotar fuera de lo humano. Mis amigos me incordiaban llamándome desde el muelle, obligándome a dar señales de vida, de que no me estaba ahogando o de que tampoco me había golpeado con un tronco, de los tantos que emergían de las aguas: arboles podridos o talados, arrancados de cuajo por las tormentas. Sentía el calor dentro del pecho y, por contraste, el frío del agua sobre la piel. Me gustaba la violencia de la sensación, el calorcito del alcohol en el interior del cuerpo. Yo no conocía la resistencia de mi corazon. La desafiaba sin recordar mi edad y mi historia. La alegre irresponsabilidad, que desde afuera podía leerse como un gesto suicida, no tenía mas sentido que una demostración de fuerza. Fuerza bruta ejercida con una prodigalidad de gigante que alguna vez me valio el apodo de Gargantua. Destreza no, fuerza física. Fuerza palurda del que se suicida mordiéndose las muñecas o tratando de separarse las mandíbulas con la mano como cabe a nuestra tradicion paisana, la que puede verse en las películas de Enrique Serrano y a la que, con Moreira, le hacemos honor. Tuve aliento para ir y volver. No recordaba que mi padre abría las botellas con los dientes, que nadaba mar afuera, con una rápida patada de *crawl* de sus piernas delgadísimas, como las mías. Ni veía que la boca abierta que sacaba fuera del agua, imitaba la curva de su agonía. Nadaba contra él, para alejarme y, aunque volví, me pareció que era otra y que esa otra nadaba y bebía.

Cuando me despertaba con resaca, percibía a través de los sentidos embotados la forma de un aura pesada, como si estuviera metida en el interior de un molde o una escafandra. Si bien el alcohol ya había sido drenado a través de los poros, con su clásica exudación agria, experimentaba la superficie de la piel como si ésta estuviera recubierta por una capa impermeable, que parecía detener la circulación de la sangre, presionando al cuerpo a que estallara. Es ahí donde solía prometer a un Dios de paso que jamás volvería a beber, aun sabiendo que sólo podía confiar en que el fenómeno de la eliminación y la evaporación liberara la carga de la noche pasada, como ya había evaporado y eliminado su recuerdo. *Sobre cuerpo y olvido* podría ser la síntesis de la odiada, pero siempre vuelta a invitar, *mañana siguiente*. Bañarme entonces era menos volverme en mí que reducirme a mis propias fronteras. En cambio, ahora en la abstinencia, el agua restablece el croquis que permite decir "yo" desde los sentidos. Pero no la sensualidad, no el deseo. Entonces llamé a Boby. Excitable por razones profesionales, su erección me tenía sin cuidado, como al depredador el vuelo del depredado, si éste vuela lo suficientemente cerca como para eludir el esquema visual preciso que desencadena la agresión. Si elegí a Boby era en nombre de eso que las actrices denominan "memoria emotiva" y que yo podría traducir en "memoria sensual".

Ese día estaba francamente cansada, luego de leer toda la tarde algunos libros de autores nacionales para una clase temible. Cuando, llegó, se paró con aire de cortedad, esquivando dirigir una mirada directa a la cama. Era esmirriado, con secuelas de raquistismo y una perfecta cara andrógina. ¡Ah, esas bellezas de garage! Miró una foto en la pared donde aparezco junto a María Elena Walsh. Dio unos golpecitos en el vidrio, como si sospechara que era una estampita. Luego se entretuvo con los juguetes que había arriba de la mesa. Probó un cascanueces con la forma de un par de piernas de mujer. Se agarró el dedo riéndose.

—Está rebueno.

Luego levantó el despertador coreano rosa, al que le faltaba la tapita.

—¿Viste lo que aguantan? Las pilas valen más.

Le dije que se desvistiera y se acostara sobre mí. Lo hizo. Pero no pasó nada o yo debía de estar loca.

—Nena, ¿así qué querés que pase? ¿O sos Buda?

Comenzó a aplicarme un Kama Sutra retórico que me hizo cosquillas. Lo empujé de una patada fuera de la cama —un colchón pelado donde yo estaba tan tirada como el penado catorce, pero en clave Botero—. Se puso de pie y se acercó misteriosamente a la mochila. Sacó un cuchillo y puso cara feroz, pero era tan mal actor como Joe D'Alessandro. Además no había por qué tener miedo: era un recomendado. Suspiré y recordé las sabias palabras de Domina Nelly: "En la Argentina no hay dominantes profesionales; al S/M te lo ofrecen como un servicio más del rubro 59". Se acercó e intuí que el plan era cortarme los breteles del corpiño y los bordes de la bombacha, pero yo no tenía ropa interior, sí en cambio el camisón deformado de las deprimidas crónicas. Entonces me agarró de los pelos. Por pura ley de gravedad mi cabeza rebotó contra sus botas.

—Lamémelas.

Se las escupí. Con sorpresa primero y con melindres después, se puso a lustrarlas con las sábanas que estaban en el piso. Totalmente ensimismado. Se me tiró encima y amagó un ahorcamiento dubitativo. Le di una piña. Pegó un saltó y se metio en el baño. Lo segui: se miraba el ojo en el espejo. Luego se humedeció los labios y se tiro agua en la cara haciendo un hueco con las manos. De lo que paso en el medio tengo un blanco pero no creo que fuera Sodoma. Me desperté tirada en el piso y esposada a la mesa. Él estaba mirando tele con una lata de cerveza en la mano. Utilizando un solo brazo levante la mesa y me solté. En sus ojos vi el miedo, un miedo infantil como ante la alpargata enarbolada de una madre. Soy fornida, sobre todo cuando estoy furiosa. Agarré la mochila y la vacié sobre el piso. Habia una jeringa y una muñequera de cuero. Me reí a carcajadas. El se agacho a recoger todo con la mano en la cintura, como si tuviera ciatica. Luego volví a la cama. Se me debe haber notado la lagrima de desilusion neurotica, no el miedo de quien teme terminar como la chica de *Buscando a Mister Goodbar*. Se me acerco con besitos ladinos, dados con esa boca a la que poco antes, habia visto hacer aparecer y desaparecer un escarbadientes, cuando el estaba sentado a la mesa del bar, con un *streeper* al que amenazaba con el tenedor alzado en forma de catapulta. Usó sus dedos de carterista con un amateurismo de zaguanero.

—¿Cómo te llamás?

—Elpidio.

Antes había dicho "Hernán". Qué ternura: me entregaba el nombre criollo de tres generaciones de peones albañiles. Entonces ocurrió. ¿Qué? *Eso.*

Sentí en la piel las ondas concéntricas del placer que volvía con una especie de sordina, el anuncio de una descarga que se replegaba intermitentemente, pero que insistía en remontar su roca de Sísifo, al son del chasquido líquido de los pechos (los pechos, no los senos, quiero decir el pecho de él y el mío) por el calor de una mañana de verano, con las persianas alzadas por descuido durante la noche anterior. Música de cañerías. Flujos y reflujos inevitables de describir en términos de metáforas marineras. Fuera de estado, me mareaba ese vaivén. Entonces, un pequeño infarto en mi disco rígido y comencé a alucinar, en un ilógico entrevero, girones de frase de poetas neobarrosos nacionales, más algún novelista prohibido por cargar frasquitos con semen en dictadura. "¿Fifé con Dios o es El Cloaca Iván el que me clava su pistón hasta la garganta (¿meti-culosamente?) ¿O a la pingajo le tiemblan los mofletes? ¿Tiene condón en el jopo el de las guedejas entre los muslos? (Mire que no quiero que me pase lo de la sirena, doctor) ¿O soy el caño de la combi antes del final fláccido, la Magdalena del Ojón frente al retrato de un albañil desenvainado? Por eso, carne con ojos, soy hermosa": así todo seguido y sincopado, pero mudo; el chorreo de las iluminaciones. Mamita.

—Cae la lengua nacional —anuncié.

Me lanzó una mirada de suspicacia, convencido de la ineludible degeneración de los intelectuales argentinos y miró con desprecio el flequillo de María Elena Walsh. Esa vez fui yo quien fue a mirarse al espejo del baño.

—¿Así que ese era todo tu secreto? ¿Un emperne a todo esfínter, según la feliz expresión de la licenciada Bender?

Caminé hasta la cocina para buscarme un whisky. Si una abstinencia lleva a la otra, su interrupción llama a otra interrupción. Cuando volví estaba colocando una sábana sobre la cama —había dejado de lado la que había usado para lustrarse las botas— atento a las prolijidad de las aristas, como un pupilo hacendoso. No recuerdo cuándo me dormí. Al despertar vi mis llaves colgando de la tranca de la puerta del departamento. En la mesita de luz faltaba el cascanueces y el reloj despertador.

Mauricio Kartun[3]

Confesionario

Fiel a la consigna del confesionario, y atento a que mi profesión es la dramaturgia, que no es otra cosa que hacer hablar a gente en el papel, me parecía una traición traerlo escrito. Dudé mucho en elegir el tema a confesar, me decidió un amigo que hoy me acompaña aquí en el Rojas, aunque no en la sala, Jorge Dubatti, que hasta hace muy pocos días grababa sucesivas charlas mías para un libro que prepara sobre el origen creativo de las vocaciones en los artistas argentinos.

Yo trataba de explicar a Jorge por qué me dedicaba a generar ficciones, por qué me dedicaba al teatro, por qué hacía historias, y por qué las volcaba específicamente en el escenario, y recurrí de una manera casi ciega a las imágenes teatrales de mi infancia. Mi padre, llevándome sábado tras sábado a la revista porteña, a conocer a los comicos de los cincuenta, mi madre fascinada por la comedia ligera, y mis tíos comunistas que una vez por mes nos invitaban al Fray Mocho a ver obras de Osvaldo Dragún.

Cuando terminé de trabajar con Jorge esta forma de confesion, apareció la invitación de Cecilia, y pensando en lo que había sido efectivamente mi infancia, descubrí que había algo que no le había confesado a Jorge, que había algo en la historia familiar, algo en lo que había vivido que de alguna manera se configuraba como una verdad mayor en relación a lo que era la vocacion. Nunca lo había contado. A partir de esta confesion de hoy le pediría que modificara lo que habíamos trabajado hasta entonces y que incluyera esta nueva version sobre el origen de mi vocación teatral.

Descubrí tardíamente que en realidad en mi hogar no interesaba tanto el teatro como se despreciaba el cine. En realidad el teatro era simplemente una alternativa que la familia había encontrado frente a esta condicion atípica en el barrio de no asistir a las funciones de cine. Yo vivía en San Martín, en un barrio en el que había tres cines, el Ateneo, el Plaza y el America. Toda la actividad de sábado giraba alrededor del Club Tres de Febrero y de los tres cines, y nosotros éramos una de las pocas familias que no asistíamos sistemáticamente a estas

[3] **Mauricio Kartun** es dramaturgo y maestro de dramaturgia. Ha escrito más de veinte obras teatrales. Sus piezas han sido representadas en varios países. Desarrolla su actividad pedagógica, además de en la Argentina, en España, México, Puerto Rico y otros países hispanoamericanos.

funciones. Sospechaba por entonces que había algo familiar, que había un enfrentamiento entre mi familia y el cine, y alcanzaba a divisarlo cuando —como sucedía una vez cada dos o tres meses— visitábamos a mi familia en San Isidro.

Soy sobrino de un cuidador de caballos módicamente conocido, Germán Bichera. Cuando visitábamos el *stud* de mi tío, con lo que nos encontrábamos habitualmente era con una especie de guerra sorda que existía en Martínez y en San Isidro entre los *studs* y los estudios. Martínez había sido zona de *studs*, zona de *actividad hípica*, como se decía en mi familia, pero la llegada de los estudios cinematográficos, allá por la década del cuarenta, Argentina Sono Film sobre todo, había generado la entrada al barrio, a ese barrio que prácticamente había sido campo hasta una década atrás, de gente con otras costumbres, con otra cultura, que había desatado una especie de guerra sorda en la que, si bien compartían el espacio, unos hablaban mal de los otros. En los estudios se hablaba mal de los *studs*, donde estaba el juego, donde estaba la prostitución, y en los *studs* se hablaba mal del cine, de los estudios, de ese lugar donde llegaban los actores, gente con otras costumbres.

Me costaba entender a qué se debía ese enfrentamiento entre los *studs* y los estudios. De mis tíos solamente tenía un recuerdo curioso, hay una fotografía de mi tío Germán Bichera junto a otros cuidadores de caballos, algunos *jockeys* y Gardel. Y en esa foto, (una foto conocida, que suele aparecer en los medios cuando muestran a Gardel vinculado al *turf*) siempre me llamó la atención la presencia de una mujer con la cara vuelta hacia atrás. Mi madre me había dicho que esa mujer, parada junto a mi tío Germán Bichera, era mi tía Sara. Y alguna vez había dicho, en algo que creí una broma, que mi tío no le permitía salir en las fotos porque era muy hermosa y tenía miedo *de que se la robaran*. De mi tía tengo efectivamente el recuerdo de una mujer extremadamente bella, una clásica morocha argentina, petisita, retacona y con unos enormes ojos verdes, muy seductores. La foto siempre me produjo mucha curiosidad, y yo sentía que en esa imagen había algo más que lo que mi madre me había contado.

Mi tío Germán se dedicaba a algo muy particular dentro del *turf*: no cuidaba caballos trascendentes. En realidad se dedicaba a cuidar caballos malos. En el *turf* pasa algo muy curioso: la gente tiene caballos de carrera a veces por una cuestión cultural; los caballos no necesariamente son

buenos ni son negocio, sencillamente hay gente que quiere tener caballos. En aquella época alguien que cantaba tangos y no tenía caballos no era tomado en serio. Pero si tu caballo era malo y no ganaba carreras, de todos modos en algún lugar había que tenerlo. Mi tío se dedicaba a cuidar los caballos malos, que nunca ganaban, y además cuidaba caballos viejos, que habían sido buenos, pero que por alguna razón no habían pasado a reproducción, y que de alguna manera había que cuidarlos, mantenerlos y exponerlos. Mi tío los cuidaba y había transformado su *stud* en una especie de geriátrico de caballos. En su *stud* vivía nada más y nada menos que Penny Post, el gran caballo de carrera de la época, que había batido el récord de distancia corta, de 1.100 metros, y había ganado el Gran Premio Nacional. Pocos caballos habían logrado esas dos hazañas. Penny Post era la atracción del *stud* de mi tío. La gente venía a verlo y normalmente mi tía Sara, chiquita como era, petisita, se paseaba arriba de Penny Post por esas calles todavía de tierra de Martínez.

Con el paso de los años, la suerte quiso que yo me transformara en actor circunstancial. Digo circunstancial porque nunca fui actor y no tengo formación, pero una historia vinculada a este espacio, el Centro Cultural Rojas, precisamente, me hizo actor. Hasta 1974 yo trabajé aquí, en la parte de cultura. Tenía un espectáculo que se estrenó en lo que se llamaba Sala Argentina, que hoy es la sala que hay en la planta baja. El espectáculo se llamaba *Civilización o ¿barbarie?*, y me supuso nada más y nada menos que una cesantía. Por eso, a partir de 1975 no pude trabajar nunca más en instituciones vinculadas al Estado, hasta que volvió la democracia.

Como tenía que ganarme la vida, algunos amigos vinculados al cine por la parte sindical, me consiguieron trabajo en películas y fue así que trabajé en algunas en las que todavía suelo encontrarme de manera vergonzosa en el canal Volver. Hice tres películas con los Superagentes, hice de médico de Andreíta Del Boca, recibí cantidades extraordinarias de *ketchup* en la cara, lanzadas por el gordo Porcel. Estuve colgado una hora en una terraza en una película de Palito Ortega, y una noche de invierno espantosa, de un frío insólito, tuve que hacer de violador de locas en una película de Enrique Carreras que se llamaba así, *Las locas*.

El frío era tal que mi movimiento corporal era sólo temblor, recuerdo que me acostaba arriba de una mujer tan sufriente como yo y tem-

blaba arriba de ella, lo que me imagino debe haber dado mayor veracidad a la escena. Dos técnicos se conmovieron y me invitaron a entrar en un lugar muy pequeño que había allí —estábamos filmando en Argentina Sono Film—, en aquel lugar que yo recordaba de chico como el enemigo del *stud* de mi tío (que por cierto siguió hasta los sesenta, cuando lo compró un criminalista conocido, que se llamaba Roberto Alcorta, y le cambió el nombre. Era muy curioso, él era criminalista y al *stud* le puso "Mate y venga").

Lo cierto es que estos dos técnicos, Caula y Catalán, se compadecieron y me invitaron a tomar una sopa que habían preparado y que tenían allí en uno de los camarines de Sono Film. Y yo, seguramente por afán de mostrarme del lugar, conté que era sobrino de Germán Bichera, el cuidador. Y ellos hicieron un largo silencio. Hubo unas sonrisas cómplices, y cuando pregunté si lo conocían, me contaron una historia que yo voy a repetir, y que para mí fue la clave para entender lo que pasaba entre mi familia y el cine.

Sucede que en los años cuarenta, estas fotos de mi tía montando a Penny Post, al anciano caballo Penny Post recorriendo Martínez, habían llegado a alguna gente de los estudios que estaba filmando allí. Por entonces, Argentina Sono Film era una especie de ciudad, en la cual los actores contratados para hacer una película se quedaban a vivir, porque el viaje hasta Buenos Aires era largo y se filmaba todo el día. Cuando llegaba algún actor conocido, juntaban dos o tres camarines y armaban una suite, en la cual el actor vivía normalmente dos meses, durante los cuales se filmaba la película.

Estaba trabajando por entonces en Sono Film, Georges Rivière, un actor francés que hablaba un castellano difícil y que extrañamente en las películas hacía de galán argentino. La belleza de Georges Rivière era mítica. Imagino que solamente por eso la gente olvidaba que tenía un acento que lo delataba como extranjero. Lo cierto es que en una película de Fregonese, Georges Rivière, que pasaba el día en el estudio, empezó a pedir caballos (en el estudio Sono Film hasta los años cincuenta había un corral de caballos, porque se hacían muchas películas gauchescas).

Georges Rivière salía en las mañanas a pasear por Martínez. Dicen que una mañana pidió, a partir de una foto que había visto, conocer a Penny Post, y llegó hasta el *stud* de mi tío. Dicen las malas lenguas que

en realidad lo que le había gustado no era Penny Post sino la monta, y que una larga estadía en las suites de Sono Film, lo que le había provocado naturalmente una abstinencia sexual forzada, lo había llevado a intentar conocer a mi tía Sara a toda costa. Finalmente la conoció, y volvió al otro día y al otro, y al tercer día la invitó al estudio para ver cómo se filmaban las películas. Por supuesto, esto implicó una larga discusión familiar: ¡cómo alguien del *stud* iba a entrar a un estudio! Sin embargo mi tía estaba tan entusiasmada, le gustó tanto la idea, que mi tío le permitió entrar a Sono Film.

Lo que me enteré, es que mi tía esa noche no volvió. Quedó absolutamente fascinada por Riviere, y abandonó de pronto la idea de volver al *stud*. Mi tío la buscó desesperadamente y recién a la mañana, por la infidencia de alguien de los corrales, se enteró de que mi tía había pasado la noche allí. Su hombre de confianza era Pedro Testa, un peón balcarceño a quien yo conocí y traté mucho. Un hombre muy curioso, muy callado y que solía, entre otras cosas, ganar apuestas en relación al tamaño de su atributo sexual. Solían exponerlo y hacer desafíos entre barrios; incluso le habían puesto nombre: "el Malacara". Fue él, según Caula y Catalán, quien lo ayudó a resolver el problema.

Dicen que Pedro Testa le había aconsejado hacer una denuncia policial y mi tío dijo: "Es absolutamente vergonzoso que un hombre le robe la mujer a otro, más si es extranjero". Mi tío decidió recuperarla, y con la ayuda de Pedro y de uno de los vareadores (los vareadores son una especie muy curiosa de *jockey*, tienen el atributo del cuerpo pequeño. Lo que no tienen es la calidad ni el talento. Para lo único que sirven es para ser livianos arriba de un caballo). Tan pequeños son los vareadores que podían pasar entre las rejas de Sono Film. Como a mi tío no le permitían la entrada, uno de ellos se encargó de entrar entre las rejas, abrir el portón y, dice la historia que mi tío, nunca se supo si por la borrachera o por simple afán de mostrar quien era, entró montado en Penny Post.

Buscó a mi tía en uno y otro camarín hasta que en el tercero la encontró. Me dicen Caula y Catalán que Georges Rivière al verlo entrar se arrinconó en un costado y quedó en silencio, sin intentar retener a esa mujer que había estado dos días y medio en su camarín. Me dicen también que mi tía, cuando vio a mi tío Germán, salió y montó en silencio a Penny Post, y que mi tío, en un último gesto, sen-

cillamente se acercó a la cama de Georges Rivière, donde su mujer había pasado las últimas dos noches, se abrió la bragueta y la meó. Se dio vuelta, salió, tomó a Penny Post de las riendas, y con mi tía Sarita llorando en la montura, recorrió las tres cuadras hasta el *stud*, y de allí en más fueron una familia feliz, tuvieron a mi primo... El tema se olvidó, pero lo que no se olvidó en la familia fue el odio absoluto por el cine.

En realidad no he confesado todo. Para completar la confesión, he de decir que el relato que acabo de contar es completamente una mentira. Y mi mayor confesión es que toda la vida he disfrutado de manera especial y perversa de la posibilidad de mentir. De que en la imposibilidad de ser otra cosa descubrí la hipótesis adulta del mentiroso, y me hice creador de ficciones. Frente al superyo, frente al miedo y frente a la vergüenza de ser descubierto en la mentira, encontré una manera legal de hacerlo: escribo obras de teatro, invento ficciones, invento cuentos, pero creo en la mentira como un acto definitivamente trascendente. Creo en la mentira como una forma popular y bizarra de la utopía, y cuando puedo, como en estos casos, disfruto de esta posibilidad de, durante unos pocos minutos, colonizar la cabeza de alguien con esta mezcla de imágenes reales y de ocurrencias que es siempre la mentira.

Daniel Molina[1]

La muñequita negra

Yo tenía una muñequita negra. No sé quién me la había regalado. Recuerdo poco de esa época. ¿Qué edad tenía yo? ¿Tendría cinco o seis años? Apenas me quedan unas postales confusas, en blanco y negro, que cada tanto envía el pasado. Postales cada vez más borrosas, como esas fotos que nos sacaban las tías con sus cámaras baratas.

Las escenas en que aparece mi muñequita negra ingresan a la memoria a un ritmo vertiginoso, casi de videoclip. Parecen cortometrajes hechos por los alumnos de las escuelas de cine: fragmentos mal compaginados, deliberados *flashbacks* hacia la nada, de golpe una lentitud digna de Bergman que detiene la mirada sobre un detalle aislado que ya no dice nada: la obsesión por un objeto.

Yo tenía cinco años, digamos, y una muñequita negra que era mi juguete favorito (al menos, así lo recuerdo). Un día —era de noche—, mi padre discutió con mi madre a causa de la muñeca. Yo no entendí qué decían ni qué tenía mi juguete para desencadenar un hecho tan excepcional —no recuerdo que ellos discutieran a menudo—. Al otro día —era de mañana— mi madre me dijo que tenía que tirar la "negrita" o regalársela a mi prima.

Rogué, lloré y pedí que me explicara por qué debía desprenderme del juguete que me acompañaba a la cama y velaba mis sueños. Mi madre me dijo —me aparece oír su voz y me emociono— que ya no tenía edad para seguir jugando con muñecas. Los varones juegan al fútbol y andan en bicicleta. Las chicas juegan a ser mamás.

Como no se me ocurrió ninguna idea mejor que oponer a este disparate, pero sin resignarme a desprenderme de la muñequita, volví a llorar y rogué y rogué con esa insistencia insoportable de la que sólo somos capaces en la niñez. Tanto insistí que mi madre me autorizó a conservarla, pero me pidió que la escondiera y que jamás —"jamás de los jamases", dijo— mi padre me viera jugando con ella.

Siempre fui medio lerdo para las tareas clandestinas. No sé mentir, se me nota enseguida. Mi padre, al poco tiempo, me vio sacándola del escondite: yo la ponía debajo del colchón de mi cama para tenerla a

---

[1] **Daniel Molina** es crítico cultural y escritor. Dirige el Área de Letras del Centro Cultural Ricardo Rojas. Fue miembro de los equipos de edición de las revistas culturales *El Porteño*, *Crisis* y *Fin de Siglo*, entre varias otras. Durante una década escribió y editó el Suplemento Cultural del diario *Clarín*. Actualmente publica críticas en el diario *La Nación*.

mano a la noche (dormía abrazado a ella). Si el mismo Júpiter tronante hubiera montado en cólera frente a mí, yo no me hubiese asustado tanto. En un par de segundos la "negrita" fue a parar al tacho de basura —¡mi compañera nocturna en la basura!—. Mi padre rugió una ira sorda y aterradora: dijo unas frases que no entendí, pero que significaban una amenaza terrible si volvía a verme con una muñeca.

Desde entonces trato de entender qué fue lo que sucedió. Qué podría tener la muñequita negra para desencadenar semejante enojo en mi padre. Él, por lo general, era un hombre bueno, calmo, simpático, divertido, lleno de amigos. Si bien se mostraba más severo conmigo que con mi hermano menor, sabía demostrarme su afecto. ¿Por qué, entonces, había *asesinado* a mi amiga de trapo?

Encuentro en mi memoria pocos otros recuerdos tan traumáticos cuando lanzo una mirada a la infancia. Incluso recuerdo que durante el velorio de mi padre —yo tenía nueve años cuando sucedió— no sentí una pena equivalente a la que sentí por la pérdida de la muñequita. A él lo lloré, desconsoladamente, casi un mes después de muerto. Fue una noche entera de lágrimas. Mi cama quedó tan húmeda que mi madre pensó que me había orinado mientras dormía.

Cuando papá murió, yo ya estaba acostumbrado a ir a velorios. La gente se muere. Suele suceder. Mi familia era muy grande. Tenía muchos tíos, primos, primos de primos, tíos de tíos, amigos de la familia, amigos de mi madre o de mi padre: verdaderos batallones de gente. Siempre alguien se moría. Entonces, había un velorio. Allí iba mi madre con sus dos hijos vestidos con unas casaquitas de terciopelo azul oscuro, camisitas blancas de seda y moñitos de raso negro. Un uniforme similar al que usábamos para ir a los bautismos, comuniones y casamientos (siempre alguien se casaba, alguien nacía, alguien crecía).

Yo era algo así como el príncipe de esa mafia honrada que era la enorme familia a la que pertenecía. De muy chico creía que el mundo era una extensión de mi familia. Mi madre era "el capo", la Don Corleone. Para todo se la consultaba a ella. Donde había un enfermo, ahí estaba. Aconsejaba a las que se iban a casar, consolaba a las viudas. Con ella siempre estábamos mi hermano y yo. Todo el mundo nos regalaba cosas. Tenía tantos juguetes que con algunos no jugué nunca.

No sé por qué adoraba a la muñequita. Sólo sé que desde que la perdí todo cambió. Ya a los cinco o seis años me daba cuenta de que yo era distinto: no jugaba al fútbol, nunca aprendí a andar en bicicleta, no sé ni silbar ni chiflar estruendosamente, no me gustaban las peleas, sigo siendo torpe en el mundo de las destrezas corporales; por el contrario, me caían bien las muñecas —aunque creo que sólo tuve esa—, me gustaban los libros ilustrados, oír cuentos fantásticos, jugar con los números y construir edificios con ladrillos de goma. Soñaba con palacios y príncipes. Adoraba a los griegos y a los egipcios que me mostraban sus maravillas desde las páginas de la enciclopedia infantil *Lo sé todo*.

Una muñequita arrojada a la basura por un padre que murió pocos años después. Una gran familia capitaneada por una madre a la que, encima, apodaban "La Negra" (por extensión, a mí me llamaban cariñosamente "El Negrito"). ¡El negrito que tenía la muñequita negra! Parece el chiste excesivo de un mal guionista, demasiado freudiano.

Mi padre, que sabía poco sobre el psicoanálisis, me miraba y ponía cara de preguntarse en qué había fallado conmigo. Yo me daba cuenta de eso, pero no veía nada malo en mí —salvo que empezaba a sentir una culpa sin objeto que me corroía el alma—.

A pesar de que ahora tengo otra muñeca —me la regaló María Moreno—, ésta no me dice nada. Me parece que se parece a la que perdí: piel color chocolate, vestidito rojo a lunares blancos, un moño en la cabeza. Pero apenas es un adorno. La tengo en mi escritorio, sentada en uno de los estantes de la biblioteca. Objeto entre objetos.

La infancia quedó atrás para siempre. Siento que ese pasado le sucedió a otro. Está tan perdido como aquella muñequita de trapo que acabó sus días en el tacho de basura. Quizá mi niñez también fue arrojada al rincón de los desperdicios. Siempre que intento recordar el pasado lo veo distinto, cada vez más débil, más difuso. Querer rememorarlo se parece al esfuerzo inútil que hacemos para retener un sueño: agua que corre entre los dedos. La mano difusa de la muñequita diciéndome adiós desde la basura.

Septiembre

Edgardo Cozarinsky
Moro Anghileri
Patricia Suárez

"La verdad está de moda", dice una amiga que dije. No recuerdo haberlo dicho. Pero en todo caso y pensándolo bien, hay algo de cierto en eso. Por ejemplo *Spiderman*, en su versión dos, se saca la máscara. Su novia, su mejor amigo, unos pasajeros de tren, ven ese rostro y reconocen su identidad. Sin embargo, la revelación no disminuye la intriga. Creíamos que los secretos, que lo oculto era lo que incitaba nuestra curiosidad y nuestro deseo de saber más. Pero es lo que aparece en la superficie, lo que vemos, lo que multiplica las preguntas y las complejiza. "Hombre araña ¿quién eres en verdad?".

Una chica escribe en su diario íntimo: "Esta noche se me fue la mano. Creo que maté un chabón". Después de la disco y después de asesinar, la compulsión por la verdad es más fuerte que el miedo a ser atrapada.

Lo privado busca lo público. Con distintas estrategias y convertidos en los materiales más diversos, los tesoros del mundo oculto emergen a la superficie. Y su presencia, como si en un instante la iluminación del lugar donde estamos fuese bella como en una película italiana, parece tornar la vida cotidiana en algo muchísimo más interesante.

Confesionario, historia de mi vida privada: La verdad está de moda.

Edgardo Cozarinsky[1]

Voy a confesar que lo pasé muy bien durante mi servicio militar.

Tengo edad como para haber hecho el servicio militar en la época en que existía. Era una maldición para todo el mundo, lo fue para mí, pero debo decir que aprendí muchas cosas útiles durante el tiempo que pasé de uniforme. Durante esos catorce meses di mis primeros pasos en el mundo laberíntico y novelesco de la corrupción.

Entre las tareas que me correspondían como traductor en los servicios del Estado Mayor del Ejército, en el quinto piso del Ministerio de Guerra, estaba la de dedicarme al contrabando de champagne. Tenía a mi cargo un Jeep con el cual iba a la Embajada de Francia enviado por el suboficial principal de la sección Agregados Militares Extranjeros. El mayordomo de la Embajada de Francia cargaba en el Jeep dos cajones de champagne francés que yo llevaba a Ministerio, entraba por la entrada subterránea, una rampa que baja del lado que da a la Casa Rosada. Se entraba por un subsuelo, se tomaba un ascensor interior que comunica las ayudantías de las jefaturas de todos los pisos, y cuando llegaba a la sección Agregados Militares Extranjeros descargaba los dos cajones de champagne.

¿Qué sentido tenía esto? El mayordomo de la Embajada de Francia declaraba que en la fiesta del día X se habían consumido seis cajones de champagne, cuando en realidad se habían consumido solamente

[1] **Edgardo Cozarinsky** es escritor y cineasta. Nació en Buenos Aires y ha publicado *La novia de Odessa* (2001) y *El rufián moldavo* (2004). Ha dirigido, entre otros, los *films La Guerre d'un seul homme* (1981), *Le Violon de Rothschild* (1996) y *Ronda nocturna* (2004).

tres. Los otros tres se los vendía al suboficial principal de la sección Agregados Militares Extranjeros, quien, mediante una falsa factura a nombre de un almacén de alimentos finos, cobraba ese dinero de la tesorería del Ministerio y repartía la ganancia con el mayordomo de la Embajada. Nadie podía sospechar este modestísimo tráfico: si alguien interceptaba el Jeep, el que iba a pasarlo mal era yo, porque estaba de uniforme, no podía justificar que llevara cajones de champagne francés y menos aun podía revelar la trama oculta, algo que me condenaría a las más arteras venganzas.

Éste no fue el único caso de corrupción en el que me involucré gracias a estar de uniforme, bajo bandera. Para tener algunos días de franco especiales y poder seguir mis vagos estudios, el coronel a cuyas órdenes estaba me encargó que le pintara un departamentito (lo que en aquella época se llamaba "bulín"), cosa que procedí a hacer a lo largo de tres días. Gracias a ello tuve una semana entera de franco. Recuerdo que era en noviembre y hacía mucho calor. Yo estaba en calzoncillos, transpirando abundantemente mientras pasaba el rodillo por las paredes y el cielorraso. En eso, sonó el teléfono. Les recuerdo que esto ocurría cuando yo tenía veinte años, en una época en la cual obtener una línea telefónica en la Argentina suponía hacer años de cola, conseguir recomendaciones, mover influencias, etcétera. Sonó el teléfono, que ya estaba instalado, lo cual demuestra que el ocupante del departamento era un oficial del ejército. Atendí y escuché una voz de mujer, muy seca, que me decía: "Colimba, pobre infeliz, ¿te creés que yo no sé con quién va a disfrutar tu jefe ese nidito de amor? Decile a ese hijo de puta que no me chupó el dedo", y colgó.

Me pregunté cómo comunicarle esto a mi jefe sin ser indiscreto. "Indiscretas —decía Oscar Wilde— son las respuestas y no las preguntas". En este caso había que encontrar un *cierto tono*, pero al mismo tiempo me pareció que no podía guardarme esto, porque era demasiado delicado. Así que cuando terminé de pintar, y el coronel me dijo: "Bueno soldado, puede tomarse una semana de franco", comenté: "Mi coronel, hace dos días ocurrió un episodio curioso, que no me explico. Sonó el teléfono a la tarde en el departamento, atendí, habló una voz de mujer y, usted disculpe pero repito exactamente lo que me dijo, no entiendo a qué se refiere...". Repetí exactamente lo que me había dicho: "Colimba pobre infeliz...", etcétera. Entonces el coronel,

que me había escuchado imperturbable, con una elegancia inesperada, hizo un pequeño silencio y dijo: "Muy bien soldado, informe *y olvide*". Fue una máxima que me persiguió mucho tiempo, "informe y olvide". Hoy creo que mi máxima sería: "No informe y recuerde".

Creo que uno de los momentos más interesantes de corrupción durante mi servicio militar me vinculó a un soldado de la misma camada, un muchacho tucumano llamado Anselmo, que oficiaba en los servicios del Estado Mayor como cocinero del casino de oficiales. Debo decir que la gastronomía que preferían los oficiales era sumamente austera: bife con ensalada o bife con papas fritas; la imaginación no llegaba mucho más allá. De todas maneras eso era infinitamente superior a lo que nos daban de comer, al rancho que teníamos los soldados, generalmente un guiso de garbanzos grasiento que se consumía en el subsuelo del Ministerio. A todo esto, los compañeros que habían quedado en los cuarteles nos consideraban privilegiados por estar en el Ministerio. No sabían que las noches de guardia había que dormir en una cuadra que era un espacio lleno de camastros superpuestos donde el olor a transpiración y a soquetes mal lavados descomponía.

Yo aproveché la amistad que fue formándose lenta pero firmemente con el cocinero del Estado Mayor, para ofrecerme a hacer la limpieza de la ayudantía y el despacho de la sección Agregados Militares Extranjeros. Esto me permitía tener la llave de la oficina, porque la limpieza se hacía a las seis y media de la mañana. Al tener la llave, las noches de guardia me infiltraba en la oficina y dormía en uno de los divanes de cuero raído, incómodos pero por lo menos con alguna posibilidad de ventilación: las ventanas se abrían (en aquella época no había aire acondicionado en el Ministerio) y esto era infinitamente superior a la cuadra. Así fue como le sugerí al cocinero que él también podía dormir allí si me daba la comida que él preparaba para los oficiales.

Anselmo empezó a traerme, los días en que yo estaba de guardia —él estaba todas las noches de servicio en el casino de oficiales—, las milanesas o los bifes que cocinaba para los oficiales, a cambio de lo cual dormía en el despacho. Aquí es donde las cosas se pusieron más interesantes, porque hacía mucho calor, dormíamos desnudos en divanes enfrentados, y claro, cierta intimidad empezó a surgir. No llegó a ocurrir nada francamente sexual, pero hubo un atisbo de relación,

aunque más no fuera porque Anselmo en un momento me dijo: "Vos sos *moishe*, la tenés cortada ¿no?". Le dije: "Sí, estoy circunciso". "¿Cómo?". "Estoy circunciso". Él no conocía la palabra, y me dijo: "Dejámela mirar". La miró y yo por cortesía retribuí: "¿Y vos la tenés entera?". Elogio va, comparación viene, yo la tengo más larga, vos la tendrás más larga pero yo más gruesa, la cosa siguió así. Hubo un momento en que sentí que podíamos llegar a algo más, y creo que ninguno de los dos se atrevió. Tal vez no por un reparo llamémoslo "ideológico", sino por el hecho de que teníamos uniforme: "Acá se vive del chisme, todo se sabe, llega a pasar algo y al día siguiente lo sabe todo el Ministerio". Creo que los dos pensamos lo mismo. Mas tarde Anselmo fue transferido a otra sección y nunca volvimos a hablarnos. Creo, sin embargo, que en los dos quedó la idea de que en aquellas noches de guardia algo podría haber pasado si nos hubiéramos atrevido, si hubiésemos tenido la soltura que se adquiere con el tiempo para abordar experiencias sin que importe demasiado de qué tipo de experiencias se trate. Cuando nos cruzamos en la calle, tres o cuatro años después de terminado el servicio militar, nos saludamos sin intercambiar una palabra ni hacer el gesto de detenerse.

Me hace gracia porque de alguna manera todo esto corresponde a los versos finales de un poema de Rodolfo Wilcock, uno de los sonetos de su libro *Sexto* que habla de la cohabitación de animales de distinta especie en el arca de Noé durante el diluvio:

> Como en la cárcel, la promiscuidad
> creó lazos que no han de mantenerse
> cuando en tierra el establo se disperse.

Y creo que éramos parte de un establo, todos. Si recuerdo esa experiencia de la vida militar, que los jóvenes de hoy no conocerán, la resumiría en dos aspectos: los primeros pasos dentro en la corrupción y el esbozo de una relación sexual que no llegó a concretarse.

Moro Anghileri[2]

Hija

"Saber que ya no podemos esperar nada no nos impide seguir aguardando...".
Marcel Proust

¿Estas ahí? ¿Sabes quién soy? ¿Me conocés?

Tengo piel mate, ojos café y dientes de leche.

Sufro. Un tratamiento de conducto y cuatro muelas de juicio.

Las uñas me crecen débiles.

En invierno tengo la piel seca. Pero en verano, por suerte, no. En verano sufro el calor. Pero en invierno, por suerte, no. Estoy atravesando un desequilibrio emocional intenso. Tomo vino, fumo, duermo, como cosas ricas, me río, lloro a veces, pero no tanto, las guardo para una gran ocasión, a las lágrimas, para alguna fiesta o algo así.

No tomo sol, no me gusta. No tomo mate, me da náuseas. La gente también, por eso no salgo. Me gusta estar sola y que no me molesten.

¿Venís a llevarme? Te estaba esperando. Tomate tu tiempo... Igual... yo espero.

Soy mujer, ¿no importa? No sé qué pasó, entendí mal, nací así. Mujer, un asco.

Yo quiero que crean que soy un varón, para no tener tantos problemas. Por eso estoy siempre con hombres, hablo de fútbol, me despeino, transpiro; ves, el fútbol ya casi me interesa... Hablo de mujeres, como si entendiera... Como si fuera posible.

A veces, creo que creen que soy un varón.

Ahora mismo me gusta una chica que es como yo, por que parece un varón.

Es tan linda, tiene la piel blanca y el pelo negro y los ojos grandes, la veo siempre en cámara lenta. Mira con los ojos muy abiertos, con desconfianza y me hace creer que no existo. Me desaparece con la mirada. Desaparezco. Me gusta pensar en eso: en estar, pero sin cuerpo.

¿A vos? ¿Tu cuerpo? ¿Te duele, algo? ¿Te sentís triste? ¿Contento? En realidad no estoy tan segura de que sea un chica.

¡Esperá! Me voy a cambiar. Pero esperame, no te vayas, me quiero poner linda, me quiero ir con vos, quiero que me lleves, me quiero ir de

[2] **Moro Anghileri** (Mariana Anghileri) es actriz, dramaturga y directora. En coautoría con Mariana Chaud escribió *Alicia murió de un susto*. Escribió y montó *Hija*, obra estrenada en el ciclo Teatro x la Identidad.

esta ciudad, es horrible, la gente me mira raro. Ellos saben algo. Yo debo estar incriminada en algo. No sé qué es, no me lo dicen, aunque les pregunte no les entiendo. No sé qué piensan. Nunca dicen lo que piensan, por eso están tristes y son feos, ignorantes. Cuando ellos hablan yo escucho canciones de iglesia, de iglesia de Lujan. Esas canciones me dan frío... Cuando siento frío se me hiela la sangre y cuando siento calor se me derrite la alegria, y si tengo hambre lloro y si tengo que esperar me mareo. Y tiemblo. Cuando tengo miedo cierro los ojos y me hago chiquita y me abrazo fuerte a mí misma y trato de pensar cosas lindas, pero se me vienen imágenes cada vez más feas, y todo tiene caras y se rien y me miran y me clavan puñales en los ojos y quisiera correr, pero no siento las piernas y, además, no puedo abrir los ojos. Entonces canto en voz bajita, para escucharme, y espero que venga mi abuela a salvarme.

Ella dice que dé vuelta el pan porque si no Dios llora... Y que los cuchillos no se dan de punta... Y que la mujer cuanto mas peluda mas macanuda... Y que el tiempo es oro... Que listo el pollo, pelada la gallina... Y que no tengo que dejar sobras de comida por que hay mucha gente que no tiene para comer... Y que rece... Si hay un perro cerca, a San Roque: "San Roque, San Roque que este perro no me mire ni me toque...". Y si se me pierde algo, a San Antonio. "San Antonio, San Antonio ayudame..." Y cuando me voy a dormir le rezo al ángel de la guarda, y ella dice que estamos bien *gracias a Dios* y hasta mañana, *si Dios quiere*... Y que sueñe con los angelitos... Y que sea buena. Y que un media estación va a estar bien.

¿Sabes qué pasa? No encuentro un media estacion, no se que es un media estación; debe ser como ¿media tinta?... Bueno, no tengo ningun media tinta. No se que es eso. No entiendo. Un ¿nunca se sabe? Un mas o menos, un por algo sera, un poco pero no mucho, un compromiso sin comprometerse. No entiendo nada, no me entero, soy tonta, porque quiero saber, porque no entiendo.

Y nadie me explica. ¿Por que nadie me explica? ¿Por que no puedo saber? ¿Tengo algun problema? ¿Naci con problemas? ¿Me falla la cabeza, el entendimiento, la memoria? ¡Tengo agujeros en la memoria, soy un agujero de la memoria!

No entiendo. Y seguro que en este momento me voy a esguinzar un tobillo o me voy a quebrar una pierna o así de repente se me van a cortar las venas, ya lo se, cada vez que me hago preguntas, me lastimo,

algo me rompo, seguro, siempre lo mismo, como si no lo supiera. Como si fuese la primera vez y después me pregunto por qué a mí y siento lástima de mí misma y lloro, etc., etc., etc. Así que ya me voy a vendar y me quedo tranquila en un rincón hasta que se me pase esta manía de hacer preguntas.

.....

¿No te importa esperarme?

Todos esperamos algo, ¿no?

.....

¡Tengo un hambre!... Podríamos ir a comer... Bueno, depende. Depende de lo que hablemos. Porque a mí hay temas que me quitan el hambre. Podría hacer una selección. Una lista. Bueno, yo ya hice una lista. Preparé una lista de temas. Como un temario. Porque si no me olvido. De todo me olvido. Entonces anoto. Anoto todo en un cuadernito. Mi abuelo me dijo que cuando me duela algo lo anote en un cuadernito. Ahora él está enfermo. No se mueve más. Ni habla. Mira hacia afuera. Tal vez está teniendo todas las enfermedades que tenía anotadas en su cuadernito. Bueno, no está mal. Tal vez no tuvo tiempo de enfermarse antes y se las fue dejando para más adelante y ahí están todas juntas ahora.

Se está yendo. Se apaga.

Yo ya le dije que por mí está bien.

Le doy besos.

Y le digo secretos...

Le conté de un chico que gusta de mí, que me mira y que me manda a decir cosas. Guarangadas. Y yo me escondo para no mirarlo, porque tengo miedo de tener que besarlo. Una noche bailamos en una fiesta, y él se me acercaba y un poco me gustaba, porque podía olerlo...

Ahora quiere ser mi novio. Y yo le dije que sí, pero después de eso salí corriendo porque no quiero besarlo, ¡es muy narigón!

Ves que todos esperamos algo; él espera que lo bese; bueno, que espere. Yo también espero. Otras cosas. Espero. A veces espero gente, a veces espero horas, ayer esperé a Vicky.

Teníamos un pacto con Vicky, cuando estamos en mi casa mando yo, porque es mi casa y yo sé bien todo, dónde está cada cosa, dónde está el peligro, la diversión, los misterios de la casa, de los techos, de los vecinos, los secretos de los tapiales, todo, todo. Entonces mando yo. En mi casa mando yo.

Pero cuando estamos en su casa, mando yo, porque yo soy la visita, y a las visitas hay que tratarlas bien, hay que hacer lo que la visita quiere hacer, porque hay que mimar a la gente que uno quiere, así que en su casa mando yo.

Bueno, muy bien, eso no funcionó.

No sé por qué, porque nos llevábamos rebien con Vicky. Ella tiene un montón de amigos porque es buena, y me los presta porque yo no. Me doy cuenta. En las pequeñas cosas. Reflexiono acerca de que no soy una buena persona. Tomo un objeto cualquiera. Una mosca. Y reflexiono.

Se cae una mosca en mi vaso de Coca Cola. Solamente compramos Coca Cola para los cumpleaños y solamente queda ese vaso de Coca Cola, que guardo entre las manos para tomarla cuando tenga muchas ganas. Aunque esté caliente no me importa, por lo menos es Coca Cola, pero justo en ese momento, después de protegerla de todos con mis dos manos, cae una asquerosa mosca adentro. Me dan ganas de llorar. Las moscas me dan mucho asco, pero te miro a los ojos mosca y me das lástima, porque te estás ahogando y estás sufriendo y eso lo entiendo bien. No entiendo qué intentás decir con tus patitas, te estas poniendo muy desagradable mosca. Mmm, se te salen los ojos para afuera, las alas se te arrugan, te sale un líquido verde, me estás mirando fijo, me estas pidiendo ayuda y yo sólo pienso en mi Coca Cola. Me estás diciendo que hiciste lo que tenías que hacer, que tu esencia es esa, que sos parte de un todo, pero no me conmueve, no te entiendo mosca, ¿estás muerta mosca?

Qué asco.

Se me fueron las ganas de tomar Coca Cola. De comer, de pensar.

No, mejor Coca Cola no. Me da impresion. No quiero pensar en vos mosca ni en los que se mueren porque me dan impresion y pena y no los entiendo. Prefiero dormir a pensar demasiado. ¡Me gusta tanto dormir! Cada vez más. Estoy mejorando en las esperas y también estoy refinando mi hábito de dormir. Y cada vez parezco menos un varón. Es que ya no quiero ser tanto un varon. Un poco sí, pero no tanto. Cada vez me parezco más a una mujer. No esta mal. Tiene sus ventajas, incluso creo que no cambiaría. Lo descubrí hace poco. A veces descubro cosas.

Algunas veces siento que tengo grandes descubrimientos. Una vez descubrí un lugar en el que nadie había estado antes y cuando me fui no dejé huellas, para que el próximo que venga pueda pensar lo

mismo. Para engañarlo. Me gusta mentir, me gusta engañar a la gente.

Una vez descubrí que los dientes tienen fecha de vencimiento, hay un momento en que no te crecen más, no te vuelven a salir otros. Si se te caen, los perdés.

Descubrí que el mismo cuerpo me iba a acompañar toda la vida en todos los momentos y que las cicatrices se borran, pero están ahí siempre; y si hay humedad, duelen.

Que soy capaz de producir diferentes humedades: algunas son asombrosas, otras dan pena, otras lavan las heridas.

Pero el descubrimiento más importante que hice hasta ahora son los besos. Abrir la boca y dejar que otro ser humano te acaricie el paladar y acariciar la parte de atrás de los dientes de otro ser humano...

Eso lo descubrí un verano en Córdoba. Me enamoré de un chico y le dije que quería ser su novia y él no quería, pero aceptó. Y nos besamos como en las telenovelas. Todo el día. Es que nos salía cada vez mejor, y cuando sabés que la próxima va a ser mejor... ¿te vas a perder la próxima?

Pero cuando se terminó el verano, él se quedó en Córdoba y yo volví a mi casa y entonces nos quedaron ochocientos kilómetros en el medio. Y cuando volví a buscarlo, él no me quería más.

No importa.

Seguro que ahora es ingeniero. Horrible. ¿Quién quiere estar con un ingeniero? Me muero del aburrimiento.

No importa.

Estoy bien de verdad.

Ya casi no me acuerdo. Hay cosas que olvido, que desaparecen de mi memoria. Que las pierdo. En cambio hay otras que recuerdo perfectamente. Porque tengo recuerdos. Y los que me faltan los invento.

Cuando camino tengo recuerdos. Hago equilibrios con los recuerdos, los acomodo para que no se note lo que falta. En el sector izquierdo faltan, así que no me muevo mucho hacia la izquierda; en cambio, en el sector derecho sobran. Estoy aprendiendo a administrar los recuerdos.

Ahora tengo uno de confitería.

Ahora tengo otro de princesitas, como yo...

Ahora tengo uno con vos, ¿te acordás? Sí, ya sé, me lo inventé.

Otro. Un día que fui a la Agencia Fiscal de Ingresos Públicos y un gordo, desde atrás de un mostrador, me dijo: "A partir de este momento este es tu segundo hogar". Y yo lloré. Durante toda una semana.

Hay gente que quiero lejos. Quiero estar lejos de algunas personas porque me asustan. Me da miedo la gente bruta, los ignorantes, la falta de cariño, la gente desapasionada. Me hacen sentir un gusano. Me hacen creer que nada tiene sentido.

Los quiero lejos. En cambio hay personas que me gustan, que me gusta tocar, mirar, espiar, abrazar, besar, oler, devorar.

Me gusta moldear gente, me gusta tomarlas suavemente y mover sus cuerpos, sus mentes, su aire. Moldeo las partes, lentamente les cambio la respiración, me meto adentro y arranco partes, recorto los ojos, cambio pedazos de memoria, les coso vestidos y escondo las cicatrices. Nadie las nota. Entonces están listos. Tengo una lista de muñecos. Me gusta verlos bailar mi música. Y cuando se saben la melodía tan bien que ya nunca se la olvidan, ¿sabés qué hago?

Corto los hilos que salen de mis manos y los dejo libres.

Algunos se mueren...

.....

Todos.

¿Ahora todos se enamoran de mí? ¿Ahora? Yo no lo puedo creer. Antes yo deseaba tanto tener un novio o una novia o una amiga o un amigo: algo. Alguien que guste de mí, que crea en mi mas que yo: y nadie, nadie, me quería cerca.

¿Y ahora todos están enamorados de mí?

Yo ya no sé si me conviene. Ahora que aprendí a estar sola. No se si quiero. Además, estoy segura que de los voy a hacer sufrir. Y yo voy a sufrir. No me parece un buen negocio.

Si alguien se enamora de mí... No sé. Que espere a que se le pase.

Es que no estoy preparada, no tengo la capacidad de demostrar las cosas que siento, solo las que pienso y casi todo lo pienso. Pero si algo me roza el corazon, la boca se me cierra y ningun sonido puede escaparse de la jaula en la que me convierto. Soy una carcel. Sólo hay una puerta, a traves de los ojos, por la que logra escapar el liquido que lava las heridas; y cuando estan limpias y casi no se ven, creo que no existen y sonrio arrancando los hilos que cosen mi boca ensangrentada pero sonriente.

Ese es el único estado de felicidad que conozco, por el momento.

Si alguien se enamora de mí. Bueno, pero que no me moleste.

Que se quede por acá, cerca, pero sin molestar. Que me prepare

un té y me mire con ternura. No lascivamente, con ternura. Bueno, lascivamente también.

Si alguien se enamora de mí, bueno, pero me tiene que hacer reír, tiene que estar tibio, le tiene que gustar hacer cosas, tiene que mirar para adelante con ideas, tiene que comprarme chocolate blanco en rama, me tiene que hacer masajes en los pies, tiene que levantarse a dar vuelta el *cassette*, tiene que saber que me aturdo fácilmente y hablar poco...

Si alguien se enamora de mí, bueno, pero tiene que mirarme a los ojos siempre, me tiene que contar cada pensamiento, no tiene que tener intimidad, no tiene que tener recuerdos con otras mujeres. Su apellido tiene que pegar con los nombres de mis hijos, que van a ser cinco. Tiene que tener la familia lejos, tiene que encontrar el punto de la conversación en el que hay que hacer silencios para que yo pueda respirar.

Tiene que entender que yo me aturdo fácilmente y callarse. Saber cuándo callar. Se tiene que callar.

No. Igual... No, no va a funcionar. Prefiero estar sola, porque es muy complicado, yo ya tuve una infancia difícil, prefiero dar vuelta el *cassette* yo sola, o que se termine y listo, me quedo callada, qué problema me hago, me quedo sola, si después se van, igual me voy a quedar sola. Y si no se van, los echo y lloro.

Eso duele, sabés. Mucho duele.

Prefiero estar sola.

Muchas gracias.

Está todo apagado...

Mejor sola.

Solísima, pero tranquila.

Un abrigo por si refresca...

En paz.

A mí, que me dejen en paz.

Bueno, listo, yo ya estoy. ¿Nos vamos?

.....

Dale...

Esperá.

(Sonríe llorando. Esperando.)

Patricia Suárez[3]

Confieso que he vivido
Viernes/ Retrato

La fiebre del bebé

La segunda noche, él oye a la beba llorar desde su casa y viene a la mía. Para acunarla, para consolarla. Vivimos en casas yuxtapuestas, separadas apenas por un pasillo de un metro y algo. Es muy largo de explicar por qué vivimos así, pero así vivimos. No sé cómo la oyó llorar; si antes la ha oído, nunca vino por ese motivo, nunca en mitad de la noche. Es nuestra hija, se llama Gala, tiene once meses. Cuando cumpla un año daremos una gran fiesta, decimos. Festejaremos nuestra unión y el cumpleaños de Gala, que es el fruto de nuestra unión: hacemos listas mentales de la cantidad de invitados y si les serviremos pizza o una comida o chocolate. A decir verdad, también pensamos que podemos pelearnos antes de que la beba cumpla el año y entonces ya no haríamos ninguna fiesta y ahorraríamos algún dinero. Estoy dormida, lo veo con la beba en brazos, y de pronto me asalta el miedo de que mi hija se muera. No tiene demasiada fiebre: de 37°C a 38°C se llama *febrícula* en los bebés y recién a los 38°C comienza la *fiebre* propiamente dicha. Ella tiene 38°C y medio. Él dice: "Pongamosle paños fríos sobre la frente". Voy y corto en pedazos una remera vieja que me regaló mi hermana. Me la regaló estirada y vieja porque compra toda la ropa en ferias de ropa usada o de segunda mano, compra allí aun la que es para regalar. Pienso que sobrevivir a los hijos debe ser como una maldición. Pienso que si mi hija se muriera, nada nos uniría ya al padre y a mí, y yo dejaría ésta, nuestra casa compuesta de dos casas y volvería a mi ciudad junto a mi madre. A veces siento que vivo una vida virtual, que algún día volveré a mi antigua casa, a mi madre, y que esto que es mi presente ha sido una ficción: mi marido, mi hija, Buenos Aires. Tengo mucho miedo de que el pasado regrese y me trague con su boca saturnina. No puedo enumerar todo lo que me pasa, tengo miedo, tengo miedo. La beba se ha dormido y él susurra algo que no entiendo, que no escucho, se acuesta y duerme conmigo. Él es el hombre que duerme conmigo, el es mi hombre, pienso.

[3] **Patricia Suárez** (Rosario, 1969) es escritora. Ha publicado, entre otros, *Rata Paseandera* (1998), *Fluido Manchester* (2000), *La flor incandescente* (2002), *Perdida en el momento* (Premio Clarín de Novela 2003), y *Un fragmento de la vida de Irene S.* (2004).

El chico del video club

Estoy parada entre las estanterías; busco una película para la noche. Últimamente miramos películas todas las noches, muchas veces yo me quedo dormida antes de que terminen. No logro saber quién es el asesino en *Memento*, por ejemplo, y tengo una idea muy general sobre *Barry Lyndon*, a pesar de que está espectacularmente filmada y de que al libro lo leí mientras estaba embarazada: no termino de entender cuál es el problema del señor Lyndon. ¿El orgullo o la mentira? ¿Una mezcla indiscernible de ambos? El libro comienza diciendo que no hay mal en este mundo que no se cometa porque en el trasfondo del asunto se encuentra una mujer. Qué debería decirse entonces del amor de los hombres. Hay mujeres que pasan la vida sacudidas de un hombre a otro, como un bote en una borrasca. Tengo miedo de estar atada a un hombre; tengo miedo de estar atada continuamente a un hombre distinto. Los empleados del video club son dos adolescentes, los sobrinos del dueño. No puedo preguntarle a dos chicos qué opinan de *Sonata Otoñal*. No sé cómo se llaman: uno tiene ojos verdes, pecas, y un diente delantero cubierto por una corona plateada. El otro es moreno y afilado, con una sonrisa limpia. Ambos son muy delgados, hablan entre ellos con monosílabos, suena como código morse. Las veces que voy con la beba colgada en la mochila a alquilar películas, el chico moreno le hace gracias, le regala caramelos masticables que después como yo; una vez me preguntó cómo es tener hijos. "Lindo", contesté sintiéndome una estúpida. Debería haberme despachado con algún discurso más complejo sobre la maternidad, con detalles. Es extraño que un chico haga estas preguntas, es extraño que un ser humano exprese su ternura.

El diagnóstico

La doctora de Gala es estrábica; esto no me molestaría si no fuera porque con el ojo bueno me mira atentamente, asintiendo, repitiendo los síntomas que padece la beba. "Fiebre", repite y apunta en la historia clínica. "Está molesta, llora". Pregunta por otros síntomas que mi hija no tiene; comento que le di aspirinas. Me enfoca con su ojo de cíclope. Dice con severidad: "A las aspirinas las tirás y no se las das nunca más". Me invade el temor de haber envenenado a mi hija, estoy a punto de decir que mi médula espinal está disponible de inmediato

para ser transplantada a la beba, si es que ya tiene un daño permanente. No lo digo porque tengo el temor de que no sea comprendido como un chiste; hago chistes para expresar mis temores. Un dramaturgo escribió que cada chiste encierra un pequeño holocausto. Tengo miedo de que mi amor sea dañino para aquellos que amo. Tengo miedo a ser malinterpretada, tengo miedo a la confusión, creo que este último es mi mayor miedo: tengo miedo de pasarme la vida dando vueltas buscando en dónde habrán puesto mi bendito queso, en qué recoveco del laberinto. Tengo miedo de sentarme y no levantarme más a buscar el bendito queso preparado para mí y escondido en algún rincón del laberinto. Ausculta el pecho de mi hija, le aprieta la barriga. Con una especie de manga de repostería inspecciona sus oídos, le baja la lengua con la paletilla y mi hija tiene arcadas. "La sexta enfermedad", diagnostica. "En dos días se brotará y aparecerán manchitas. Cuando se brota se termina la fiebre". "¿Cómo?", pregunto aturdida, "¿cómo va a tener la sexta enfermedad, si todavía no tuvo la quinta?" "Eso no tiene nada que ver. En esta época hay virosis de todo tipo y epidemias de la quinta y la sexta enfermedad". Lo menciona muy tranquilamente, como si estuviera hablando de las sinfonías de Beethoven, cuándo fueron compuestas, por qué, y si era o no era ya sordo cuando las concibió. Una vez le pregunté a esta pediatra si los hijos están en el Cielo y eligen adónde nacer, a quiénes tener por padres. "¡No!", gritó. Sabe hacerme sentir desdichada, sabe hacerme sentir analfabeta. Mi hija llora; le pongo el pañal al revés en el apuro, los botones del saquito en ojales equivocados. Las buenas madres nunca tienen apuro, pienso; esta es una frase que por lo menos volvió famoso al valet de Napoleón. Me demoro subiéndole las medias, y entonces veo que la doctora se marcha, está tendiéndome la mano, que yo no puedo estrechar porque tengo en una mano una media y en la otra el piecito. Me deja sola en el consultorio. Estoy agotada, estoy derrotada. Nunca voy a ser la madre perfecta.

Las comedias románticas de Hollywood

Cuando era profesora, mi película favorita era *El tesoro de Sierra Madre*, ahora ya no lo es. Tengo un listado de las películas que me gustan, sobre todo las comedias, porque a ésas las saco dos ó tres veces, para reírme cuando estoy triste. Desde que soy madre me cuesta

mucho leer un libro del principio hasta el final. Por eso me inclino por las películas de video. Me hace sentir conectada con el arte. Cuando mi marido no está, miro comedias tontas de Hollywood, comedias románticas. Casi puedo decir que las miro en secreto, a escondidas, porque no son muy intelectuales y él no las soportaría. Miro *Loco por Mary*, *Cuando Harry conoció a Sally*, *Mi novia Polly*, *Irene, yo y mi otro yo*, *America's sweet hearts*, *Alta fidelidad*, *Cuatro bodas y un funeral*, *¿Qué tal Bob?*, *El casamiento de Muriel*, *La guerra de los Roses*, *Nadie me quiere*, *Sleepless in Seattle* y *El día de la Marmota*. De las comedias viejas me gustan casi todas las que filmó Billy Wilder: *Sabrina*, *Departamento de soltero*, *Nadie es perfecto*... Audrey Hepburn, Shirley MacLaine y Marilyn Monroe: el director no se andaba con chiquitas a la hora de elegir actrices. En la actualidad, mis actores preferidos son: Bill Murray, Ben Stiller y John Cusack. John Cusack, en realidad, me gusta físicamente y no tanto como actor. Me gusta porque parece un hombre de mi ciudad, un muchacho nacido y crecido en mi ciudad y que luego hubiera emigrado a los Estados Unidos para hacerse actor. En mi ciudad nadie lograría triunfar como actor, las personas no van al teatro, no les gusta, no sé por qué. A veces me canso de estas películas, que siempre acaban en boda o en romance, cuando en la vida real en general la gente no se entiende, pero se une entre sí de todas maneras y por eso los romances y las bodas son un poco dolorosos para todo el mundo. En este sentido la película que odio es *Amélie*: una chica persigue a un chico guiándose por interpretaciones y fantasías y luego resulta que él es el amor de su vida. Cualquiera en su lugar hubiera pensado que él era un maniático sexual o algo por el estilo. Los franceses no tienen el gen para realizar buenas comedias románticas como los norteamericanos, que son soñadores y rezuman insatisfacción. Las comedias románticas de Hollywood se basan en el malentendido y la gente en general no las soporta porque las considera demasiado idiotas. Quiero decir, la mayoría de las personas las miran cuando viajan en ómnibus o en avión, o una noche de insomnio en el cable, pero casi nadie que esté pisando los treinta años va y las alquila en un video club. Yo creo que tal vez sea porque uno se asusta, la estupidez asusta, es lo único que no tiene límite en el ser humano. Una vez tomé un curso para aprender a escribir teatro con un profesor español, quien dijo que es imposible entendernos con el otro,

porque el otro es una construcción nuestra, una interpretación nuestra. Esta visión de la comunicación humana resulta muy desoladora; lo impulsa a uno a irse a vivir a una isla desierta. Tengo miedo de acabar mis días comentando: "Más conozco a la gente, más quiero a mi perro". Peor aun: tengo miedo de morir y ser descubierta tres días después a medio comer por un ovejero alemán. El profesor basaba estas ideas en sus lecturas de Ronald Laing, el psiquiatra inglés, pero yo no estoy segura de que fuera esto lo que Laing trataba de decir. Más tarde leí a un autor de teatro inglés, que decía que a pesar de que nos comunicamos a través de malentendidos, logramos entendernos: enmendamos un malentendido con otro y así vamos viviendo. Esto ya es un poco mejor. Pero finalmente encontré esta frase, escrita por un filósofo alemán que no logró escapar al genocidio: "...'malentendido' se llama el ritmo con el cual la única verdadera realidad se abre paso en la conversación. Cuanto más verdaderamente sabe hablar un hombre, tanto más felizmente se lo malentiende".

Una mirada de amor

El chico moreno del videoclub me mira con insistencia y yo pienso que debo tener el gorro puesto al revés, o tal vez me ensució un pájaro perdido a la deriva (en invierno aquí no hay pájaros). Tiene una manera de mirar que acelera mi pulso, a pesar de que me digo: "Es un error, es un error. No puede estar mirándome a mí y que esa mirada signifique lo que creo que significa". Tengo miedo de convertirme en una erotómana, empezar a ver señales eróticas donde sólo hay cortesía. Antes, en otra época, o quizás antes de ser madre, hubiera hecho el amor con cualquier hombre que me gustara. Pero ahora no sé qué pasó: algo dentro de mí se congeló. Tengo terror de pensar que algo dentro de mí está agonizando. Uso unos vaqueros muy viejos, creo que los uso sin parar desde hace dos años, y están muy gastados. Llevo un rompevientos que compré para viajar a la montaña, a la nieve, y que en mi ciudad nunca usé porque allí hace menos frío que aquí en Buenos Aires. El rompevientos me tapa desde el mentón hasta la mitad de los muslos: ese chico no puede saber cómo soy yo realmente, cómo es mi cuerpo. Me pregunto si hay alguien que sabe cómo soy yo realmente. El chico me pregunta por la beba, dónde la dejé con esta lluvia. Le digo que vivo cerca, pegado a la heladería donde sirven el

súper sambayón con chocolate derretido. "Algún día podríamos tomar un helado", sugiere él. Está invitándome a salir: tal vez yo debería pedirle sus documentos, averiguar si es mayor de edad, cuál es su signo del zodíaco, si es alérgico a algo. Tengo miedo a no amar y miedo a no amar demasiado. A lo mejor este chico sea para mí como la grulla agradecida del cuento japonés: una grulla tiene un ala herida y un joven la cura; entonces, en agradecimiento, la grulla se muestra tal cual es, y el joven se enamora perdidamente de ella en su forma de mujer. Luego se casan, y ante los apremios económicos la grulla comienza a tejer chales preciosísimos con sus plumas blancas. Ganan un montón de dinero y se vuelven ricos. Entonces el japonesito empieza a *chulear* a la grulla de puro avaro que es y la grulla le pone un tope a sus demandas y se marcha, dejándolo en la vía. Los cuentos japoneses no terminan como las comedias de Hollywood. A mí me gustaría que el chico se enamorara de mí y yo de él y entonces tendría un lío fatal con mi marido, pero empezaría una vida nueva. A decir verdad, lo más conveniente sería que el chico no se enamorara de mí ni yo de él. Que ni siquiera compartiéramos un helado para que ninguna chispa se encendiera entre nosotros. De esta manera yo no tendría un lío fatal con mi marido, sino que festejaríamos el primer cumpleaños de nuestra hija, la criaríamos hasta los dieciocho, edad en que ella supuestamente volará del nido, y al fin entonces, yo me retiraré a vivir a una isla desierta. Dicho así mi futuro más bien tiene un costado patético, que a primera vista no es el que parece, o sea, que el costado patético no es la soledad, sino que aparezca un Viernes. Yo tengo miedo de que se me aparezca un Viernes, pero por una cosa o por otra Viernes siempre acaba por aparecérseme. Es la historia de mi vida.

Octubre

Marcelo Birmajer
Mariana Chaud
Gabriela Bejerman

Confesionario toma la forma del confesor. Para algunos, confesar es contar lo que da más vergüenza: envidia, avaricia, decadencia, adicciones, deseos ocultos por personas no indicadas, arrepentimientos, bochorno, sexo raro, excesos.

Otros cuentan ese momento de pérdida en el que algo deja de ser como era: el amor se va, la fama se va, el trabajo se va, la salud se va, la mesura se va, la alegría se va, la identidad se va. Y después lo nuevo: otro amor, la reinvención, las changas, los antidepresivos y los ansiolíticos, nuevas identidades, bailar una noche entera.

Algunos nunca son más sinceros que cuando mienten y no hay nada más verdadero que sus propias mentiras. Tratar de ser honesto sería una postura, sería falso. Un intento infructuoso.

Relatos de vida intensa, tiempo condensado, pasa de todo, cambios dramáticos y relatos del tiempo que corre, se desliza, los minutos duran horas y lo que pasa es liviano, simple, una cosa lleva a la otra... ¿Cual será la próxima versión de Confesionario, historia de mi vida privada? No lo sabemos. Están todos invitados a esta edición, siempre diferente, siempre única, nunca aburrida.

Confesionario, historia de mi vida privada: Se abren las compuertas, se escuchan los secretos que habían estado bien guardados.

Marcelo Birmajer[1]

La risa. Historia de un fracaso (una confesión)

I - Todos los chistes terminan mal

Luego de leer el ensayo de Sigmund Freud *El chiste y su relación con el inconsciente* yo publiqué mi artículo *El chiste malo y su relación con el inconsciente que los cuenta*. Pero lo cierto es que yo no me río siquiera de los chistes buenos. Los chistes no me hacen reír. La mayoría de las veces no los entiendo. Cuando los entiendo tampoco me río.

Sin embargo, no sé si es porque temo quedar mal con el interlocutor o porque es una forma narrativa que no me alcanza; lo cierto es que al final del chiste siempre debo fingir una carcajada, o una especie de estertor parecido a una risa. En esos instantes, comprendo lo que debe sentir una mujer cuando finge un orgasmo.

Las personas se sienten realmente defraudadas cuando no nos reímos de sus chistes. Nadie espera que lo consideren un Einstein por sus opiniones acerca de la capa de ozono o que confiemos en sus consejos. Pero todos quieren que se rían de sus chistes, como si fueran Jerry Lewis o Buster Keaton.

[1] **Marcelo Birmajer** (Buenos Aires, 1966) es escritor y guionista. Ha publicado, entre otros libros, *Un crimen secundario* (novela, 1992), *El alma al diablo* (novela, 1994), *Fábulas salvajes* (cuentos, 1996), *El fuego más alto* (cuentos, 1997), *Ser humano y otras desgracias* (cuentos, 1997), *Historias de hombres casados* (cuentos, 1999), *No tan distinto* (novela, 2000), *Tres mosqueteros* (novela, 2001) y *Nuevas historias de hombres casados* (cuentos, 2001). Es co-guionista de la película *El abrazo partido*, dirigida por Daniel Burman.

"Tengo un problema neurológico", les explico: "Estoy incapacitado para reírme. Mi médico me recomendó que para expresar la risa emita un aullido agudo: ¿querés escucharlo?". La mayoría de la gente prefiere dejarme en paz.

A veces, cuando entiendo el chiste y me parece realmente bueno, puedo llegar a elogiarlo con calma. "Sí, es muy gracioso." Pero a los interlocutores no les alcanza: quieren que me ría. Y no es que sean comediantes o que estén actuando: sencillamente quieren que me ría, aunque me lo cuenten por teléfono.

En realidad, sólo me río cuando estoy realmente desesperado. Si comienza a salir agua en forma de chorro de la pared del baño, o me rechazan en el examen de conductor, entonces sí, me río a carcajadas. Los plomeros y los instructores se quedan mirando como si esperaran una explicación, preguntándose en silencio de qué me río. Pero yo no tengo ni un atisbo de respuesta. Quien sabe. Por ahí realmente es un problema neurológico.

II - La risa inoportuna

Desde hace ya varios años padezco ataques de risa en las circunstancias más insólitas. Estos ataques pueden ser desencadenados por un estímulo mínimo, o por ninguno. Un par de meses atrás fui convocado a un estudio de televisión para participar de una entrevista, junto a mi amigo Juan Sasturain. Él había llegado practicamente corriendo, hacía mucho calor y en el estudio no había aire acondicionado, de modo que Sasturain traspiraba copiosamente. En primera instancia, ni siquiera repare en eso. Pero en mitad del reportaje, cuando el periodista nos consulto acerca de un hecho realmente tragico de la realidad internacional, comence a reirme sin motivo. De algun modo vincule mi risa alienada con el hecho de que mi amigo estuviera transpirando mientras respondia acerca de aquel tema. ¿Pero por que eso habria de causarme risa? Lo cierto es que no podía parar de reír.

Tuvieron que detener la grabacion y traerme un vaso de agua. Luego prendieron otra vez las luces de escena y esa fue la señal para que yo prorrumpiera en una nueva catarata de inexplicables carcajadas, agudas y nasales, ya que me tape la boca con el antebrazo. El periodista intento seguir adelante con el reportaje, pero muy pronto estaban riendose tambien dos camarografos y un sonidista.

Cuando volvimos a interrumpir, el entrevistador me pidió muy seriamente que le dijera de qué me reía, y yo respondí con toda honestidad que no lo sabía. De hecho, le dije, intentaba con todas mis fuerzas recordar eventos lúgubres de mi historia personal, para detener la risa. Pero era en vano. (Mi afirmación era completamente cierta: del mismo modo que los actores recurren a la memoria afectiva para llorar en escena, yo rebuscaba entre mis tragedias para detener la hemorragia de risas. Pero, o bien no me han acaecido tragedias de la suficiente importancia; o bien soy completamente inmune a esos sucesos. O, por último, algún tipo de problema neurológico impide que las tragedias de mi vida vulneren mi compulsión a reírme.)

En el siguiente intento, yo continuaba riéndome, esta vez sin arrastrar conmigo a los técnicos; pero defeccionó el periodista: a los pocos segundos de enunciada su pregunta, interrumpió la respuesta con una estruendosa carcajada.

No era la primera vez que me ocurría algo así. Junto a mi amigo Pablo De Santis, durante un programa radial, la locutora comenzó a leer un poema y me desbarranqué con un ataque de risa imparable. La nota era en vivo, de modo que mi única alternativa era retirarme del estudio aduciendo que debía ir al baño. Me marché, me lavé la cara y regresé. Pero ni bien entré al estudio, aunque los efectos risueños del poema ya se habían evaporado, mi risa infalible continuaba atacándome. Aduje una descompostura, me retiré y no volví nunca más.

Cada tanto me ocurre, y no encuentro remedio. Una de las cosas más horribles de este desorden es que mi risa deba frustrarse. Es como tener petróleo y no poder venderlo. Litros y litros de risa desperdiciados; la risa, que debiera ser un placer, convertida en un castigo. Creo que sólo un temperamento arruinado como el mío puede lograr este prodigio.

III - Se ríen de mí

A menudo soy invitado a encuentros con escolares para conversar acerca de mis libros. Invariablemente, alguno de los muchachos se ríe de mí. No es fácil de sufrir: habitualmente debo levantarme temprano y viajar un largo trecho, pues las escuelas se encuentran en la encrucijada de caminos entre la Capital y Provincia; o directamente en otras provincias. Muchas veces he viajado en avión. Incluso, en una ocasión, en un carro tirado por caballos.

No siempre son lugares por los que quiero pasear ni conocer. Siempre resulta oneroso que alguien se ría de nosotros, pero mucho más cuando uno se ha despertado temprano y ha realizado un viaje muy largo.

No sé si se ríen de mi cara, de mi voz —que no es seria—, o de las cosas que digo. Jamás les puedo preguntar "¿de qué se ríen?", debido a que no me quiero sentir en el lugar de aquellas maestras de mi infancia que me preguntaban a mí de que me reía, para luego agregar: "Por favor, compártalo con todos nosotros".

De hecho, si hoy una de aquellas mismas maestras me preguntara de qué me río, es evidente que, como ocurrió aquella vez con el periodista, no sabría qué responderle. Tampoco sabría qué responder a la pregunta de por qué no me río, cuando me cuentan un chiste. De modo que dejo que se rían de mí y reservo para mi vejez la resolución de este enigma. Tal vez a los ochenta o noventa años, ponga un aviso en el diario convocando a todos aquellos alumnos que se rieron de mí entre los años noventa y mediados del segundo milenio, a explicarme, ya sea por carta o personalmente, por qué se reían, si era por mi cara, por mi voz o por las cosas que decía.

Mariana Chaud[2]

Dependo totalmente de ustedes, de que me crean, me entiendan y me perdonen. En realidad, con que me escuchen basta. Mi confesión tiene una intención moral ¿Qué otra puede tener?

Voy a mostrar (en verdad, voy a contar e intentar ejemplificar en cada caso) los ejercicios que me propongo a mí misma cada noche. Son ejercicios sencillos que tienen como objetivo mi buen dormir, aplacar la conciencia, relajarme y eliminar o transformar aquellas sensaciones, impresiones o presentimientos, demasiados poderosos. Claro que el fin de todo esto no es otro que dormirme, con lo cual podamos tal vez deducir la importancia moral del sueño.

Y, por qué no, poniéndome en audaz y poco rigurosa, llego a pensar que el objetivo último de una confesión bien pudiera ser el buen dormir, mucho más eficaz que un potente somnífero. Es como un servicio de mensajería moral en el que una vez entregado el paquete y firmado el correspondiente recibo es muy raro que vuelva uno a cruzarse con eso. Aunque el destinatario estuviera equivocado, el efecto es el mismo. Pero no hago sino alargar mi propio descargo, que tanto me va a beneficiar.

A mí me marcó mucho la lectura de la revista *Viva* y las preguntas por el peor defecto y la mayor cualidad. El peor defecto de la persona entrevistada (un famoso) siempre es "soy un obsesivo del trabajo" o "soy demasiado perfeccionista en lo que hago", "soy muy apasionada". Me encantaría tener esos problemas, pero por desgracia, los míos son otros.

Separé los ejercicios por clases. Veamos:

Ejercicios para no ser reprimida: (no importa por qué soy reprimida o si realmente lo soy, no conviene plantearse esas cuestiones si de verdad uno quiere dormir). El ejercicio consiste en no espantar ninguna imagen y en mirarlas a todas con benevolencia. En ningún caso debo verme a mí misma como una boluda. También vale hacer cualquier cosa que esté mal y darle el beneplácito; como, por ejemplo, si quiero gritar "pedo" frente a mi familia política, lo hago, no me voy a morir por eso, o imaginar situaciones hacia el pasado y darles el visto bueno, aunque esto no es más que recordar con fallas.

Igual esto tampoco conviene porque se arma una cadena interminable, y lo que queremos es dormir, ¿no? Cuanta mayor abstracción se

[2] **Mariana Chaud** es dramaturga, directora de teatro y actriz. Escribió y dirigió *Sigo mintiendo*; *Alicia murió de un susto*; *La fotito* y *Mono*. Como actriz participó, entre otras, en *La escuálida familia*, *Pornografía emocional* y *Una noche en las cataratas*.

logre, mejores son los resultados. Puede que el ejercicio termine consistiendo simplemente en repetirse: "Es un ejercicio para no ser reprimida". ¿Es un ejercicio represivo? Si uno llega a plantearse eso, mejor cambiar de ejercicio.

Ejercicio para borrar papelones pasados: Este ejercicio tiende a evitar los escalofríos que nos sobrevienen de golpe. Por ejemplo, un domingo a la mañana, viajando en un auto o un colectivo, ese recuerdo súbito e involuntario (como un empujón por la espalda), acompañado por la pregunta mental "¿qué hice?" y por una emisión de sonido igualmente involuntaria. Los papelones no tienen explicación. Pero todos sufrimos papelones (eso es una máxima). ¿Cuál es el antídoto para el papelón pasado? Hacer "expresionismo" con la cara. Tipo Linda Blair en *El exorcista* o (para tener un modelo más feliz) tipo Gena Rowlands en *Una mujer bajo influencia*.

Para la culpa: Ya sabemos que la culpa no trae nada bueno (por lo menos para nosotros los neuróticos. Yo, por lo menos no mate a nadie, no manejo grandes capitales, ni decido nada *grosso* de la vida de los demás). Entonces es más simple: imagino los vastos territorios de América en el siglo XIX. Sólo paisajes, no hay que dejar entrar ningún episodio histórico. Es como pasarse un peine. Yo antes tenía sueños abstractos arrugado/liso, ahora hay una publicidad grafica muy buena al respecto.

Para la ansiedad: proverbios orientales de produccion casera. Por ejemplo: "Tolerar la ansiedad es ser vecino de la muerte".

Para la idea de muerte: me muero y todo sucede como en una película, están cubiertos todos los rubros, todos van a saber que hacer.

Para la soberbia: muy difícil de combatir. Cuando veo que tengo razón es que tengo razon. Me digo que tengo un caracter muy fuerte. El problema es que estoy, en general, boca arriba, frente al techo, los puños un poquito contraidos de mas. Para la soberbia lo mejor es cambiar de posición. Más fetal.

Para no ser frívola: es muy bravo intentar cortar las infinitas variantes y combinaciones de la moda (hace poco tuve un clarísimo ejemplo de la cantidad de chatarra almacenada en el disco rígido: de la nada aparecieron en mi cabeza nitidísimamente por lo menos diez dibujos o motivos en colores pasteles, tipo de los ochenta, tipo *bendy*. No sé si serían de una agenda o si esas imagenes acabadas eran así tal cual en

su momento o si, encima, mi inconsciente estuvo trabajando a pesar mío en la edición en *collage* de estas imágenes). Antídoto: traer a la mente la imagen del busto de Voltaire que hay sobre el piano en lo de mi amiga Josefina.

Miedo a los fantasmas: una vez que me agarró es muy difícil quitármelo. Hay una serie de pasos: 1) Explicación psicológica. Fantasma como manifestación del inconsciente. Tenerle miedo al pasado, a cosas no resueltas. Pero sigue, de manera mucho más infantil y potente (imagen de un hombre alto, flaquísimo con sombrero y capa negros). Pienso que existe una representación absolutamente personal de los fantasmas, que cada uno tiene su fantasma así como tiene su ángel de la guarda. ¿Quién será aquél a quien tanto temo y cuya imagen fugaz aparece en mi retina? Después de este pensamiento, ya sé que cagué la noche. 2) No da llamar a mi mamá, soy grande. Prendo las luces y leo. Espero que no se me aparezca por atrás del libro. Sudo. Pienso que deberían diseñar unos pijamas anti-fantasmas. Eso me tranquiliza, es un golazo comercial.

Inmadurez: Creer en que algún día voy a madurar. Registrar grandes logros. Ejemplo: al percibir que mi madre no me escuchaba para nada, no me enojé y hablé más fuerte. Estoy mucho mejor. Pero de pronto me acuerdo también de que le hice el vacío a una conocida porque se hace la reamiga de mi ex novio. Ahí la única que me queda es la negación. Olvidar que soy una persona tan limitada y pensar más místicamente, en mi camino como artista, etc.

Para la envidia: No mirar al costado, tipo las anteojeras de los caballos. La justificación: bajeza moral de la envidia.

Objetivos

El tema de los objetivos viene a reemplazar el momento del arrepentimiento y la penitencia. Se trataría (yo así lo interpreto) de un compromiso a cumplir no sólo con Dios o con su intermediario, el cura, sino con la sociedad. Y yo quiero comprometerme a...

• No hacer más chistes. Este es un objetivo interactivo, cualquiera que me conoce y que esté harto de que haga chistes tontos que sólo me hacen reír a mí, puede decírmelo a partir de hoy. Me comprometo ante escribano.

• No justificar mis definiciones más verdaderas, mi recorrido emocional.

• Disfrutar de cada persona. No el ingenio, no su comportamiento sino su presencia física: el timbre de la voz, cómo cruza las piernas, adónde posa la mirada, su nariz.
• Mostrar un poco cuando estoy siendo mala, sin culpas.

Gabriela Bejerman[3]

no ves que estamos comiendo frutillas con nieve

¡shh!, mi amor, estoy en la cama pensando en vos.
a cada lado hay un chico dormido respirando el calor
un chico a izquierda el calor de un chico a derecha
se acercan, me rozan mientras te amo ¡tanto!
¡shh! que no se despierten, me estás acariciando con las manos llenas de nieve
tu cara está gritando con la boca llena de nieve.

anoche tomamos vino y fumamos y yo quería irme a dormir
y le dije a uno de ellos: buenas noches (le llevé una manta)
y al otro, a mi amigo desde lejos, vení a dormir conmigo.

nos acostamos, empezamos a excitarnos.
el otro vino, dijo que se iba a dar una ducha calentita pero no, no. se lo prohibí.
le pregunté a mi amigo: ¿lo invitamos? (en voz baja).

sí, si vos querés. yo empecé: vení estamos acá (en la oscuridad).

mi amigo del alma y yo lo hicimos.
oh estuve excitada cinco días, porque te amo, pensando tanto en vos.
¡y no podemos vernos! no podemos vernos, yo quería sexo,
sexo, sexo dios mío ¡lo necesito! pensé todo el día.
no podía masturbarme porque quería hacerlo de verdad.
no me servía yo sola no, sexo, sexo real, sexo de un amigo
muy dulce. yo amándote como una frambuesa derretida.

me pregunto ¿quién me dio tanto placer? ¿fuiste vos frutillita?
los dos se quedaban dormidos, no podían conmigo,
con mi amor por vos, mi deseo encandilado.
se dormían, yo empezaba a tocarme, yo no hice nada,
quería sólo que me dieran, me dieran, no podían conmigo
porque mi placer es infinito, vos lo sabés bien.

[3] **Gabriela Bejerman** (Buenos Aires, 1973) es escritora y cantante. Ha publicado libros de poesía (*Alga*, 1999; *Crin*, 2001; *Pendejo*, 2002) y una novela, *Presente perfecto* (Interzona, 2004). Editó (junto a Gary Pimiento) la revista *Nunca nunca quisiera irme a casa*. En 2003 lanzó su carrera como cantante solista bajo el seudónimo de Gaby Vex.

mi amor, ¿por qué mi cama está llena de manchas?

¿qué significa esto?
tengo sangre derramada por todos lados pero no sé de qué color es.

creo que violeta eléctrico ¿vos me ataste tan fuerte cuando te fuiste la última vez?
mis amigos no se dieron cuenta, durmieron hasta la mañana.
yo me desperté a las ocho, a las ocho y media, a las nueve, a las nueve y media.
les hice café, galletitas, mermelada, dulce de leche, manteca. la leche estaba cortada.
café con leche, los tres en la cocina el sol entre las nubes dilatadísimas.
yo excitada viendo todo desordenado tan divino como el amor.
dejamos el vino los vasos las tucas las sábanas las mantas el azucar los libros los poemas,
todo tirado mi amor tirado como mi amor por vos vino tirado de un barril titanic.

tuve que irme a trabajar, no importa, cuando volví me saqué toda la ropa.
pasé la aspiradora puse bolsas adentro de bolsas no se donde quedaron
los dos forros en algún lugar están tal vez él los tiró en el inodoro.
a la mañana el chico que no conocía estaba en calzoncillos pero se puso los pantalones
para desayunar. hacia todo lento. yo acelerada sin ordenar dejamos todo así.
volví y junté los restos del vino en un solo vaso, vine a ver si me habías escrito.
No, nada, no me escribiste. quiero que me llames te ame entre dos hombres a la mañana.
la persiana estaba cerrada pero entraba un rayo fucsia mi amor destilado uvas un séquito de uvas moliendo mi sexo. por eso estaba todo lleno de manchas de sangre.
yo quería que vos me hicieras manchar las sabanas porque me diste un cuchillo tan afiladito con gusto a helado de wild strawberries and cream *como el poema que te leí a la mañana. vos soñabas, yo amandote con la voz por poco que lloraba.*

no entiendo por que mi cuerpo esta tan rojo y líquido, estuviste visitándome.
un fantasma arriba de la cama donde dos dormían. yo te amaba toda
entera. yo te amaba vos me dabas nieve desde la boca y la dejabas caer como baba derretida.
en mi piel turbulenta ¿como fue tu viaje en avión? te vi paseando en las nubes

hacías sombras chinescas con el sol ¡sos magnánimo! yo adorándote como una perra.
me odiás por lo que te confieso pero te gusta que mi cuerpo esté en el esplendor celeste
del goce ah del goce eléctrico diáfano no tengo piel sino lava ácido strawberry.

Histoire d'amour
París, 1994.
Albergue de la juventud católica.

Yo estaba de vacaciones. Visitaba nuevamente la bella ciudad de mis sueños y dormía en albergues juveniles. En la rue de Vaugirard quedaba mi alojamiento. La habitación tenía grandes ventanales que daban a un parque frío y romántico donde unas seis o siete camas ofrecían cobijo a jovencitas de toda nacionalidad. Después de algunas noches en aquel parador me desperté por la incómoda presencia de una recién llegada que acomodaba sus valijas sin consideración de los que aún dormíamos. Largo rato esta desconocida hizo toda clase de ruidos y ruiditos con sus bolsas de plástico y sus movimientos de la cama que acomodaba para dormir en otro momento, no ahora cuando yo lo intentaba. Ya harta de tolerar su maltrato hacia mis sueños interrumpidos asomé la cabeza entre las sábanas (había aprendido a dormir con la cabeza tapada para guardar calor y evitar la luz matinal de esos ventanales sin cortinas para que todas nos levantásemos a hacer vida de sanas turistas). Con enojo interior contemplé a una jovencita pálida, de largo pelo negro, mas bien gordita, que también me miró. "*Do you model*"?, me preguntó con simpatía y sin preludios, tampoco notando que yo, con mis ojos, quería comunicarle que ella me estaba molestando. Me reí sin sentirme halagada por su pregunta. "*Model?*" enuncié como primera palabra del día en París. "*No*".

Mi recuerdo próximo consiste en una conversación más amable, ya despierta, con interés por su persona. Ella era de Escocia, y su nombre, Katherine. Se vestía a lo monja, tapándose cuanto más podía. Tenía dieciocho años y pronto me contó que a los quince se había ido de su casa, donde tenía un padre profesor de filosofía, a vivir con un hombre mucho más grande que ella, con quien nunca tuvo sexo. La

relación no había funcionado más de un año. Después me daría cuenta de su mitomanía, pero por el momento le creí, con mi cotidiana ingenuidad, que era virgen. A esa altura de mi vida yo sólo había besado a una chica, así que quería seguir incursionando en la excitante gama de experiencias lésbicas.

Katherine y yo decidimos pasar juntas el día. Fuimos a caminar por la ciudad, nos contamos nuestras vidas y yo le dije que quería tener sexo con ella esa misma noche. Aceptó, dijo que tendríamos que pensar la forma de estimularla lo suficiente como para que su mente tan tímida y reprimida no pudiera decirle que no a su cuerpo, que ansiaba conocer el de otra mujer. Yo estaba feliz. Era la típica chica de mi gusto: rellenita, blanca, inocente y totalmente loca. Su pelo largo era el de una virgen, así como quería permanecer doncella, ni pensaba en cortarse el pelo. Me pregunto cómo será ahora, cuáles habrán sido sus posteriores experiencias sexuales, si se habrá alivianado su terrible y traumada virginidad. Nunca lo sabré.

Fuimos juntas a las galerías Lafayette. A ella le gustaba comprarse todo lo que podía. También la acompañé a la casa más antigua de perfumes de París. Es un recuerdo imborrable. No se compró nada, pero prácticamente me obligó a adquirir un perfume limonado que se llama Charlotte y cada vez que abro el frasquito, ahora vacío, huelo París, huelo su amor malvado que me embrujó para siempre. "*It's so you*", dijo Katherine. Después fuimos a una plaza. Era un cuadrado de pastos, bancos y flores casi congeladas, pues hacía el frío estupendo que deja gotas de rocío heladas sobre las imágenes de la memoria. Tenía una vincha que yo nunca había visto; ella me dijo dónde comprarla, cuando fuera a Londres, cosa que hice. Después esa vincha hizo furor en Buenos Aires, todas la tenían y hasta había de colores. Cada vez que la veía me acordaba de ella, que nunca me escribió.

Otra sección de nuestro paseo fue tomar el té en una confitería. Ahí, en medio de las múltiples confesiones que teníamos para hacernos, vimos a un hombre sentado en otra mesa que parecía conversar tranquilamente con alguien, pero estaba solo. La clásica locura que imaginamos a través de la literatura francesa. Ella y yo lo miramos con estupor, pero Katherine habló. El estaba tan seguro de que hablaba con alguien, ¿quién podía asegurarnos a cualquiera de nosotras que no estábamos solas, hablando con el vacío, imaginando a la bella acompa-

ñante? Katherine no hablaba sola, pero sí estaba loca. Y escribo esto sabiendo que nunca lo va a leer, que ni siquiera voy a poder enviarle una carta con una copia en inglés porque he perdido su dirección y la única carta que le mandé, si es que lo hice, no la respondió. Debe haber querido borrarme de su memoria, sortear el mal paso de aceptar compartir esa noche conmigo.

La forma de estímulo que se nos ocurrió, con ayuda de un sueco gay de quien yo me había hecho amiga, fue una versión casera de la pipa de agua. Entonces aprendí a hacerla: se toma un balde o cacerola grande y se la llena de agua. A una botella grande de plástico se le corta la base y en el pico se le asegura un papel metálico con pequeños agujeros donde se colocará la marihuana. Al darle fuego e ir subiendo la botella que está sumergida en el agua, la botella se llena de humo y, antes de que salga totalmente afuera, dejando una porción sumergida, se fuma el humo todo de una vez, bajando nuevamente la botella contra el fondo del recipiente con agua. Estos sencillos pasos fueron los que dimos ella, el sueco y algún otro amigo del albergue que gustaba de las drogas. Ella, que nunca fumaba, sintió enseguida los fuertes efectos que causa el "bong". El plan era salir a bailar todos juntos. Era mi última noche en París. Pero ella empezó a patalear como una niña caprichosa diciendo que estaba demasiado alterada para salir. Desesperada, queriendo despabilarse súbitamente, se tiró en la cama de mi amigo sueco lloriqueando y quejándose de todo. Yo, entonces, supe que era el momento y le encajé un beso en la boca frente a mi amigo. Recuerdo que lo miré con una sonrisa, esperando su aprobación. Él se sintió un poco intimidado y sonrió también. De todos modos lo tranquilizó el hecho de que yo pusiera todo mi interés en la virgen escocesa porque sabía que yo, como a todos mis amigos, también quería besarlo a él.

Además (éste es un detalle que pensaba no incluir porque excede la historia un tanto, pero veo que sí es necesario), yo tenía un novio inglés que estaba en el mismo albergue. Era escritor, se llamaba Michael y con él sí me sigo escribiendo porque no estaba tan loco como Katherine. Él quería pasar conmigo esa noche y me había pedido que, rompiendo las reglas de nuestro albergue, durmiera en su cama. Yo le había dicho que sí, porque no tenía demasiadas esperanzas con Katherine. Ella se quedó en el albergue, enojada, después de

pelearnos lo suficiente como para que yo ya no le insistiera a salir. Si bien al principio éramos un grupo numeroso que vagaba por las calles en busca de algo divertido para hacer, Michael y yo nos fuimos por nuestro lado. Recuerdo que le propuse ir a tomar *café au lait*, que me parecía un plan realmente parisino con que cerrar mi estadía en la ciudad. El se alegró, ya que desdeñaba la frívola vida nocturna de la *discothèque*. Fumando y hablando nos sentíamos verdaderos escritores enamorados en París. Así que cuando volvimos juntos acepté la propuesta de dormir en su cama. No pasaba de eso. Había varios más en el cuarto, entre ellos, un desagradable norteamericano que traía por equipaje numerosas cajas de vitaminas y decía despreciar las drogas de entretenimiento y la vida ligera. Era el típico estúpido que me cae mal y no me esforzaba por ocultarlo, todo lo contrario.

No podía quedarme dormida, escuchaba a mi querido Michael suspirando en sus sueños y decidí escabullirme. De todos modos tampoco quería despertar en el cuarto masculino. Además, era mi última noche y no podía dejar de pensar en la quisquillosa princesita de Escocia ni en lo que esa tarde me había prometido. Así fue que volví al cuarto femenino. Todas las chinitas dormían. Yo entre silenciosamente y me acosté en mi cama. No dije nada, porque yo también soy tímida a veces. Katherine no dormía. Vi su sombra erguirse y sentarse al borde de la cama. "*Do you sleep?*", me preguntó. "*No*" "*Are you angry at me?*", me preguntó y, levantándose, se acercó hasta mi cama donde la invité a entrar. Estábamos acostadas en silencio con la luz de la nieve entrando por la ventana en mi última noche de París. Le acaricié el pelo. Nos besamos. Nos besamos profundamente y mientras la cama se volvía más cálida, nos fuimos desnudando. Pero ella no quiso sacarse la bombacha. No importaba, ahí estaban las tetas más hermosas, blancas como la nieve que afuera venía del cielo, y el largo pelo negro envolvía sus hombros divinos. Tuvimos sexo en aquel cuarto donde las ingenuas adolescentes asiáticas dormían o fingían dormir; tal vez escucharon nuestros gemidos de placer. Yo no tenía mucha experiencia; ella, menos. No se bien lo que hicimos, pero desbordamos nuestra imaginación y cuando desperté por la mañana, ella dormía en mi cama, desnuda, y desnuda fue hasta su cama, con la ropa hecha un bollo entre sus manos.

Sentía el nuevo día en un éxtasis, lo que había vivido era lo más parecido a la fantasía, y la fantasía siempre es mejor que la realidad. Cuando lo crucé en el pasillo, cepillo de dientes en mano, Michael me reprochó haberme ido de su cama, estaba ofendido.

La gran desilusión vino cuando supe que había pasado algo entre mi divina amante de ingenua tempestad y el imbécil norteamericano. Cuando fui al cuarto de los hombres, Katherine y él estaban abrazados y todo demostraba que, como mínimo, ya se habían besado. ¡Y yo que pensé que ella tenía miedo a los hombres! ¡Yo que había querido protegerla! Me sentí triste, decepcionada y la odié, porque quería que estuviera enamorada de mí, quería que hoy todavía me recordase, como yo a ella. Nunca lo sabré, ni sabré hasta dónde llegó su engaño. Katherine, divina, fuiste la segunda chica que besé, ¿por qué me dijiste que eras virgen? No tenías que mentirme, pero fue divertido que lo hicieras, me gustó que me engañaras. Lo único que detesté fue que te gustara ese horrible retardado mental que se empachaba de vitaminas, y tal vez por eso era tan feo y tonto y norteamericano.

Pero tengo otro final para esta historia, un final heterosexual. Yo me iba a Londres a tomar el avión de vuelta a casa, *back to Argentina*. Tren, ferry, tren. Michael también regresaba, un par de días después, y tal vez lo vería en Inglaterra. Estaba sentada en el tren, pensando en cosas románticas, pensando que era divino viajar sola y dialogar con todo mi interior, cuando de pronto escuché un "*Bonjour, mademoiselle*". Era él, Michael, romántico y galán. Había sacado otro pasaje para volver conmigo y acompañarme a su país natal. Él me perdonaba que me hubiera ido de su cama esa noche, me perdonaba gustar de la escocesa desagradecida, le encantaba mi locura sudamericana, mi espontánea vitalidad literaria que despertaba la suya. Llegamos a Londres por la noche, no encontrábamos hotel y estábamos cansados. Tal vez por eso cuando tuvimos sexo nos peleamos, y yo le dije que en Argentina iba a encontrar al hombre que me hiciera llegar al orgasmo. A pesar de todo, con él supe lo que era un *gentleman*; él, que cumple años el mismo día que yo, que nació el mismo año que yo.

La tarde de mi regreso hice compras más tiempo del debido y llegaba con muchísimo retraso al aeropuerto. Él me consoló mientras yo lloraba en uno de esos negros taxis gordos y carísimos de

Inglaterra, pensando que iba a perder mi avión; fue él quien pagó y además me despidió llenándome con todo su amor. Michael, nunca te olvidaré, y espero que compense mi egoísmo otorgarte a vos el final de esta historia.

Noviembre

Pablo Pérez
Martín Kohan

Vivir para contarlo. Contame tu condena, decime tu fracaso. Gulliver enfrentó a los enanos y a los gigantes sólo para tener buenas historias de sobremesa. Una adolescente escribe un diario íntimo sólo para que sea leído a escondidas por sus padres. El psicoanalista como último recurso para retener, al menos, a un espectador. Secretos de familia, amores sofocantes, falta de dinero. Excesos, vicios, falta de excesos y el mayor de los pecados: ¡No haber cometido ninguno! Felicidad-infelicidad, amor-amargura, eventos desafortunados. Suerte en la lotería. Material crudo, disfrazado...

¿Cómo se cuenta la verdad? ¿De verdad pasó? ¡No lo puedo creer!... ¡Esto no puede ser cierto!

Confesionario. Historia de mi vida privada. La verdad es increíble.

Pablo Pérez[1]

Confesiones

—¿Qué se confiesa?

—Se confiesan los pecados.

—¿Y qué es un pecado?

—Por un lado están los diez mandamientos, por el otro, los pecados capitales. Pero, ¿es lo mismo mentir que matar? Los pecados capitales, ¿no son los mismos que se cometen —además de cometerse en todo el mundo— sobre todo en el Vaticano y en la burguesía católica?

—Yo creo que la confesión sirve para expiar, exorcizar, exteriorizar el demonio que llevamos dentro.

—Otra forma es la del interrogatorio sadomasoquista. El esclavo debe confesar al amo qué prácticas le gustan, sus fantasías, sus experiencias sexuales anteriores con otros amos, etc.

—También se confiesan las mentiras, los propios defectos, o lo que los otros consideran incorrecto o inmoral.

—Yo creo que contar intimidades es bueno para la literatura pero no en lo confesional.

—¡Mirala a ella! ¡Qué tupé!

—Uno confiesa aquello que considera lo peor de sí. A veces no lo

[1] **Pablo Pérez** es escritor y guionista. En 1996 publicó la novela *Un año sin amor*, que fue llevada al cine por Anahí Berneri (con guión escrito en conjunto por Pérez y la directora). Publicó también *El mendigo chupapijas*, novela en fascículos, que será reeditada este año.

peor, sino lo que considera vergonzante a la mirada de los otros, pero que puede llegar a considerar normal, e incluso bueno, como en mi caso sucede con la maribuana, creo que está muy injustamente penalizada. Me da bronca que algunos personajes famosos se hagan los sotas cuando se está hablando frente a ellos o ellos mismos hablan mal de la droga, cuando en realidad en su mayoría la consumen en sus diversas variantes y casi siempre de la mejor calidad posible.

—Para mí, la maribuana es una buena manera de comunicarme con Dios.

Vous avez encore une vingtaine d'années de jolis péchés à faire: n'y manquez pas, ensuite vous vous en repentirez... Denis Diderot

Confieso que tengo fe, aunque no sepa demasiado bien fe en qué. Me siento una mezcla de dionisíaco, platónico, católico, evangelista, espiritista, budista zen, taoísta, hindú, judío, incluso una vez entregué mi alma al demonio y a veces creo que hoy estoy sufriendo las consecuencias.

Confieso que muchas veces, antes de tomar una decisión importante, considero determinados preceptos de cualquiera de estas diferentes creencias e incluso de algunos libros de autoayuda.

Confieso también que creo que mi hermana Paula, que murió en 1992, es mi ángel de la guarda.

Nunca me confesé con un cura católico, porque desde los diez años fui a una iglesia evangelista. Cuando era chico quería ser misionero y participaba —en la Iglesia Evangelica Bautista de Constitución— de todas las actividades en las que podía, siempre con mucho entusiasmo. Hasta que me entere de las internas de dos pastores que querían quedar al frente de la iglesia cada uno con sus seguidores y, por esto, entre otras cosas, me desengañé de la religión. En general, "la religión", como la entienden sobre todo los católicos y otros cristianos, me parece decepcionante, lo que no quita que en muchos casos me sirvan algunas enseñanza de la Biblia, sobre todo del Nuevo Testamento, y otros libros sagrados.

En la iglesia evangelista uno no se confiesa como en la iglesia católi-

lica, a solas con el cura, sino que da su testimonio en el púlpito, ante toda la grey, lo que me parece tal vez un poco mejor, más parecido a lo que estoy haciendo en este momento. En general estos testimonios son del tipo "yo era un drogadicto, un alcohólico, maltrataba a mi mujer y a mis hijos hasta que Jesucristo entró a mi vida y me salvó". Y todos aplauden y alaban al Señor. En mi caso, las confesiones son más bien "yo soy" que "yo era" y aún no sé si fui salvado o no. En todo caso, los que me salvaron y me ayudaron en los momentos difíciles de mi vida fueron mis amigos, mi psicoanalista, mi médico, entre otras personas que, tal vez, me haya mandado Dios.

No sé bien qué pensar de la Biblia. Hasta ahora, todo lo que está escrito es obra de los hombres. Por ejemplo, no entiendo bien el episodio en que Dios entrega a Moisés las Tablas de la Ley con los diez mandamientos. Los indios Selk'nam tenían rituales parecidos, se pintaban el cuerpo y así disfrazados bajaban de la montaña haciéndose pasar por extraterrestres que llegaban para dictar y hacer cumplir la ley.

A veces pienso en los diez mandamientos. Hace algunos años fantaseaba sobre qué diría en un verdadero confesionario, con un cura cualquiera (de paso, confieso que a veces me quedo hasta el final de la programación de Canal Siete para escuchar el mensaje del padre Farinello).

Respecto de los pecados capitales, a veces me siento avaro, a veces me enojo, a veces soy envidioso y orgulloso. Mis pecados capitales preferidos son la lujuria, la gula y la pereza. Me encanta el sexo, la buena mesa y dormir y no hacer nada en todo el día.

En cuanto a los diez mandamientos, creo que amo a Dios por sobre todas las cosas, aunque todavía no sé quién es Dios. Me siento más politeísta que monoteísta, pero también creo que hay algo así como un Padre Celestial, superior a todos.

Llevo una vida sexual licenciosa y no creo en la fidelidad, así que supongo que soy un adúltero. Siempre tuve parejas abiertas, algunas funcionaron, otras no.

Hace unos pocos años pude reconciliarme con mis padres, después de nueve años de terapia —a veces pienso que me gustaría retomar el psicoanálisis, pero me arrepiento enseguida— y trato de respetarlos lo más que puedo.

Sobre el mandamiento "No fabricaréis ídolos ni los adoraréis", me gustaría leer el original y saber a qué se refiere.

A veces miento sobre mí o sobre otros, por suerte bastante poco. No me gusta mentir porque una mentira lleva a la otra y termina siendo todo un gran trabajo, pero sobre todo porque mi madre era mitómana. Por suerte ahora está mejor. Eso sí, cuando miento tengo que hacerlo por teléfono o a la distancia, porque me pongo colorado y me descubren enseguida.

A veces me sentí culpable de haberle contagiado el VIH a Claudio, mi amante, que murió en el hospital Ferrer. Ahí lo atendió mi médico, el doctor Rizzo. Fui a verlo varias veces al hospital y cuando se lo comenté me dijo que no sabía de quién se había contagiado, que no importaba y que si había sido yo, no tenía por qué sentirme culpable. Igual le pedí que me perdonara.

Cuando era chico intenté en varias oportunidades robar golosinas en un kiosco que estaba en la cuadra del cine Constitucion. Pude hacerlo una sola vez, antes de ir a ver *Bambi*. Unos años mas tarde, robaba cuando pasaba viajes en taxis y colectivos de mas junto con los viáticos de la compañía de seguros donde trabajaba como cadete. Tenía alrededor de veinte años cuando, despues de haber tomado un ácido, terminé la noche en la casa de un hombre que se quedo dormido por la borrachera y que en la puerta del dormitorio tenia pegado un cartel publicitario antidrogas que me enojo, entonces le robe dos o tres *cassettes* horribles —uno era de Frank Zappa— que nunca pude escuchar y también le saque plata de la billetera. En Paris robe monedas de las secadoras en el lavadero automatico donde trabajaba y del "bote" de las propinas cuando trabajaba como camarero en un restaurant, en Madrid. Seguramente me olvido de algunos otros robos menores.

Por lo general no me gustan las mujeres y mucho menos me metería con la mujer de otro. Una vez intente seducir a la mujer del director del museo Boijman de Rotterdam, en una *vernissage*, pero yo estaba borracho y ademas no sabia que se trataba de una mujer casada. Apenas me entere de esto, trate de arreglar la situacion diciendole que era gay y le pregunte si no tenia algun amigo para presentarme. Ella me presento a un hermoso conocido suyo que se ofrecio a llevarme de recorrida por los bares. Yo estaba tan borracho que no pude seguirlo.

Por lo general trato de no decir nada en vano, aunque a veces no puedo evitarlo.

No sé qué es santificar las fiestas. Siempre que lo recuerdo, entrego mi vida a Dios, aunque no sepa qué o quién es.

También creo en las palabras de Mme. Bonnot, una sanadora que conocí en París y que me hizo varias veces imposición de manos. Ella me dijo que no tenía que sentirme culpable de nada, y trato de que así sea. Me dijo también que yo tenía el don de la escritura automática y que me invitarían a diferentes ciudades del mundo. Cuando me acuerdo de ella digo la oración que me enseñó: "*Je veux être dans la lumière avec Claude Bonnot*".

Frases del Bushido (el camino del guerrero): "Al enemigo no se lo nombra"; "El guerrero actúa como si ya estuviera muerto". De la Biblia: "Que no se ponga el sol sobre vuestro enojo", "Mirad las aves del cielo, que no siempre siembran, ni siegan, ni guardan en graneros, y vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?". La idea equivalente a la de este versículo bíblico, aparece también en el budismo: "Los seres humanos somos como las vacas. Sólo estamos aquí para dormir, comer y cagar" (Sogyal Rimpoché, *Libro tibetano de la vida y de la muerte*). Me gustan también el Sermón del monte y el Padrenuestro. Del hinduismo canto algunas mañanas: *Om / Asato Maa Sadgamaya / Tamaso Maa Jyotir Gamaya / Mrityor Maa Amrtam Gamaya / Om / Shaantih Shaantih Shaantih* (Oh, Señor, por favor, guíame de lo irreal a lo real, de la oscuridad a la luz, de la muerte a la vida). Es un mantra del *Brihadaranyaka Upanishad* que está en el disco *Cantos de la India*, de Ravi Shankar. Me lo prestó mi amigo Raúl Escari y confieso que me cuesta mucho devolvérselo, descubrí la versión tecno de este mantra al final de *Matrix II*. Del *I Ching*: "Si se te escapa un caballo, no corras tras él". Del Aikido: "Si te caes siete veces, levántate ocho".

Confieso que estoy tomando vino y fumando una excelente marihuana mientras escribo estos papeles manuscritos. Estoy en trance.

Confieso que por ser escritor de poca obra —Daniel Link rechazó a una alumna su monografía sobre la obra completa de Pablo Pérez; "La obra completa de Pablo Pérez no existe", le dijo—; me propuse escribir para esta ocasión un texto nuevo. Estoy tratando de terminar de escribir tres cuentos y corrigiendo *El mendigo chupapijas*. Todo me cuesta muchísimo. ¿Por qué escribo? Es algo que podría tranquilamente no hacer, dedicarme a otro trabajo. Pero no sé hacer ninguna otra cosa.

Creo que la literatura es un oficio para vanidosos. Lo peor es que sé que lo soy. Con estas palabras queda claro que lo soy. Preferiría no serlo. Tal vez muchos de los escritores que dejaron de escribir lo hayan hecho por no caer en la vanidad. Pero también pienso que así como nos gusta leer, a alguien debería gustarle escribir. ¿Por qué a mí?

Confieso que empecé a escribir porque era una opción económica. Cuando era chico quería tocar el piano, pero mis padres nunca pudieron pagarme las clases y mucho menos comprarme el instrumento. A los dieciséis años pude pagar un taller de cuento en el IFT, en Boulogne sur Mer y Corrientes, con el dinero que ahorraba del colectivo, porque iba caminando a la escuela. El taller lo daba Susana Silvestre. Tuve una vez la oportunidad de tomar un café con ella y con su maestro Abelardo Castillo en La esquina de León Paley, pero yo apenas sabía quién era Abelardo Castillo y estaba tan emocionado que no recuerdo nada de la conversación. Al poco tiempo empecé a ir al taller que Susana Silvestre daba en su casa, todos los martes.

En tres años escribí unos pocos cuentos que perdí en un asalto a mano armada en la escalera mecánica de la estación de subte Independencia. El ladrón disparó contra un escalón y le di el bolso y una gorra de cuero que me había comprado haciendo juego. Seguro que el boludo pensó que estaba asaltando a un turista y se llevó un morral lleno de cuentos de principiante.

Una vez llevé al taller un cuento, el único que hoy conservo de aquella época porque lo escribí después del robo, sobre mi primer encuentro sexual fetichista sadomasoquista —todavía no sabía que este iba a ser mi tema preferido— con un inglés que me había llevado a su negocio de artículos de deportes. La historia transcurría en el baño del local. El inglés me dio una camisa leñadora y me indicó que golpeara la puerta y entrara abruptamente, que ahí lo iba a encontrar pajeándose sentado en el borde de la bañadera. Yo tenía que gritarle "¡Puta! ¿Siempre te encuentro haciéndote la paja?". Y pegarle algunas piñas y cachetazos. De pronto, empezo a sangrarle la nariz... Recibí de mis compañeros unas críticas durísimas que comparaban la historia de mi cuento con las torturas de la última dictadura militar. Ya estábamos en 1983. De todas maneras, sentía que despues de tres años ya había aprendido todo lo que podía aprender en aquel taller. A los dieciocho años me sentía un incomprendido. Dejé de escribir cuentos y empecé a escribir poemas.

Por entonces conocí a Arturo Carrera en Soviet, una disco que quedaba en Viamonte y Suipacha. Me lo presentaron mi amigo Nicolás Gelormini y Pablo Dreizik. "Arturo es uno de los mejores poetas de la Argentina", dijeron. Me acerque a él, y lo primero que hizo fue elogiarme la vestimenta. Creo que es por eso que hoy recuerdo exactamente cómo estaba vestido esa noche, con una remera ballenera blanca, bombachas de gaucho color beige y borceguíes negros. Esa noche nos hicimos amigos y más adelante me enseñaría mucho y me ayudaría a escribir un libro, *Yo era un feto*, que ahora me parece malísimo, peor que los "poemas malos" de Daniel Link, quien comenzó a llamarme "feto" cada vez que nos encontrábamos.

Fue Severo Sarduy el que me había alentado a que terminara una *plaquette* con esos poemas malos que, según él, eran como las "vanidades del siglo XVII". Confieso que traté de averiguar qué son dichas "vanidades" y sigo sin saberlo. Ahora pienso que tal vez hayan sido un invento de Severo Sarduy. Dicho sea de paso, confieso que la noche que lo conocí, en su departamento de Montparnasse, me pidió que lo cagara en el pecho y lo intenté, pero no pude. Después tuve un sueño erótico con él.

Confieso que para escribir esto estoy usando el método de "los dos minutos" y el de la "mano que no para", para ver si puedo escribir con el hemisferio derecho (después agregué y corregí).

Confieso que cada vez que no me decido a escribir, es porque me asalta un dilema moral.

Confieso que me da terror la idea de llegar a publicar un mal libro. Sobre todo cuando no es necesario.

Confieso que ahora estoy jugando a perder la personalidad y a hacer una caligrafía *standard*, porque pienso que concentrándome en la caligrafía podría olvidarme de mí y escribir automáticamente, como me vaticinó Mme. Bonnot.

Confieso que a veces siento que es otro, un espíritu, el que escribe a través de mí y no yo, algo, por cierto, difícil de comprobar. Por si acaso, mientras escribo esto tengo llenas dos copas de vino con las que brindo, tomo un poco de una y otra copa y trago todo junto, en honor a mi supuesto acompañante.

Confieso que tengo algunos pensamientos precarios, por ejemplo, que a veces pienso por qué los que quieren guerra no se agarran y se

matan entre ellos de una vez, o que odio a los hipócritas millonarios que no se dan cuenta de que hasta que no repartan un poco más equitativamente la riqueza vamos a vivir todos en un infierno. Que envidio a los que mueren sin sufrimiento y pienso también que si el más allá existe, entonces no nos morimos y que si no existe, no nos damos cuenta de que ya estamos muertos. En definitiva, que los que sufrimos más somos los que seguimos viviendo, de no ser que exista el infierno, aunque creo que ya estamos en el infierno y que va a ser todo cada vez peor por mucho tiempo más. Ya perdí las esperanzas de ver florecer una nueva Edad de Oro. Creo que si alguien me diera la opción entre vivir y morir, elegiría morir.

Algunas confesiones menores son que a veces hablo solo en voz alta por la calle y que cuando nadie me ve me gusta meterme los dedos en la nariz y disfrutar tirando de los mocos largos de consistencia blanda y gomosa.

Confieso que mi canal preferido es canal 7.

Confieso, también, que algunos personajes retrógrados me irritan.

Osvaldo Quiroga, por ejemplo, cuando criticó la muestra fotográfica y literaria *Diario de reciencasado*, de Sebastian Freire y Daniel Link, argumentando "baja calidad" cuando en realidad lo que no soporta es la temática gay. Confieso que durante un tiempo Quiroga me calentaba, hasta que me sentí decepcionado. Aunque creo que todavía está a tiempo de recuperarse de esa idea tan cerrada que tiene de la cultura en "su refugio".

Confieso que me parecio ridículo que la Real Academia Española introdujera la palabra "yin" como alternativa a "jean" en el diccionario.

Confieso que leí y disfrute las columnas de Hector Murena en *Sur* y que a veces trato de imitarlo. Empece un *weblog* con esa intencion, *Ego puto in orto meo*, pero me da pereza escribirlo y lo tengo abandonado.

Confieso que tengo una teoría tonta. Que María Moreno eligió su seudonimo con las iniciales M. M. porque a veces se siente como Marilyn Monroe. Se me ocurrió cuando la vi en una foto en *Pagina/12*, recostada como una diva, con unos sugerentes zapatos rojos y medias de red. Nunca me acordé de preguntárselo para confirmarlo. Tal vez piense en esto ahora porque me acordé de una amiga de mi mama, que para su carrera de actriz se puso Mercedes Montes,

para tener también las iniciales de Marilyn; o tal vez porque más arriba menciono a Murena.

Confieso que me gusta decir guasadas sólo por desprecio a la "cultura" (de la forma en que la entiende, por ejemplo, O. Q.) y que si no las dijera ahora, que justamente se trata de hacer confesiones, me sentiría un cobarde. Como si después de haber tirado una piedra, estuviera escondiendo la mano.

Confieso que me gusta lamer cuero y botas, la lluvia blanca, la lluvia dorada (me va casi todo, menos la mierda, los vómitos y la sangre). Me gusta que me aten y que me den latigazos en la espalda y el culo y golpes de puño en el estómago. También me gusta el juego con cigarros y el control de respiración, entre otras prácticas del sadomasoquismo *leather*. Pero sobre todo, confieso que lo que más me gusta es la pija y que por mi culo ya pasaron kilómetros.

Confieso que soy yo el esclavo enmascarado que aparece en el cepo con *chaps* de cuero y botas de montar, recibiendo los fustazos del amo Man in Boots, en una emisión de *Ser Urbano* de noviembre de 2004 sobre sexo *leather* y sadomasoquismo (de paso confieso que me pareció una truchada el montaje de Gastón Pauls, que no estaba ahí cuando hicimos la escena, observándonos con cara de asombro).

En cambio, confieso que hay algunos pasajes de mi novela *Un año sin amor* que no son verdad (cuando se supone que se trata de una novela autobiográfica), por ejemplo cuando cuento que en un bar *leather* de París, alguien me quema la ingle con la brasa de un cigarrillo.

Confieso que alguna vez fumé colillas de cigarrillos que encontraba tiradas en la calle, pero que nunca podré —al menos, eso creo— ser tan asqueroso como Divine al final de *Pink Flamingos*, cuando come caca de perro verdadera, humeante, recién cagada por un caniche blanco.

Confieso que a veces juego con Clemente, lo hago bailar y hasta converso con él. Clemente es un muñequito con llavero. La cabeza, de monito, es una pelotita de telgopor recubierta de peluche marrón claro, con la cara y el hocico de pañolenci rosado. Los ojos son dos mostacillas negras. La nariz, un puntito de tela rojo, y la boca una costura negra. El cuerpo es un resorte enfundado también en peluche, al igual que los dos pies. Sabe bailar y tiene la mirada contemplativa y dulce.

Confieso que Clemente es mi hijo. Se lo compré a un puestero del Once porque apenas lo vi me pareció que era igual a Rodrigo, un viejo amante, y se me ocurrió regalárselo. Rodrigo se la pasaba durmiendo, y cuando yo me aburría y quería que se despertara, me acercaba a la cama y tomando a Clemente por la cadenita del llavero, lo hacía bailar sobre él. Fue idea de él ponerle el nombre de Clemente, porque no tiene manos, como el personaje de Caloi, y fue también idea de él decir que Clemente era nuestro hijo. Como vivíamos cada uno en su casa, Clemente se iba a veces con él y a veces se quedaba conmigo. En realidad debo confesar no sólo que Clemente es mi hijo, sino que además, a mí me tocó ser la madre. Rodrigo no se lo llevó cuando dejamos de vernos. Así que ahora, mientras escribo, Clemente está en mi escritorio, sentado sobre un cascote que uso como pisapapeles, observándome. Está aburrido. Pongo Metrodance, lo agarro del llavero y lo hago bailar.

Cito otro precepto cristiano que acabo de escuchar decir al Padre Farinello y que encuentro muy oportuno como palabras finales: "La misma vara que utilices para medir a tu Hermano, Dios la usara para medirte a ti".

Confieso que hoy, 7 de octubre —cuando estoy tratando de darle fin a esto—, es el aniversario de la muerte de mi hermana Paula. Y que estoy llorando de desconsuelo y felicidad al mismo tiempo. De desconsuelo porque murió y de felicidad porque me esta acompañando. Por eso otra vez brindo con dos copas y le dedico estas confesiones a ella.

Se impone una mas. Cuando inicie la impresion de estas confesiones, empezaron a aparecer signos extraños. En la primera hoja, sobre el margen superior izquierdo se lee "HDP", lo que interprete como "hijo de puta". Mas adelante, despues de paginas y paginas de números y letras sin sentido aparente, picas, treboles, signos pesos, corazones y otros signos, se lee en otra hoja "PD", que es la forma abreviada de escribir "puto" en frances. Confieso que creí que se trataba de algún espíritu que trataba de comunicarse conmigo a través de la impresora, con alguna dificultad que le impedía escribir un texto legible, y por eso decidí no interrumpir la impresion, pensando que tal vez llegaría a articular algo con sentido, o que más adelante podría

decodificar. Se imprimieron muchas hojas, cada una con un breve y extraño mensaje. Hasta que las hojas se me acabaron.

Más tarde me di cuenta de que la impresora estaba mal programada, entonces traté de relativizar todo y calmarme, pero aún sigo pensando que tal vez se trate de un mensaje del más allá.

Martín Kohan[2]

Las razones de una renuncia

Uno puede imaginar por qué razones un confesor podría llegar a preferir la oralidad, la confesión *dicha*. La escritura supone cálculo (diseño de formas, palabras muy pensadas, estrategias) y en esa renuncia al arranque espontáneo, se escurren también las mejores esperanzas en la sinceridad. Es mejor la palabra hablada, parecen decir los grandes confesores: los curas (porque así el que confiesa se entrega más), los psicoanalistas (porque así el que confiesa se reprime menos) y ahora también los jueces (porque así hay más chances de que el que confiesa se quiebre. Incluso la variante oprobiosa, la confesión bajo apremios, solo tiene sentido en términos de oralidad —que el apremiado "cante" — y la única escritura que eventualmente cabe allí es la del propio nombre —que el apremiado firme una confesión que le han puesto—).

Estas son, no obstante, en términos generales, las razones del confesor. El que confiesa elige por su parte, a menudo, la escritura (desde Rousseau en más, pasando por Neruda, que en sus memorias confiesa que ha vivido, y llegando a Borges, que en un poema apócrifo se suponía que confesaba lo contrario: que no había vivido). Muchas otras veces, sin embargo, y en verdad la mayoría, el que confiesa prefiere ser oral, oral y no escrito. Los motivos que tiene para proceder así no deberían ser los mismos que tiene el confesor, y de hecho no lo son. El que confiesa no quiere dejar huellas, y la escritura deja huellas, la escritura *es* huella (lo digo en el sentido de Derrida, claro, como todo el mundo, pero también, más sencillamente, lo digo en el sentido de los policiales: uno podría, llegado el caso, no borrar las huellas de un crimen; pero las huellas de una confesión no pueden nunca quedar a salvo: a las huellas de la confesión hay que borrarlas sí o sí).

Por estas razones, que expongo sucintamente, admito participar de este ciclo de confesiones públicas, pero no de la posterior publicación en libro de los respectivos textos. Se supone que las confesiones son privadas, o incluso secretas, y por eso de hecho existe el "secreto de confesión". En cambio, este espacio confesional es declaradamente público: se llama "confesionario", pero funciona como un púlpito. De todas maneras, no es este carácter público lo que me desalienta, por-

[2] **Martín Kohan** es escritor y crítico literario. Colabora habitualmente con la revista *Punto de Vista* y con varios suplementos culturales de diarios argentinos. Ha publicado, entre otros, *Dos veces junio*; *Narrar a San Martín*, *Zona urbana* y *Segundos afuera*.

que en tal caso me habría rehusado a participar del todo; sino la plasmación por escrito, que la palabra escrita quede. Tampoco es que el contenido de mis confesiones pueda resultar demasiado relevante, seguramente no lo será para nadie (para nadie excepto para mí, lo que demuestra que será una confesión absolutamente auténtica).

No presumo, entonces, de que mi confesión pueda ser importante. Si me niego a dejarla escrita, no es por darle importancia a la confesión; a lo que le doy importancia es a la escritura. No me inhibe la confesión, me inhibe la escritura. Las páginas de las que estoy leyendo estas palabras serán, por lo tanto, destruidas de inmediato, no bien termine de leer y de confesar, un poco como las cintas de aquella serie que veíamos cuando éramos chicos; y a la versión impresa del ciclo sólo pasará, eventualmente, este tramo introductorio, y no la confesión propiamente dicha, que leeré a continuación...

+ Confesionario[1]

Daniel Link
Cecilia Szperling
Maxine Swann

[i] Por diversos motivos, algunos artistas invitados a participar del ciclo no pudieron estar presentes. Sin embargo, escribieron sus textos y en este capítulo los reproducimos a modo de una fecha adicional y virtual de Confesionario.

Daniel Link[2]

Fragmentos de un *blog*
(www.linkillo.blogspot.com)

Diario de un televidente

Entre otras cosas, el fin de semana pasado pude volver a ver una de esas "grandes sagas cinematográficas". Por razones muy diversas, Sisí es muy importante en mi vida (*Sissi*, 1995; *Sissi, die junge Kaiserin*, 1956; *Sissi, Schicksalsjahre einer Kaiserin*, 1957).

En primer término, porque mi abuela paterna, que vino a Argentina desde Bohemia (parte del antiguo reino de Moravia) creció bajo su influjo: en la cocina de su casa, contaba, había un retrato de la emperatriz Elizabeth (princesa de Baviera, reina de Hungría, etc.). En el barco que la trajo a Buenos Aires, mi abuela conoció a mi abuelo paterno, un bávaro de la ciudad de Passing (que ostenta el privilegio de tener una de las iglesias góticas más antiguas de Europa).

Cuando era chico, en Córdoba, *Sissi* (alguna de las tres, supongo que la primera: no lo sé y eso me desespera) fue la primera película que mis padres me dejaron ver solo, a mis diez u once años, al centro. Siempre fue para mí muy extraño asociar una experiencia de creci-

[2] **Daniel Link** es escritor y docente. Dicta cursos de Literatura del Siglo XX en la Universidad de Buenos Aires Editó parte de la obra de Rodolfo Walsh. Publicó, entre otros, los ensayos *Cómo se lee* y *Clases*, y las novelas *Los años noventa* y *La ansiedad*. En 2004 recibió la Beca Guggenheim.

miento y libertad a un producto tan *kitsch* y tan ligado a un sistema de valores cuasifascista como el que impregna esas películas (los paisajes, los sistemas de sociabilidad, la añoranza por los tiempos idos). Los estudiosos del cine (sobre todo del cine alemán) saben que hay un género de películas (los melodramas de montaña) muy ligado al desarrollo del nazismo. Sería injusto decir que *Sissi* abona ese terreno, pero lo cierto es que no se puede mirar sin un poco de aprensión esas secuencias siempre dominadas por el himno del Reich.

Seguí, como cualquiera de mis contemporáneos, la carrera de Romy Schneider (Rosemarie Magdelena Albach-Retty), que en su momento fue amante de Alain Delon y que llegó a filmar películas importantes para mi generación: con Joseph Losey (*El asesinato de Trotsky*), Luchino Visconti (*Boccacio '70*, *Ludwig II*, donde vuelve a interpretar a Sisí) y Orson Welles (*El proceso*). Antes de morir en 1982, por causa de su afición al alcohol y a las drogas, tuvo tiempo de recibir dos premios César. La última película que vi protagonizada por ella fue *Claire de Femme* (1979) dirigida por Costa-Gavras, a la que recuerdo como amarga y desconsolada. Cuando la vi, yo tenía poco más de veinte años y seguramente hoy no me gustaría.

De Sisí no me acordé más hasta que empecé a pensar en Evita, cuya carrera parece un calco de la de Sisí (no de la Schneider, sino de "la emperatriz rebelde"). Fue entonces cuando comprendí algunas cosas sobre el imaginario peronista. De hecho, en el museo Eva Perón puede verse una película que es igualmente devota de los melodramas de montaña que la saga de Sisí (la película actuada por Eva Duarte es anterior, lo que explica que la trilogía sea más *pop* y que este un poco mejor contada).

Y después leí la maravillosa novela de Ana María Moix, *Vals negro*, que restituye la figura de Sisi a su verdadero lugar: uno de sus caballos se llamaba Nihilismo, su perro predilecto se llamaba Shadow, se hizo instalar en el palacio un gimnasio completo donde hacía ejercicios de anillas todas las mañanas, era anorexica, republicana, frecuentadora de dementes, bohemios y revolucionarios, sufría ataques de melancolía y crisis de angustia. Su primera hija, Sofía, murió siendo una niña. Su primo predilecto, Ludwig II de Baviera, fue repetidamente acusado de insanía. Su cuñado Maximiliano quiso ser el emperador de México y así le fue (fusilamiento), su hijo Rudi (heredero del imperio) se volvió adicto a la morfina y, enfermo de gonorrea, se suicidó en 1889.

De modo,que siempre tuve ganas de volver a ver la trilogía de *Sissi* que tanto me había impresionado de chico. Por supuesto, jamás se me ocurrió alquilar las películas (tampoco era para tanto), de modo que el regalo que me hizo Europa Europa (el canal) fue enorme.

Ciertamente, hay algo de la *Sissi* que se precipita en el reino de las tinieblas, sobre todo en la mirada perdida y vuelta sobre sí de Romy Schneider que, culta como era, no podía ignorar la gran mistificación que pretendían las películas.

Además, sorpresa añadida, tramada como está en relación con el cuento de hadas, la primera de la serie, *Sissi*, tiene la virtud de invertir de cabo a rabo el relato de "La cenicienta". Sisí no quiere ir al baile. Intuye que un destino funesto la espera en el palacio, de la mano de Franz Joseph. La madre y la hermana la obligan, sin sospechar nada de lo que puede llegar a suceder. La madrasta aparece en la vida de Sisí tardíamente, y es la suegra, etc., etc.

No está mal, ahora, recordar a *Sissi* (¡pero a cuál, a cuál!), como la película que me sacó del universo de los cuentos de hadas, sobre todo porque ahí puedo leer parte de la historia de mi familia, la disolución de un mundo (la "edad de los imperios") y, también, el nacimiento de otro (el "populismo peronista") entre los cuales, qué duda cabe, está toda la literatura que me importa.

Marcador de esta entrada publicada por linkillo: 10.01.2005/ 3:17 PM

Diario de un televidente (2)

"Los de acá son más auténticos", dijo S. refiriéndose a los gauchos, comparados con los *cowboys*. "No sé si es eso", le contesté.

Después de una larga jornada de trabajo, era la televisión o tirar la computadora por la ventana. Soy prolijo con el *zapping*: empiezo siempre por el número 3. Y cuando llegué al canal 7 me quedé, naturalmente, mirando el festival de doma y folclore de Jesús María. La parte folclórica era medio bochornosa, pero la doma me dejó en un estado de excitación (sexual) que ni las mejores páginas de *Gaydar* consiguen. Además, en las propagandas seguí con el *zapping* y encontré en ESPN un rodeo yanqui, de donde surgió inevitablemente la comparación.

No es una cuestión de autenticidad, pienso, sino de lógica televisi-

va. Lo de Jesús María se veía desleído, como si fuera un "directo" grabado por cualquiera. Lo de los yanquies era un espectáculo televisivo completo, con marcadores, cronómetros, narradores y comentaristas, lo que lo hacía más entretenido. Por supuesto, tenía premios millonarios e innumerables auspicios: Wrangler, Jack Daniels, etc. Como si se tratara de la Fórmula 1. Incluso, había un *cowboy* (que hizo una actuación lamentable) llamado Schumacher (no sé si la grafía es correcta).

S. deploró que algunos *cowboys* se subieran a los caballos o toros (esos muchachos montan cualquier cosa) con casco y chaleco protector. "Deben ser las reglas", dije. Pero no, porque no todos iban igual. "Habrán tenido accidentes previos", los defendía. "Para eso, que no vuelvan al rodeo", sentenciaba S., inflexible. Decididamente, él estaba más con la montonera de Jesús María. El espectáculo que daban nuestros paisanos (todos ellos hermosos, no hace falta decirlo) era más rústico y funcionaba con un fondo permanente de payador al borde del colapso. Y nada de *jeans*, puras bombachas (que a los culos argentinos, de todos modos, les sientan de maravilla).

El ganador, en el show yanqui, fue Dustin Elliot, a quien cualquiera con un mínimo de sensibilidad estética le habría arrancado los Wrangler a mordiscones. En Jesús María, yo habría apostado el resto de mi dignidad (que no es mucha) al santiagueño Luis Prestofelipo, que lucía una melena *à la* Padre Coraje y parecía haber nacido para centauro. Por supuesto, en menos de dos segundos estuvo en el suelo y me di cuenta de que el caballo lo había hecho a propósito: tanta belleza merecía morder el polvo (de la derrota).

Proyecto para los años que vendrán: organizar, con los auspicios de la Secretaría de Cultura, un mundial de doma, monta de toros y enlace de terneros. ¡Yo canté primero!

Marcador de esta entrada publicada por linkillo: 12.01.2005/ 3:02 PM

Senectud

Durante el fin de semana, que imaginaba plácido, tuve una pelea estúpida con mi mamá. Estúpida y, como no podía ser de otra manera, dramática (dada la avanzada intensidad de nuestra mutua intolerancia). Sobre el tema, no agregaré nada más (que sufran los cultores del

psicoanálisis silvestre), pero sí puedo aprovechar para seguir reflexionando sobre la senectud.

Estamos acostumbrados a pensar que la familia (tal como se la conocía tradicionalmente) está en crisis: porque la gente se separa, porque la gente vuelve a casarse, porque los hermanos ya no tienen los mismos padres (lo que implica que comparten sus historias a medias, premisa que ninguna corriente psicoanalítica puede absorber y resolver con elegancia).

Más interesante, me parece, es el problema de la cohabitación de los viejos, los lazos que se crean. Recuerdo el caso de una madre anciana (y senil) que vivía con uno de sus hijos (de su segundo matrimonio), con el acuerdo de su otra hija (de su primer matrimonio), quien le enviaba a su hermano (o medio hermano) una cantidad de dinero por mes en concepto de "alimentos". Grande fue la sorpresa de esta mujer (ya mayor), cuando se enteró de que su madre había sido internada en un asilo para locos y que su hermano no le había dicho nada para no prescindir de esos dineros que servían para acomodar su economía doméstica.

Menos sórdido, pero igualmente interesante, es el caso de unos vecinos míos: un viejo que vive con su suegra (ya nonagenaria). La señora sobrevivió a la muerte de sus tres hijos (una de ellas, casada con su actual *roommate*). Aunque ella quiera morirse (lo dice todo el tiempo), ese privilegio se le escapa. El señor, me cuentan, está muy achacoso (el año pasado se quebró la cadera). Juntos, han armado una nueva unidad económica, una nueva familia. No los une la sangre, ni el amor que se tienen, sino un vínculo jurídico-económico. Entre los dos consiguen mantenerse a flote. Quién sabe cuántas historias parecidas hay en una ciudad como Buenos Aires, quién sabe cuántas "nuevas familias" se han constituido en los últimos años, ya no tanto por la dinámica explosiva de los matrimonios cada vez más breves sino por efecto de una vejez de la que nadie sabe bien cómo hacerse cargo.

Mientras yo viva, mi mamá estará a mi cargo. Pero como nada puede preverse con certeza en ese sentido, ¿qué pasaría con ella si quedara abandonada a sus propias fuerzas? ¿Viviría, ella también, con algún vecino? ¿Con su ex-nuera? ¿Con sus nietos?

No es sólo un problema económico lo que se juega en estos ejemplos: los viejos necesitan de alguna compañía para no volverse completamente locos, y también de cuidados. ¿Y qué pasará con los viejos

solteros? Bien mirada, la recomendación de mi amigo no es descabellada: habría que empezar a pensar en formas de cohabitación para cuando ya no tengamos ni la fuerza ni la lucidez necesaria para sostenernos solos. Sé que estos pensamientos repugnan a cualquiera en un día domingo de verano. Sepan disculpar mi impertinencia.

Marcador de esta entrada publicada por linkillo: 16.01.2005/ 3:32 PM

Mar del Plata

¿Por qué Mar del Plata me es tan hostil? Es verdad que yo no conocía Mar del Plata, "La feliz", "La perla del Atlántico", hasta hace pocos años (dos o tres), cuando fui por primera vez. Y es cierto que entonces no me impresionó favorablemente. Pero desde ese momento lo he intentado todo: he ido dos y hasta tres veces por año. Podría decirse que mi segunda casa está en Mar del Plata. Pero la ciudad, ofendida, me niega sus favores: nunca, nunca pude disfrutar del "buen clima" marplatense y en cambio, siempre, siempre, sufrí sus peores características: una lluvia persistente e invernal, aunque sea enero, un olor a lobo marino muerto en el aire de tormenta, por todas partes vientos huracanados que me impiden caminar. Yo sé que no siempre es así y eso es lo que me subleva: la cosa es conmigo. No es la gente lo que es hostil en Mar del Plata (aunque los lugareños tienen también lo suyo): es la ciudad misma, que se rebela, en general, a las avalanchas turísticas a la que parece estar condenada y, en particular, a mis intentos por sentirme parte del paisaje. Si me molestan mucho tantos desencuentros es porque en el fondo Mar del Plata me gusta y casi podría decir que la conozco bien...

De todas las entradas "chistosas" (y, naturalmente, falsas) que había preparado de antemano, no pude publicar ninguna. Llovió espantosamente, no pudimos ir a ninguna fiesta, no conocimos a nadie, dormimos, comimos y poco mas. No teniendo televisión (o mejor dicho: teniendo televisor pero no canales de televisión salvo los locales) ni internet (la opción de los locutorios definitivamente escapa por completo a mi horizonte de posibilidades), leí bastante. El libro de Giorgi, sobre el que ya diré algo. Releí enteramente *Qué es la filosofía* de D&G y empecé (¡una vez más!) *Locus solus*. Escribí un poema pseudo-ático que se llama "Quinientos hombres desnudos en la playa espe-

rando el viento" (mejor dicho: ése es su primer verso). Si sobrevive a mis ejercicios de autocrítica lo publicaré en breve.

Anoté en mi libreta (para que vean que realmente me esmero en llevarme bien con la ciudad):

- Las pastas de Samsara.
- El asado de Tata Juancho.
- Las pizzas de Tarantino.
- Los churros de Manolo (¡pero nada más que eso!).
- Las medialunas de Piazza.
- Las empanadas de Los Horneros.
- Las margaritas de Pancho Villa.
- La olla marinera de La Marina.

Marcador de esta entrada publicada por linkillo: 01.02.2005/ 1:46 AM

Mar del Plata (suite)

El problema con Mar del Plata, además de su clima hasta ahora para mí siempre hostil, es su carácter siniestro (en el sentido freudiano del término). Sobre un paisaje urbano muy familiar se sobreimprimen realidades sociales completamente extrañas (*unheimlich*). Los procesos de modernización de Mar del Plata no son los mismos que los de Buenos Aires, y de ahí la decadencia casi irreparable de su centro histórico (que es, *casualmente*, donde queda nuestra casa). Por momentos uno cree (supone) que está en una ciudad del pasado argentino. En realidad, no es un salto atrás en el tiempo, sino más bien un pasaje a una realidad alternativa donde la modernización todavía conserva las diferencias raciales y de clase previas a la década del ochenta. En el centro, la gente de provincia. En Los Troncos, los "*chetos* marplatenses" (ellos y ellas mismos un anacronismo viviente). Entre uno y otro grupo, ninguna circulación posible, lo que es una pena, porque los veranos, se sabe, son la oportunidad de todos los intercambios. Mar del Plata, por la cantidad de gente del interior que visita la ciudad en verano, debería ser un distribuidor de modernidad. Y si eso no sucede es por algún drama extraño que escapa a las primeras percepciones. A un amigo, por ejemplo, le impidieron participar en el Festival

de Mar del Plata aduciendo que su película tenía escenas no aptas para la sala Auditorium. ¿Pacatería provinciana? ¿En una ciudad que se jacta de ser "La Perla del Atlántico"?

Basta ver la televisión para darse cuenta de hasta qué punto uno ha cruzado un umbral hacia una dimensión desconocida. Lo único que se ve es una repetición maligna de Telefé (incluso las latas propias del canal 10 son cosas que darían vergüenza en cualquier canal de televisión que se precie de tal). ¿Por qué la ciudad no se reserva los derechos de exhibir algunas de las películas del festival de cine? En cambio, lo que se programa es un *loop* infinito de chistes berretas desempeñados por dos cómicos decadentes (Porcel y Olmedo). ¡Ni siquiera la Coca Sarli tiene un lugar en las pantallas marplatenses! ¿Puede ser? Un amigo maledicente describe el centro marplatense como Niza tomada por villeros. La analogía no me gusta demasiado, pero algo de cierto hay, en todo caso, en el abandono de esos edificios diseñados por Bustillo que dominan la Bristol. Es cierto que recuerdan *demasiado* al fascismo (o, para no llegar tan lejos, al peronismo histórico) pero eso no justifica que con ellos hoy no pueda hacerse nada. ¿No podría el Museo Nacional de Bellas Artes instalar en uno de ellos una sede, para el disfrute de todos nuestros compatriotas? Bien mirada, no son políticas urbanísticas las que Mar del Plata necesita, sino políticas culturales. Pero claro, también allí (sobre todo allí) el peronismo ha sido devastador y, como es de rigor, en La Feliz "se hacen trencitas de todo tipo". Nada más y nada menos.

Marcador de esta entrada publicada por linkillo: 02.02.2005/ 12:32 AM

Al toque

En la década del setenta, cuando yo era un joven inquieto, no existía el "sexo *express*" como tal. Había practicas al paso, desempeños apurados, fuera de control y mas o menos clandestinos (lo que hoy se llama "sexo *express*"), pero a nadie se le habría ocurrido que eso constituyera una categoría de lo posible. Por el contrario, esa práctica sexual era un síntoma de la imposibilidad (no sé si sigue siendo igual: sé que hay mucha gente que elige y reclama "sexo *express*" de manera excluyente).

Y sin embargo, mis experiencias de "sexo *express*" me permitieron un aprendizaje sin el cual dudo que mi vida afectiva actual pudiera sostenerse. Como casi todo el mundo alguna vez, yo salía con una compañera de curso. Algunos días, después del colegio (creo que salíamos de nuestras respectivas clases de gimnasia, que funcionaban en contraturno, y en invierno ya caía la noche), la acompañaba hasta su casa, donde su madre (un ama de casa ejemplar) estaba ya entregada a sus obligaciones culinarias.

El recorrido me desviaba completamente del mío y me obligaba a tomar dos colectivos en lugar de uno, pero los dos pensábamos, entonces, que la peripecia se justificaba por los placeres carnales que podíamos arrancarle al crepúsculo.

Y a veces así era. Encerrados en su cuarto de la planta alta, mientras su madre cocinaba, ella y yo nos entregábamos a maniobras para las cuales nos habían, sino estimulado, al menos preparado las calistenias previas. Todo era a medio desvestir, como corresponde, y en un silencio enfático, disimulado con algún disco de los Bee Gees, juro que a mí no me gustaban (yo era más del palo de Yes), pero a ella sí. A veces, recuerdo ahora, nos demorábamos para algún goce exclusivamente mío en el *garage* al que no tardaría en llegar su padre (un hombre de bigotes que no me quería bien).

En su cuarto pretendíamos mucho más que en el *garage*, aún cuando las circunstancias no nos fueran más favorables. Llegábamos, debo decir con justicia, tan lejos como se podía y era fácil la adecuación de nuestros cuerpos. Sólo un problema llegó a presentársenos (nunca fuimos descubiertos) y fue que, educado yo en ciertos saberes progresistas según los cuales el orgasmo de la mujer es responsabilidad del hombre, y queriendo demostrar mi hombría a toda costa, se me dificultaba la expresión de mi goce, mi último temblor.

Es verdad que ella me regalaba cada tanto un *garage*, pero eso me obligaba todavía más, a mí, en su dormitorio, a estar muy pendiente de su dicha. Y su dicha, ay, corría como un mar embravecido, arrastraba montañas a su paso, tronaba como el éxtasis de un monstruo de mil cabezas y la convertía en una Santa Teresa apenas perlada de rubor. La suya, pero no la mía. La mía apenas se aproximaba a un umbral de reconocimiento. ¡Y el tiempo apremiaba! ¡Y los olores de la cocina eran cada vez menos crudos! ¡Y ella quería *todo*!

Entonces aprendí, ay, un mecanismo de adaptación. Resguardado como estaba por un dispositivo de contracepción que (no sé por qué) sigue despertando las iras de la Iglesia, podía perfectamente temblar como si fuera la última vez, ahogar un grito, apretar un hombro, expresar con todos los trucos a mi alcance el derramamiento de mi material genético (sobre el látex que luego, primorosamente anudado, iba a parar a mi bolsillo). Pensando que era por el bien de nuestra relación, que las circunstancias no eran las propicias, que tal vez no habría debido ser, el día anterior, tan amoroso con mi propio cuerpo, aprendí algo sobre lo cual las revistas femeninas y los programas de televisión de aquella época todavía no hablaban: aprendí a fingir un orgasmo. Como garantía de la felicidad del Otro, pensaba entonces. Hoy, ya no estoy tan seguro.

Marcador de esta entrada publicada por linkillo: 03.02.2005/ 12:05 AM

Cecilia Szperling[3]

Diario de New Jersey
(extracto)

18-01-05

El avión despega. La ciudad chata y larga me deja. Me convenzo de que es ella la que se va. Yo permanezco. "No me dejes", pienso.

La cordillera recortada por el sol que cae. Santiago. Escala. Cambio de avión en Chile. Me niegan el asiento reservado para embarazadas. Lagrimeo en mi asiento sofocante y R. también, porque ya no tenemos nuestro sitio con tele donde veíamos una película.

Surge una escala en Lima que no figura en nuestro boleto.

Las azafatas chilenas comentan entre sí que los peruanos se han robado todas las cosas del baño en la escala. "Siempre hacen lo mismo", dicen fastidiadas. Me doy cuenta de que desprecian a todo el pasaje y eso me incluye. Las odio. Decido no tomar té en su cabinita conversando, como hago en todos los viajes largos.

19-01-05

Choque de grados: 35° en Buenos Aires, 11° BC (bajo cero) en Nueva York. Escrito de esa forma, bajo cero (BC), me suena a *before Christ* (BC en inglés). Entrar en un país bajo cero me da la sensación de entrar en otra dimensión. Y me digo que hasta que las cosas no se pongan sobre cero, el tiempo que transcurra no cuenta. Todo el tiempo bajo cero en este país lo voy a tomar como al margen. Bajo cero y con un bebé en la panza, es todo un gran paréntesis.

La limusina blanca y larga que envió la universidad nos reconforta del maltrato del avión, de las esperas y de los llantos de las peruanas maltratadas a las que ubicaron en asientos separados de sus niñitos, sin hacer ningún esfuerzo por procurarles ubicaciones contiguas. Gran parte del pasaje viajó humillado.

R. se estira en el gran asiento. Prueba el encendido de luces, de la tele, de la heladerita. Es algo que había visto en los dibujos animados.

[3] **Cecilia Szperling** es escritora y promotora cultural. Publicó el libro de relatos *El futuro de los artistas* (1997) y la novela *Selección Natural* (2006). Ha colaborado con *Página/12*, *El amante de Cine*, *Con V de Vian*, *Clarín Cultura y Nación* y *Ñ*, entre otros. Es la coordinadora del ciclo Confesionario, historia de mi vida privada.

Ahora que el vehículo avanza y atravesamos puentes de hierro altísimos, en la inmensidad de un cielo muy celeste con nubes alargadas y en cámara rápida (efecto del calor del humo de las chimeneas), empezó el viaje. Entrar a los Estados Unidos es, básicamente, entrar en una película. Todo lo que hay, uno ya lo ha visto en películas o en series de televisión. Ahora tomamos el camino que hace Tony Soprano, mi personaje favorito. Es la primera vez que viajo desde Nueva York a Nueva Jersey, ese viaje tantas veces visto en las cinco temporadas de *Los Soprano* me resulta completamente familiar.

Me gustan los Estados Unidos, aunque George Bush sea una especie de dictador asesino. Me gusta porque la gente siempre conversa y siempre es amable, tiende al chiste y la broma. Es también como estar en una *sitcom*. Están retroalimentados. Escuchan las frases de los *sitcoms* y las repiten y las recrean. ¿O tal vez sea al revés?

21-01-05

Aquí estoy. Escribiendo en esta cama de dimensiones norteamericanas, espaciosas, lisas, nítidas. Afuera la nieve tapa los autos, las calles; cubre árboles y arbustos. ¡Es todo blanco! Es un paisaje lunar, muy poético que sólo había visto en películas japonesas.

La rama de un árbol, mitad blanca, es un dibujo japonés. ¿Como mantiene su equilibrio la nieve en esa rama finita? ¿Porque no se cae? "No hay viento", me respondo.

Son las 5:53 am. Miro por la ventana de nuestra casita de Stanworth, un pequeño vecindario de unas cuatro manzanas rodeadas de bosque y lindante con el barrio mejicano. Aquí se alojan los profesores visitantes e investigadores que la universidad de Princeton contrata alrededor del mundo. Cada uno habla otra lengua y esta metido en su propio mundo de intereses. Algunos se dedican a investigaciones científicas, matemáticas o teologicas, totalmente fuera de mi comprensión.

Desde mi ventana veo las de las otras casitas y el parque en el medio. Como es de noche y nieva, lo que veo parece un sueño. Veo por fin, hechas realidad, esas ilustraciones de los cuentos enigmáticos que mi mamá me leía de niña. Un grupo de niños huérfanos y pobres alrededor

de un hornillo con forma de locomotora pequeña, comiendo castañas calientes por toda cena. Esa ilustración en especial me perturbó durante años. ¿Qué eran las castañas? ¿Qué era la nieve? ¿Era posible morirse de frío o era algo de la imaginación? ¿Dónde estaban esos niños huérfanos y pobres? Me asustaba la idea, pero a la vez me parecía una ficción, un invento de la literatura infantil. Era muy triste todo eso de los niños pobres, cerca del fueguito de una especie de pequeña locomotora donde se asaban las castañas. ¿Por qué traer esa inquietud a la cama de una niña que se prepara para ir al colegio al día siguiente? ¿Por qué desvelarla con imágenes tan desamparadas? ¿Querían los cuentos infantiles mostrarme que el mundo que yo veía no era el real, que había otro oculto tras él? ¿Era mi realidad la ilusoria y la verdadera estaba en un cuento?

Ahora los cuentos que yo le leo a R. hablan del colegio, de los campamentos y de cosas cotidianas. Pero en los cuentos que me leía mi mamá, había hombres malvados con los niños, internados tristes, sitios amenazantes. ¡La tormenta de nieve va a congelar a los niños sin zapatos!

Claro que recuerdo una noche en la que R. lloró porque vio a una familia viviendo en una calle de Buenos Aires y pidiendo limosna. "No merezco vivir", me dijo. Claro que es distinto ser perturbado por la realidad que por un cuento nocturno.

6:25 am. La nieve había empezado a caer ayer a eso de las 11 de la mañana y aún no para.

Es raro saber que no se puede salir, pero por el momento no me angustia. La nieve no es como la lluvia. Es silenciosa y no aparece amenazante como en los cuentos.

23-01-05

Por la tarde. Leímos con R. *Sueño de una noche de verano.* Su conclusión fue que el que no está enamorado no sufre. "Pero hace sufrir al que está enamorado de él", le dije. No le preocupó mucho, mi comentario.

A la noche. Reunión de bienvenida en la casa del profesor Firbas, del Department of Spanish and Portuguese. Nos reciben su familia y otros profesores del departamento. También alumnos a punto de graduarse. Todos hablamos en español, incluso los alumnos americanos. R., baila con los niños de la casa. Es un buen comienzo.

26-01-05

Me encanta *Small World*. Todos escriben o leen. Los que te atienden se parecen también a todas esas estrellas de las películas independientes. ¿Qué pensarán de la embarazadas? Casi no aparecen en las películas, salvo en un rol utilitario. ¿Será poco cinematográfico el embarazo? ¿Será un proceso muy "vacuno", muy mamífero, demasiado natural y completo en el que no hay nada que agregar? Pienso que el embarazo es un sueño. Nos hipnotizan los duendes, nos hacen hacer todo lo que corresponde y después nos despiertan, como en la noche de verano, con un bebé en brazos.

29-01-05

3:00 am. Nueva nevada que lleva dos días. Algo golpea contra algo. Un farol contra un poste o una rama contra una puerta. El ruido, me despierta en la mitad de la noche. Miro por la ventana y veo todo este pequeño complejo de casitas de madera cubierto de nieve. No hay nadie en la calle. No hay ruidos. Los autos enterrados, los bancos de madera cubiertos de nieve, las calles blancas. Es cierto que los camiones con las palas habían intentado despejarlas, pero ahora está completamente tapadas, sólo que en desnivel con el resto del bosque no destapado anteriormente.

Antes de dormir A. le leyó un cuento a R. que se trataba de una chica que siempre veía un *yeti* por su ventana. Los padres le decían que los *yetis*, los abominables hombres de la nieve, no existían. Entonces la chica se interna en la montaña, hasta llegar a una cueva donde encuentra a otra chica que se alimenta de sopa de corteza de árbol. Al volver a casa, a la chica del cuento la cubre la nieve. Su hermanito la ve por la ventana y grita ¡*Yeti*! ¡*Yeti*! Sus papas le dicen que los *yetis* no existen. La chica vuelve a la cueva y toma otro plato de sopa de corteza de árbol.

R. rió a carcajadas del pequeño hermano gritando ¡*Yeti*! Yo, en mi niñez, hubiese temido por esa niña, a quien sus padres no reconocen, condenada a tomar sopa de corteza de árbol en una cueva en el medio del bosque. ¿Era yo una niña nostálgica? O era mi mamá la que me leía con una voz cargada de tristeza, mezcla de heroína romántica de las películas y de sus padres rusos, del país de la nieve y la tragedia?

1-02-05

No sé si quiero llorar por la suerte de R. en su colegio nuevo, en el que no entiende la lengua en un país desconocido, o si sufro por las desgracias de *Oliver Twist*, el libro que estoy leyendo ahora para la clase del Profesor K. (él me llama "Ms. SZ")

Como fui a un colegio sólo de niñas y en mi familia somos tres hermanas, en mi mente la infancia es un lugar de niñas, la niñas son las protagonistas. Los niños estaban muy al fondo, casi desdibujados. La infancia es para las chicas, es su mundo, les corresponde.

Ahora que tengo un hijo que es mi héroe y el protagonista de muchos de los relatos de mi vida, descubro que la infancia es de los varones también. Ayer mientras lo bañaba me quedé boquiabierta (nunca había experimentado esa expresión) frente a su hermosura. La belleza de los niños es tan implacable y sagrada, como la de las niñas. Juro que no lo sabía.

.....

29-03-06

Hay algo que recuerdo hoy y me parece que ese instante fue la temporada Princeton. Como si el tiempo destilara los recuerdos y se detuviese en uno. Entonces ese momento en el que converge todo, decide habitarme y materializarse. Pero sobre todo sé que es un momento que no volverá a repetirse.

Hace mucho frío y nieva. Es la hora de la siesta. Tengo que ir a la clase del Profesor Knoepflmacher. Quisiera abandonarme al sueño y dormir. Tengo mucha modorra. Me dice A. que pasará para llevarme a la clase. Me subo al auto con la calefacción encendida. Llevo un sobretodo largo, guantes, bufanda, sombrero, cubreorejas, botas de nieve. Llego. Me bajo. Camino hasta la clase en esa casa estilo inglés y me siento con mis cinco compañeros alrededor de la mesa a hablar sobre *Cumbres Borrascosas*. Después vemos el *film* que hizo Luis Buñuel sobre el libro de Charlotte Brontë. Ya estoy más despierta. Y ahora viene la foto, mi *home movie*, mi recuerdo. Salgo de la clase. Sigue nevando. El viento hace que la nieve caiga en forma inclinada. Hay diagonales blancas en el aire. El auto está detenido con el motor encen-

dido. Yo tengo a Lolita de cuatro meses y medio en la panza. Ya no siento la modorra que me envolvió toda la tarde. Me voy acercando al auto. Estoy cada vez más cerca y diviso la cara de R. Su mirada es radiante, emana infancia. Entro al auto. Estamos los cuatro juntos, en un país que no es el nuestro, en el medio del blanco de la nieve que sigue cayendo. Ahí se detiene el recuerdo. No necesito más.

Maxine Swann[1]

Extractos de un diario argentino (2002)

Llamé el otro día a los pocos contactos que tengo aquí. X. no me contesta. Y. no me contesta. Nadie me contesta. Mi editora me escribe para decirme que está preocupada porque no contesto sus *emails*. ¿Mi editora? Me parece increíble tener una editora. No le contesto.

Me parece imposible haber tenido alguna vez otra vida: amigos, amor, profesión, una vida llena, todo otro mundo. No, me parece imposible. No lo creo.

Voy a caminar por la plaza todos los días, esa plaza que está entre Libertador y Alcorta. Hay un hombre que vive abajo de una palmera, en una pequeña tienda, justo antes de llegar al puente que cruza la avenida Alcorta. Tiene el pelo rizado, una cara afable. Cada día que paso me pregunta la hora (llevo un reloj muy visible). No sé cómo decir la hora en castellano. Aun en francés nunca aprendí muy bien cómo decir la hora. ¿Por qué, entre todas las preguntas que me puede hacer, me pregunta la hora? Vivo eso como una persecución. Ahora, cuando me acuerdo, saco mi reloj antes de llegar a la palmera. Así cuando el hombre me pregunta puedo encogerme de hombros, como si no supiera. Pero a veces estoy pensando en otra cosa y me olvido. Me doy cuenta demasiado tarde, cuando estoy ya cerca de la palmera, mi reloj visible sobre mi muñeca. El tipo ya me vio. No puedo sacarme el reloj ahora. ¿Y si me encojo de hombros igual, aunque esté tan visible mi reloj? No sé si ese tipo tiene la menor idea de la lucha en que ambos estamos involucrados. De todas maneras, para mí es un evento importante en mi día, un momento de contacto con otro ser humano.

Aparte de ese tipo, tengo también relaciones con algunas de las estatuas de la plaza. Hay bastantes, todas anónimas, sin placas. Hay dos en particular que me gustan: una mujer joven sentada, sosteniéndose la cara con una mano, mirando hacia abajo. ¿Se siente bien? No sé. Espero que sí. Temo que no. ¿Está pensando en algo o sólo está invadida por la tristeza? Detrás de ella hay un fauno. Ella le da la espalda. Me encanta ese fauno, con su cuerpo de hombre elevándose como el

[1] **Maxine Swann** nació en Pennsylvania (EE.UU.) y reside en Buenos Aires. Su cuento *Flower Children* ganó el Cohen Award, el O.Henry Award, el Pushcart Prize y fue incluido en el Best American Short Stories de 1998. Su novela *Serious Girls* (2003) recientemente ha sido publicada en castellano por Emecé.

tronco de un árbol desde su cintura. Tiene una lira en la mano y la cabeza inclinada, apoyada sobre un hombro. Parece que duerme o está en un estado de éxtasis. Una vez tuve un sueño con él, muy erótico. Me decía las cosas más asombrosas: "Quiero lamer tu axila", por ejemplo. Al día siguiente fui a verlo, por supuesto.

¡Cómo me gustan esos árboles que florecen! Nunca viví en un lugar donde los árboles se llenen de flores. Hay un árbol que tiene sólo flores violetas, ninguna hoja. En una parte de la plaza, más oscura, hay árboles gigantescos. Las flores caen sobre tus hombros cuando caminás.

Me encanta también cómo cae la lluvia, tan rápido, con tanta fuerza, y después termina. Como la noche. La noche argentina cae rápido y parece más oscura, más densa que en otros lugares. Tal vez sea porque los días son muy luminosos. O puede ser tambien por la forma en que está iluminada la ciudad, intermitentemente, con cuadras enteras hundidas en la oscuridad. Atravesás esas zonas lúgubres, de una luz a otra.

Fui a la Boca, a la inauguración de una exposición en una galería. Miré a través del vidrio, mucha gente, una multitud. Entré, caminé entre esa multitud de benefactores de las artes. Como una galería de retratos en movimiento. Cuando me fui ya era de noche, esa noche tan densa. ¿Si caminara un poco sola por aquí, qué me pasaría? Tomé un colectivo, un viaje interminable por las calles sinuosas de Buenos Aires. En una esquina, una frutería iluminada, el resto de la cuadra estaba a oscuras.

El departamento donde vivo está sobre la calle Carlos Pellegrini. La puerta de entrada es enorme, pesada. Entras y estás en otro mundo. De noche cuando entro, cierro la puerta lo mas rapido posible, pero no se cierra rapido, es demasiado pesada. Siempre hay gente en la calle, gente durmiendo en la plazoleta de la 9 de Julio, gente desesperada. Me da miedo de que entren conmigo.

Entrás y el pasillo es enorme, el techo muy alto y el piso es de mosaicos. Silencio. Nadie. Es un edificio viejo. Parece abandonado. Yo vivo en el segundo piso, un pasillo parecido, con techo alto y mosaicos. Pero al final del pasillo la pared no llega hasta el techo. Debido a esto,

entra aire, la lluvia y también una enredadera que deja caer sus flores en el piso. La puerta de mi departamento está aquí, al final del pasillo. A veces cuando vuelvo hay flores en el piso o está mojado. Si llueve en ese momento, uno queda empapado mientras intenta abrir la puerta.

No sé qué pasa en este edificio. Nunca veo a nadie. Nunca escucho nada. Una mujer boliviana me dio el departamento. Quizá soy la única persona que vive aquí. Cuando estoy frente a la puerta, en ese pasillo silencioso, abierto, me parece que podría estar en cualquier lugar del mundo. Podría estar en la antigua Roma. De repente las posibilidades me parecen infinitas. Abrir la puerta y desaparecer.

Un día, caminando por la cuidad, me llevó por delante una multitud, gente que hacía una manifestación. De repente todos empezaron a correr, incluso un tipo con sus pantalones bajos (estaba haciendo pis). Un helicóptero pasó sobre nosotros. La policía tenía escudos transparentes.

Otros días, cuando salgo, lo que veo es una inundación. Las calles de Buenos Aires inundadas completamente con agua oscura. El agua llega más allá de las ventanas de los primeros pisos, llega más allá de las cabezas de los transeúntes, más allá de mi cabeza. Me dijeron que antes la ciudad de Buenos Aires se había inundado muchas veces. Era un problema de grandes proporciones. Es eso lo que veo ahora.

Voy a cenar casi todos los días en el café de la esquina de Carlos Pellegrini. Es un café chico. La carne es muy rica. El mesero me llama "hija". Durante años no he querido ser la hija de nadie. Ahora parece que, por lo menos por un momento en el día, ansío enormemente ser la hija de este hombre desconocido.

Índice

Nota del editor 5

La invención del trauma 7

Marzo 9
Alan Pauls - Hebe Uhart - Sergio Pángaro

Abril 27
Anna Kazumi Stahl - Rosario Bléfari - Washington Cucurto

Mayo 63
Martín Prieto - Susana Pampín

Junio 73
Albertina Carri - Laura Ramos - Lola Arias

Julio 89
Marcelo Cohen - Javier Daulte - Martín Rejtman

Agosto 123
María Moreno - Mauricio Kartun - Daniel Molina

Septiembre 141
Edgardo Cozarinsky - Moro Anghileri - Patricia Suárez

Octubre 161
Marcelo Birmajer - Mariana Chaud - Gabriela Bejerman

Noviembre 179
Pablo Pérez - Martín Kohan

+ Confesionario 195
Daniel Link - Cecilia Szperling - Maxine Swann

Impreso en Argentina
Se terminó de imprimir en el mes de septiembre del 2006
en Litoprint S.A., Loyola 1550, Tel.: 4855-3526/3509
Buenos Aires, Argentina

Colección Ensayos

Vanguardias argentinas
Ciclo de mesas redondas

Los manes y desmanes de la neovanguardia
Poéticas latinoamericanas 1944-1977
Edgar O' Hara

Cómo se cuenta la historia
Ciclo de mesas redondas

Una poética activa
Poesía estadounidense del siglo XX
Kevin Power

Lo que sobra y lo que falta
En la literatura argentina de los últimos 20 años
Ciclo de mesas redondas

Breve historia del dibujo animado en la Argentina
Raúl Manrupe

Ronda nocturna
Edgardo Cosarinsky / Vanina Hofman

Disonancias del Modernismo
Gwen Kirkpatrick

Sexualidades en disputa
Daniel Balderston y José Quiroga

Música argentina
La mirada de los críticos
D'Addario / del Maso / Fischerman / Gianera / Gilbert / Liut / Monjeau / Nudler / Pujol

Curadores. Entrevistas.
Gumier Maier

Un puente entre dos culturas
Pensar a Stephen Jay Gould desde la Argentina
Compilación: Eduardo Wolovelsky

Alfonsina periodista
Ironía y sexualidad en la prensa argentina 1915-1925
Tania Diz

Tres décadas de poesía argentina
1976-2006
Ciclo de mesas redondas

Jornadas sobre la traducción filosófica y litetraria
Ciclo de mesas redondas

Jornadas Fourier
Ciclo de mesas redondas

Moro Anghileri

Lola Arias

Gabriela Bejerman

Marcelo Birmajer

Rosario Bléfari

Albertina Carri

Mariana Chaud

Marcelo Cohen

Edgardo Cozarinsky

Washington Cucurto

Javier Daulte

Mauricio Kartun

Anna Kazumi Stahl

Martín Kohan

Daniel Link

Daniel Molina

María Moreno

Susana Pampín

Sergio Pángaro

Alan Pauls

Pablo Pérez

Martín Prieto

Laura Ramos

Martín Rejtman

Patricia Suárez

Maxine Swann

Cecilia Szperling

Hebe Uhart

ISBN 987-1075-69-3